

De puertas *adentro*



MÓNICA BENÍTEZ

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Epílogo](#)

DE PUERTAS ADENTRO
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2306094545846

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Capítulo 1

Hace siete meses

—¿No quieres que te acompañe? ¿Estás segura? Puedo abrir la clínica más tarde —dice la hermana de Miren Uriarte una vez en la puerta del coche de esta.

—No, Alba, tranquila, seguro que es para decirme lo mismo, que no saben nada. Vete ya a abrir la clínica o llegarás tarde. Si hay cualquier cosa te llamo, no te preocupes.

—Está bien, conduce con cuidado y llámame cuando salgas de la comisaría.

—Vale.

Alba le da un beso y se marcha caminando calle abajo. Miren sube al coche y se incorpora desde Mundaka a la carretera comarcal en dirección a Bilbao, donde se encuentra la comisaría en la que la han citado esta mañana.

Los cuarenta minutos de trayecto se le pasan más rápido que otras de las veces que ha tenido que ir, aunque eso no impide que tenga esa horrible sensación de miedo atenazándole la garganta.

Cuando cruza la puerta de la comisaría de la Ertzaintza de Bilbao, el corazón se le acelera y nota ese sudor frío en cada parte de su cuerpo sin que pueda evitarlo. Se identifica en la entrada y explica que la ha citado el oficial Aitor Ruiz, de la división de investigación criminal. El agente raso de la entrada, al que puede identificar sin dificultad por los galones de su uniforme gracias a que Miren está casada con una ertzaina desde hace cuatro años, la guía por los pasillos hasta el despacho de su superior.

—Miren —saluda este levantándose de su silla—. Pasa. Gracias, agente —le dice al joven, que cierra la puerta antes de marcharse.

—¿Hay novedades? —pregunta ella sin preámbulos.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres un café? —le ofrece el oficial, acercándose a una máquina de cápsulas.

—Ya he tomado, gracias. Y te agradecería que fueses directo al grano —exige impaciente.

El oficial Ruiz le dedica una mirada rápida y vuelve hasta su mesa sin hacerse el café. Se sienta frente a ella y entrelaza las manos frente a su pecho mientras la observa con gesto severo.

—Vamos a cerrar la investigación, Miren —anuncia, y a ella un escalofrío le recorre la columna como un latigazo.

—¿Cómo que la vais a cerrar? ¡Paloma sigue desaparecida! —grita poniéndose en pie.

—Lo sabemos, no obstante...

—Lo sabéis... —repite sarcástica y lo corta sin que le importe lo más mínimo quién es—. Es una de tus agentes, está desaparecida desde hace dos meses y me dices que vas a cerrar la investigación. ¿Te das cuenta de cómo suena eso?

—Sabes que lo hemos investigado concienzudamente, Miren, pero no hay nada que indique que la desaparición de Paloma haya sido forzosa o violenta. Dejé su móvil en el buzón de vuestra casa, se llevó dinero en efectivo, su bolso y una bolsa con ropa de

recambio.

—Madre mía —dice exasperada—. Sabes que esa bolsa de ropa siempre la lleva en el coche por si alguna investigación la hace pasar la noche fuera, y el móvil pudo dejarlo cualquiera para despistaros, esto no debería decirlo yo, sino vosotros.

—Hemos extraído las huellas del teléfono, y en él solo están las de ella y las tuyas.

—Quien le haya hecho daño pudo limpiarlo antes de dejarlo ahí —rebate desesperada.

—¿Sin llevarse las tuyas y las de Paloma al hacerlo? Vamos, Miren, eres una mujer lista —dice sin tener en cuenta los desaires de Miren, el oficial comprende su inquietud, pero no puede hacer más—. Encontramos el coche de Paloma cerca de la estación de autobuses de Bermeo, lamento decir esto, pero todo indica que se trata de una desaparición voluntaria, que se fue porque quiso.

—Paloma no se marcharía así, jamás.

—Sé que es difícil de encajar, pero a veces las personas que más queremos nos sorprenden.

—¿Estás casado, Aitor? —lo interrumpe de nuevo.

—Sí.

—¿Te quedarías conforme si te dijeran que dejan de buscar a tu mujer?

—En este caso sí, Miren. Yo mismo he dirigido la investigación, y como ya te he dicho, todo apunta a que por el motivo que sea, Paloma se ha marchado y no quiere que la encuentren. Llevo dos meses dedicando recursos y no puedo seguir alargándolo. Lo siento mucho, pero sin ningún indicio de que haya habido una actuación violenta, no puedo hacer nada más. Incluiremos sus datos en la base de personas desaparecidas por si algún día hay alguna coincidencia de ADN.

—¿Con un cadáver?

—No he dicho eso.

Miren se desploma sobre la silla, derrotada, incapaz de asimilar que Paloma la ha dejado así, de un modo tan cobarde. Piensa en Markel, el abuelo de su mujer ingresado en la residencia por sus problemas de movilidad, y le cuesta creer que Paloma también lo abandone a él.

—¿Quieres un consejo, Miren? —pregunta el oficial Ruiz con tono fraternal.

Ella se encoge de hombros, a estas alturas ya no sabe ni lo que quiere.

—Deja de buscar respuestas. Es posible que nunca las encuentres, a veces las cosas suceden sin más y no podemos evitarlas. Con treinta y cinco años eres demasiado joven para malgastar tu vida hundida en la incertidumbre, tienes que seguir adelante.

—Adelante —repite incrédula—. Mi mujer me ha abandonado, ha desaparecido sin dejar rastro, sin dar explicaciones, sin despedirse de mí ni de su abuelo. La conozco, Aitor, y por mucho que tú digas, ella no es de las que saldría huyendo, no es su estilo.

—Quizá no la conoces tan bien como crees. Todo el mundo tiene sus secretos, Miren, está claro que Paloma también tenía los suyos.

—Tiene, Aitor. No hables de ella como si estuviese muerta —dice antes de levantarse y salir de su despacho sin despedirse.

Cuando llega a la calle aspira una inmensa bocanada de aire que expulsa lentamente mientras se frota las sienes. Las lágrimas vuelven a poblar sus ojos tristes como cada vez que sale de ese maldito sitio, solo que en esta ocasión, la desesperanza es completa. Paloma se ha marchado, y ella tiene que comenzar a aceptarlo y aprender a vivir sin ella.

Capítulo 2

Hace un mes

—¿Entonces la cosa va en serio? —le pregunta su hermana, sentada frente a ella en una de las terrazas frente al mar.

—Pues, supongo que sí —responde tras pensarlo unos segundos y después sonreír.

—Me alegro mucho, Miren —aplaudiv ella—, sé que lo has pasado muy mal con lo de Paloma, pero han pasado cinco meses y tú tienes todo el derecho del mundo a seguir con tu vida.

—Lo sé, Alba, pero no es tan sencillo. Jessica me gusta cada vez más y estoy muy bien con ella, pero eso no significa que haya dejado de querer a Paloma, es algo muy raro. A veces estamos juntas, en la cama, ya me entiendes, y de repente me viene Paloma a la cabeza y me siento muy mal. Es como si la estuviera engañando.

—Tú no engañas a nadie, Miren. La que te ha engañado es ella, te hizo creer que todo iba bien entre vosotras y a la mínima de cambio salió corriendo —dice sin ocultar esa inquina que ha comenzado a sentir hacia ella.

—La bronca que tuvimos el día antes no tuvo nada que ver con esto, Alba, ya te lo he dicho. Fue una chorrada, la típica discusión que tienen todas las parejas, y antes de irnos a dormir ya la habíamos resuelto.

—Pues está claro que para ella no quedó resuelta.

—Es igual, Alba, déjalo.

—Perdona, es que me pongo de mal humor. Sigue hablándome de Jessica, y no te preocupes por seguir sintiendo cosas por Paloma, nos guste o no, tú siempre la vas a tener presente. Era tu mujer y estabas loca por ella, eso no se olvida fácilmente, y menos si te la arrebatan de repente, pero sí que tienes que dejarlo en un rincón de tu corazón y hacer espacio para otras cosas.

—Como Jessi —sonríe y ella arquea las cejas.

—Como Jessi —repite Alba contenta—. ¿Cómo la conociste?

—Ya te lo dije —contesta Miren resoplando.

—Sí, dijiste que contactó contigo para que le hicieras la portada de su nuevo libro, yo quiero más detalles —dice muerta de curiosidad.

—Está bien. Jessica quería unas cosas muy concretas y por correo me estaba resultando complicado comprender con exactitud lo que necesitaba, así que, al saber que también era de aquí, de Mundaka, le pregunté si era posible vernos y que me lo explicase personalmente.

—¿Sentiste algo cuando la viste? Quiero decir, ¿fue una especie de flechazo?

—No fue un flechazo, pero sí que reconozco que me gustó en cuanto la vi. Enseguida conectamos y la conversación comenzó a fluir hasta tal punto que dejamos de hablar de su portada para hablar de nosotras. Me sentí bien con ella desde el primer minuto y eso me despertó mucha curiosidad y necesidad de conocerla un poco más.

—¿Y ella contigo?

—No puedo hablar por ella, Alba, pero está claro que las dos íbamos en la misma dirección, de lo contrario, no tendríamos nada.

—¿Sabe lo de Paloma? —pregunta estudiando la reacción de Miren.

—Por encima, sin detalles.

—¿Sin detalles? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, Alba? Porque es una conversación incómoda, no solo para mí, me parece que también debe serlo para ella saber que estoy casada con una mujer que desapareció y que no he sido capaz de guardar el anorak que siempre colgaba detrás de la puerta.

—¿Y qué opina ella cuando entra en tu casa y encuentra la presencia de Paloma en todas partes? —pregunta con una mueca de repulsión—. Tiene que ser muy perturbador.

—Por eso no la he llevado nunca a mi casa. Siempre quedamos en su estudio —responde con hastío, cansada de tanto interrogatorio.

Alba coge mucho aire, impresionada.

—¿Y a ella no le importa?

—Pues no lo sé, porque ella no me agobia con tantas preguntas como haces tú —ladra Miren a punto de perder la paciencia.

Si hay alguien que sabe cómo llevarla al límite, sin duda esa es su hermana Alba.

—No me extraña que no te pregunte si te pones así de bravucona. Debes pensar un poco en lo que necesita ella, Miren, y dejar de centrarlo todo en lo que necesitas tú. Si a esa chica le gustas, querrá conocerlo todo de ti, incluyendo tus secretos, y sobre todo tu casa.

—¿Podemos dejar el tema por hoy?

—Está bien, pero piensa en ello.

—Te prometo que no pensaré en otra cosa... —ironiza con los ojos en blanco y Alba sonríe y encoge los hombros.

Su hermana siempre hace lo mismo, sabe hurgar hasta llegar a donde más duele, y después le mete el dedo ahí y lo deja para que medite sobre ello. A veces Miren no sabe si matarla o darle las gracias.

—Dices que Jessica es escritora, eso es muy interesante. ¿Sobre qué escribe?

—Libros de misterio —responde todavía un poco cortante.

—Anda —se sorprende—. ¿No te parece una señal que ella escriba libros de misterio y Paloma esté desaparecida?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Miren, turbada.

—Nada, no te montes películas raras, eh. Ha sido un comentario desafortunado, es solo que me ha parecido un dato curioso. Quizá podrías hablarle más del tema y que escriba un libro sobre eso, que al menos alguien saque provecho a esta desgracia. Ella gana dinero y tú haces terapia.

Desde luego, su hermana es única metiendo la pata, piensa Miren agotada.

—Jessica lo hace por afición, compagina ese trabajo con el suyo de auxiliar en el centro de salud. Aunque es cierto que ahora se ha pedido una excedencia y solo se dedica a escribir.

—Entonces gana suficiente con los libros, muy mal no debe hacerlo. ¿Tú has leído alguno?

—Estoy en ello.

—¿Y...?

—A mí me gusta, pero también me gusta ella, así que mi opinión no es imparcial y no debe contar —contesta y las dos se ríen ante la obviedad.

—Tienes razón, ¿cuándo me la vas a presentar? Compraré uno de sus libros para que me lo firme.

—No te la voy a presentar para que la sometas a un tercer grado como haces conmigo y salga corriendo, gracias. Nos estamos conociendo, Alba, tampoco me quiero precipitar.

—Oh, vamos —se indigna—, acabas de decir hace un momento que vais en serio.

—La conocí hace casi un mes y sí, la cosa fluye, Alba. Ya te he dicho que me gusta, y me parece que ella está muy enamorada de mí.

—¿Y cuál es el problema?

—Ese, joder. Que no quiero hacerle daño. ¿Y si nunca supero lo de Paloma? ¿Y si su sombra siempre está planeando a mi alrededor? Jessica podría cansarse y salir huyendo.

—Y tú no quieres que huya, eso es buena señal —sonríe.

Miren resopla y se rasca el cuello, mientras Alba se ríe y le pone una mano sobre el brazo para relajarla.

—Lleváis poco tiempo. Paloma y tú llevabais cuatro años casadas y dos de noviazgo, es difícil olvidar todo eso, ya te lo he dicho. Tienes que darle una oportunidad a lo tuyo con Jessica y dejar de pensar que engañas a Paloma. Siento decir esto, pero sería un engaño si ella estuviera contigo, pero se marchó, Miren, y lo hizo porque quiso.

—Ya —admite Miren—, pero no por eso duele menos.

—Lo sé. ¿Cuántos años tiene Jessica?

—Cumple treinta y dos en marzo, igual que Paloma los treinta y siete.

—Habrá muchos detalles que te recordarán a Paloma siempre, Miren. Deberías plantearte empezar a guardar sus cosas y tramitar el divorcio. Incluso vender la casa.

—No quiero vender nada, me gusta esa casa, y tampoco creo que sea tan fácil con ella desaparecida. No estoy para más complicaciones, pero sí que debería comenzar a guardar su ropa en el desván.

—Y sus cosas, Miren, tienes que vaciar el despacho, quitar las fotos...

Miren se bloquea, pensar en su casa sin un solo recuerdo de Paloma es como entrar a un lugar desconocido en el que no se siente cómoda. Le dice a su hermana que sí, que lo hará cuando esté lista, y rechaza su ayuda porque duda que esté preparada algún día para enterrar del todo su recuerdo.

—Y su coche, ¿lo sigue teniendo la policía? —pregunta cuando Miren ya se levantaba para irse.

—No, me lo devolvieron después de examinarlo. Lo tengo en el garaje, y no voy a venderlo, Alba, a ella le encantaba su coche.

—Pues no dudó en abandonarlo cerca de la estación, igual que a ti, hermana. Siento ser tan dura, pero si Paloma quisiera volver, ya lo habría hecho, olvídale ya y céntrate en Jessica, ella sí que está aquí.

Su última frase le parece demoledora. En cualquier caso, ha de reconocer que a su hermana no le falta razón, y por mucho que le sigue doliendo su ausencia cada día, debe empezar a pensar en ella. Después de meses llorando todas las noches, ha conseguido no hacerlo algunas, las que pasa con Jessica, y es en eso en lo que va a centrarse a partir de ahora, en ella.

—¿Te marchas ya? Todavía es pronto —dice Alba mirando el reloj.

—Voy a la residencia a ver a Markel.

—¿Sigues yendo a ver al abuelo de Paloma? —pregunta sorprendida.

—Por supuesto, a él también lo ha abandonado, y es de mi familia.

—No he querido insinuar lo contrario, Miren. Me parece muy bien que vayas a verlo, con la desaparición de Paloma, a ese hombre ya no le queda ningún familiar. Dale recuerdos de mi parte, y la próxima vez avísame y te acompaño.

Capítulo 3

La penumbra de la habitación es cada vez menor, hace rato que ha comenzado a amanecer y la claridad comienza a dibujar cada rincón de la estancia con nitidez. Miren trata de no pensar en nada y sigue centrada en Jessica, que todavía se recupera del último asalto. La joven la mira y se ríe tapándose la cara con el brazo como si le diera vergüenza, a Miren le hace gracia, porque está completamente desnuda y despatarrada en la cama y eso no le importa, aunque sí que es cierto que a Jessica la caracteriza cierto aire de timidez, no como a Paloma.

Miren no soporta cuando le pasa eso, cuando comienza a comparar las diferencias entre una y otra. Paloma era justo lo contrario en ese aspecto, tanto en la cama como fuera de ella. Su desfachatez fue uno de los primeros rasgos de su personalidad que llamó la atención de Miren. Le gustaba su desparpajo y la determinación que tenía para todo. A Paloma no le temblaba el pulso, si quería algo, no paraba hasta conseguirlo. Jessica es diferente, más cautelosa, aunque no menos decidida.

—¿Piensas en ella? —pregunta Jessica de sopetón.

Cuando le hace esas preguntas Miren se pone tensa, pero hoy, que es la primera vez que se ha atrevido a llevarla a su casa, a la que compartía con Paloma, todavía mucho más.

El aire se le escapa de los pulmones mientras piensa una respuesta, no quiere que Jessica se sienta mal y, al mismo tiempo, tampoco quiere ocultarle nada. Jessica le gusta y no quiere construir nada con ella que empiece con mentiras.

—Quizá no deberíamos haber venido aquí —dice y le coge la mano en un acto reflejo que la sorprende.

Jessica la mira y sonríe, después lo mira todo con detenimiento a su alrededor. No va a encontrar ningún marco con una foto de Miren y Paloma en la habitación, no porque lo haya quitado, sino porque nunca lo ha habido, no era su estilo de decoración. Paloma siempre decía que la única imagen de Miren que quería ver entre esas cuatro paredes era la real, y a ser posible desnuda. Miren sonríe al recordarlo y se siente mal al hacerlo, porque a su lado hay otra mujer desnuda que ocupa su sitio y eso la desconcierta.

—A mí no me importa, Miren, quiero decir, que sí, que es un poco raro todo, pero si queremos avanzar hemos de dar este paso también. Esta es tu casa, donde tienes tu vida, y si quieres que yo forme parte de ella tienes que acostumbrarte a traerme aquí de vez en cuando, igual que cuando vamos a la mía —argumenta Jessica y la mira seria.

—Ya lo sé, Jessi. Tienes toda la razón, es que ahora, con la luz del día...

—Ya, traerme anoche a oscuras y follarme hasta cansarte era fácil porque apenas veías y podías imaginarte que estabas en cualquier otra parte, ¿no? O quizá era el calentón el que no te dejaba centrarte en el lugar en cuestión —dice algo ofendida.

—No es eso, Jessica, cálmate —le pide un poco molesta por el comentario.

La escritora se queda callada y suspira. Miren le aprieta la mano sin saber cómo rebatir su comentario cuando Jessica vuelve a la carga.

—¿Cuándo hacemos el amor también piensas en ella?

Su pregunta es tan abrupta y lacerante que Miren necesita varios segundos para procesarla. Jessica la mira con el rostro ensombrecido por la duda, es la primera vez que su tono suena a reproche, a cansancio, a no saber realmente qué lugar ocupa ella en todo eso.

—No, joder —contesta cabreada.

Se gira hacia ella completamente, la destapa y se sienta a horcajadas sobre su cuerpo apoyando las palmas de las manos sobre su pecho desnudo. Después suspira hondamente sin conseguir calmar su angustia mientras Jessica la mira con el corazón desbocado.

—Es complicado, Jessica, y no te niego que me cuesta estar aquí y no pensar en Paloma. Es donde vivía con ella, joder, sigue siendo su casa, esta es su puta cama —dice irritada—, y me seguirá costando un tiempo, pero cuando estoy contigo, estoy contigo, y solo pienso en ti, ¿te queda claro? Me sería completamente imposible dejar que me tocases si estuviera pensando en ella, sería raro.

—Vale... —acepta compungida.

—No, no vale, cariño —le susurra y coge su cara entre las manos—. Yo sé que esto también es muy difícil para ti, sé que no te digo nada, que no te pregunto, pero soy muy consciente de ello.

—A veces tengo la sensación de que solo importa lo que sientes tú, anoche hasta me pareció raro que quisieras venir aquí.

Miren se siente una egoísta redomada en ese momento.

—Lo siento, claro que me preocupa lo que tú sientes y, aunque no lo creas, ese era parte del motivo por el que no te quería traer aquí. Sabía que esto podía pasar, que yo no podría evitar pensar en Paloma y que tú te darías cuenta y te haría daño, pero como bien has dicho hace un momento, si queremos avanzar, hay que empezar a adaptarse a todo, y tengo que comenzar a crear nuevos recuerdos en esta casa contigo para que los suyos vayan quedando relegados a un segundo plano.

Le da un beso y al principio la nota un poco tensa, pero no desiste y poco a poco Jessica se va relajando. Vuelven a hacer el amor, esta vez a la luz del día y, cuando terminan, se quedan en silencio. Miren se ha acurrucado junto al cuerpo de la escritora, está hecha un ovillo y le acaricia la barriga con las uñas. Lo hace de forma suave y relajante, con mimo y dedicación. Jessica tiene la mirada clavada en el techo de la habitación, sabe que en una ocasión normal, después de un orgasmo y unas caricias como esas, caería en un sopor que la mantendría en la cama durante toda la mañana, sin embargo, Jessica no consigue relajarse del todo. No deja de pensar en Miren y en esa sombra de Paloma que siente cerniéndose sobre ella. No pretende que Miren deje de querer a su mujer, de hecho, la comprende, entiende que su amante siga confusa, que no termine de aceptar que Paloma se haya ido, el problema es que Jessica está segura de que por mucho que se lo niega y le afirma que se está enamorando de ella, Miren sigue enamorada de su mujer.

—¿Tú crees que se puede estar enamorada de dos personas a la vez?

La pregunta sale de sus labios al mismo tiempo que lo piensa, no logra contenerse y nota como el cuerpo de Miren se tensa a su lado. Miren levanta la cabeza y la mira desconcertada.

—¿Por qué dices eso?

Jessica encoge los hombros intentando restar importancia al comentario, no quiere incomodar a Miren, aunque le gustaría saber lo que opina al respecto.

—¿No sabes por qué lo dices?

La pregunta de Miren es absurda y hasta ella misma se da cuenta de que la ha dicho para ganar tiempo y reflexionar una respuesta.

—Olvidalo, Miren, ha sido una tontería.

Miren, apoyada sobre los codos, la mira con fijeza y la frente arrugada.

—La verdad es que no lo sé, supongo que sí —dice finalmente.

Suena tan sincera que a Jessica la respuesta no le duele, se siente muy insegura en la relación y agradece que Miren le diga lo que piensa.

—¿Es lo que te pasa a ti? ¿Estás enamorada de Paloma y al mismo tiempo te estás enamorando de mí?

Miren la mira pensativa y siente un escalofrío recorrerle la columna.

—¿Te enfadas si te digo que sí?

Jessica menea la cabeza de manera negativa, ella solo quiere sinceridad. Miren se acerca y le da un beso en los labios, Jessica sonríe nerviosa y Miren le da otro.

—Tú estás aquí y ella no, Jessi, se me pasará, cariño —afirma cada vez más convencida.

—¿Y si no es así?

—Enamorada o no, siempre va a haber una parte de mí que le pertenece a ella, Jessi, son muchos años juntas con una ruptura para la que no tengo explicación. Desde mi punto de vista, no pasó nada entre nosotras que justifique su marcha, estábamos bien, así que me resulta difícil guardarle rencor en ese sentido. En cualquier caso, lo que siento por ti es cada vez más fuerte.

—Y ella no está —añade Jessica apretando los labios en una mueca de duda.

—No, no está.

—¿Y si un día vuelve?

Miren nota como el corazón se le sacude dentro del pecho, es un hormigueo muy fuerte, tan intenso, que no se le ocurre nada con lo que compararlo. La garganta se le seca y nota la boca pastosa de repente, no sabe si todo eso que siente es por el amor que profesa a su mujer desaparecida o por esa rabia interior que tiene dentro desde el día que la dejó sola.

—Si quisiera volver ya lo habría hecho, Jessi —dice y la besa de nuevo.

Jessica asiente satisfecha, aunque teme perder a Miren, le encanta como esta la mira y las atenciones que le dedica, así que decide que se va a centrar en eso porque de lo contrario, no podrá disfrutar de la relación que ambas mantienen.

Capítulo 4

Las cosas entre Miren y Jessica se están afianzando. Ya ha pasado casi un mes desde aquella conversación tensa en la habitación de su casa y, aunque Jessica le dijo que si necesitaba más tiempo lo entendía, Miren se negó de manera rotunda.

La ha seguido llevando a su casa, han dormido en la misma cama que compartía con Paloma, desayunado en la misma mesa por las mañanas los fines de semana y compartido palomitas en el sofá mientras veían una película por la tarde.

A Miren le sigue costando, le resulta imposible sacudirse el recuerdo de Paloma de encima y ha llegado a la conclusión —después de una larga charla con su hermana Alba— de que quizá lo que tiene que hacer es limitarse a no intentar borrarlo ni apartarlo, simplemente dejarlo ahí al mismo tiempo que crea uno nuevo con Jessica.

—El tiempo hará lo demás —le dijo Alba—, seguirás recordando a Paloma, pero dejarás de sentirte mal, ya lo verás.

Su hermana parecía tan segura de lo que decía que Miren se aferró a sus palabras como a una tabla en medio del océano, pero por ahora no han surtido efecto, Paloma le sigue doliendo como un mordisco en su órgano vital, aunque también es cierto que cada vez se lo pasa mejor con Jessica y comienza a echarla de menos con demasiada frecuencia.

Piensa en todo eso en su despacho de un antiguo edificio en el centro de Mundaka mientras trabaja en el diseño de un anuncio publicitario de una empresa de servicios informáticos. Miren observa las dos pantallas que utiliza para trabajar contrariada, no le acaba de gustar lo que tiene, pero tampoco es capaz de ver qué es lo que está fallando. Está descentrada y así no es productiva. Se levanta y se gira hacia la ventana que hay tras ella, está lloviendo a cántaros y se queda absorta observando las gotas estrellarse contra el asfalto, centrada en el sonido ininterrumpido que estas hacen al caer. Le encanta la lluvia, y es una suerte, porque allí llueve con demasiada frecuencia.

Miren pasa varios minutos en la misma posición, relajándose, dejando la mente en blanco. Ve pasar algunos coches, transeúntes protegidos bajo paraguas de distintos colores y un chico despistado que corre con la capucha de la sudadera puesta como si eso pudiera protegerlo. Finalmente, decide tirar la toalla, así no avanza y siente que pierde el tiempo, quizá un paseo por las calles mojadas del pueblo y acercarse a ver como las olas rompen en la playa, sea lo que necesita para despejar la mente y serenarse. Apaga el ordenador, se pone el anorak y coge el paraguas del perchero.

Cuando Miren abre la puerta del portal siente que ha tomado la decisión correcta, el olor a asfalto mojado mezclado con el salitre que proviene del mar le inunda las fosas nasales y ella aspira profundamente con los ojos cerrados, tomándose unos segundos de tranquilidad que nadie puede robarle. Una vez satisfecha, da un paso al exterior y abre el paraguas morado que le regaló Paloma hace dos años para Navidad. Es el que más le gusta, resistente al viento y lo suficientemente grande como para que las dos pudieran refugiarse en él. Miren suelta un hondo suspiro al descubrirse de nuevo pensando en ella y trata de evocar de inmediato a Jessica, a esa sonrisa jovial y sincera que tanto la caracteriza, a su

mirada huidiza y precavida, temerosa de que Miren le diga que no puede seguir con ella. Un pinchazo de angustia le atraviesa el pecho al pensar en hacerle daño a Jessica, está muy lejos de lo que ella pretende, pero no sabe cómo demostrárselo ni se ve capaz de entregarse al cien por ciento todavía. Está pensando en eso cuando un taxi se detiene frente al edificio, Miren todavía no se ha movido del portal y por algún motivo, no da un paso y se queda quieta cuando la puerta trasera del vehículo se abre.

Todo se produce en su mente con un efecto lentificado que la deja paralizada, la silueta de la mujer que se baja del vehículo va tomando forma, dibujándose ante sus ojos. Primero ve la melena oscura ondear por delante de su cara cuando se incorpora, y después esa mirada color miel enfocándola con un brillo único que ella podría reconocer a kilómetros de distancia. Cuando Paloma cierra la puerta del taxi, Miren no soporta la impresión y se desmaya cayendo desplomada en redondo.

Paloma se lleva el susto de su vida cuando el cuerpo de Miren cae a plomo ante sus ojos. Ha pensado muchas veces cuál sería la mejor forma de enfrentarse a este momento, en cómo prevenir a Miren de su regreso. Está claro que debería haberla llamado antes, pero tampoco quería arriesgarse a cogerla en un lugar que Paloma no controlase y a Miren le pasase algo parecido a lo que le ha pasado ahora sin que nadie pueda socorrerla.

No era su intención abordarla en plena calle, el plan de Paloma era bueno, visitarla en su despacho y encontrarla sentada en la silla. No contaba con tropezarse con ella saliendo del edificio.

—¡Ayúdeme! —le grita al taxista antes de echar a correr hacia Miren.

El cuerpo de su mujer yace sobre el asfalto desmadejado, como si hubiera caído desde un octavo piso. Paloma nota el corazón como un martillo percutor dentro de su pecho mientras le da la vuelta a Miren y trata de que vuelva en sí con un par de palmadas en el rostro.

—Miren, despierta —le suplica mientras el agua cae en cascada sobre ellas.

El taxista, de pasos torpes y reflejos peores, ve como el viento arrastra por la calle el paraguas de Miren y corre tras él para recuperarlo. Un vecino que sale del portal en ese momento, va en ayuda de las dos mujeres, y otro que pasa con su coche por la calle, también se detiene y se baja para socorrerlas, allí se conocen todos.

—¿Paloma? —dice uno de ellos impresionado.

Ella no le contesta, sigue tratando de hacer reaccionar a Miren, pero ella sigue inconsciente. Su mente no estaba preparada para la impresión que le ha producido encontrarse con su mujer desaparecida desde hace casi un año y se ha desconectado. Paloma nota como la lluvia desaparece de repente bajo la protección del paraguas que el taxista ha recuperado y puesto sobre ellas.

—Hay que llevarla al centro de salud de Bermeo —dice Paloma.

Entre todos levantan el cuerpo inerte de Miren y la meten en la parte trasera del taxi. Paloma se sienta con ella sujetándole la cabeza sobre sus piernas. Sabe que no debe actuar así, que hay que esperar a una ambulancia, pero también sabe que ellos serán mucho más rápidos y no piensa dejar a su mujer tirada en el suelo ni un segundo más de lo necesario.

Por el camino, Paloma, que siente que el corazón se le va a escapar por la boca en cualquier momento, trata de buscar alguna lesión en la cabeza de Miren, es incapaz de precisar si se ha golpeado o si ha caído sobre el brazo como a ella le ha parecido.

—¿No puede ir más deprisa? —increpa al taxista.

El hombre la mira sudoroso a través del espejo central y acelera un poco para después dar un frenazo. Paloma decide no molestarlo más.

Cuando llegan piden ayuda y rápidamente un enfermero y un médico salen con una silla de ruedas y, un minuto más tarde, Paloma respira cuando Miren abre los ojos después de que el doctor le pinche con algo en una oreja.

La ertzaina se queda en el rincón más alejado de la consulta, sabe que su presencia es la causante de lo que le ha pasado a Miren y que cuando la vea es muy posible que vuelva a desmayarse. No debería haber entrado y ahora lo sabe, pero la preocupación por su estado ha sido más fuerte y ahora los ojos desconcertados de su mujer se acaban de clavar en ella.

Miren la observa sin parpadear, ignorando todas las preguntas del médico como si las dos estuvieran solas. Paloma contiene la respiración sin saber lo que va a venir, Miren es impredecible en muchas ocasiones, y en otras transparente como el agua, esta es de las primeras.

—Vete.

La voz casi no le sale, pero Paloma la ha escuchado perfectamente y el corazón se le está rompiendo muy despacio. El médico y el enfermero se giran hacia ella sin entender nada cuando Miren, con los ojos anegados y la rabia y la incomprensión poblando su mente, repite la misma orden.

—Que te vayas.

—Debo pedirle que salga —le dice el médico a Paloma.

Ella asiente y camina hasta la puerta mientras traga saliva. Cuando se encuentra al otro lado, se permite soltar todo el aire que ha estado conteniendo en los pulmones y apoya la espalda en la puerta. Después otea toda la sala y decide que esperará allí hasta que Miren salga.

Capítulo 5

Jessica está teniendo lo que ella llama una mañana productiva, ha escrito un capítulo y está terminando el segundo, más de cuatro mil palabras que sumar a una historia que está bastante avanzada. Sus dedos se mueven veloces sobre el teclado, está tan acostumbrada al sonido que producen las teclas cuando las presiona, que no las escucha. Cuando se mete en la historia, nada la distrae, ni siquiera el perro de su vecina que ladra cada vez que llaman al timbre, y su vecina recibe muchas visitas.

Termina un párrafo y se levanta para ir al baño, al levantarse las rodillas le crujen y siente el cuerpo engarrotado, lleva demasiadas horas frente al ordenador esta mañana, primero buscando información, a continuación revisando el capítulo que escribió ayer y después escribiendo. Jessica ve que es casi la hora de comer y decide que ya es suficiente por hoy. Decide tomarse el resto del día libre porque debe descansar un poco y despejar la mente. Está guardando el documento cuando la pantalla de su móvil se ilumina y aparece el nombre de Ainhoa.

Ainhoa es una amiga de esas de las que tienes el número de teléfono pero con la que nunca vas a quedar. Se conocen de cuando estudiaban juntas el Grado Medio de Auxiliar de Enfermería y de haber hecho las prácticas en una residencia geriátrica de Bermeo. A Jessica le extraña su llamada y duda si debe contestar, pero al final lo hace.

—¿Qué hay, Ainhoa? —pregunta un poco incómoda.

—Hola, Jessica. Iré directa al grano. ¿Verdad que estás saliendo con Miren Uriarte? Te he visto algunas veces con ella por el pueblo...

—Sí —la corta Jessica notando que se le seca la boca—. ¿Por qué?

—No te asustes, pero está aquí, en el centro de salud de Bermeo, he pensado que querrías saberlo.

—¿Qué le ha pasado?

Jessica se olvida del ordenador y corre hasta el recibidor para ponerse el anorak y coger las llaves del coche.

—Nada grave, un desmayo, supongo que le ha bajado la tensión.

Ainhoa nota el temblor de la voz de Jessica cuando le dice que sale hacia allí de inmediato y eso la hace recular. Iba a advertirla de que Paloma Alonso también está allí, a esas alturas todos la han reconocido y los cuchicheos ya deben estar atravesando el pueblo. Ainhoa no tiene mala intención, de verdad opina que Jessica tiene derecho a estar allí y saber lo que pasa, y estaba decidida a avisarla de la presencia de la mujer desaparecida de Miren para que la sorpresa no la impacte cuando llegue, pero la ha notado tan asustada por la noticia que prefiere omitirlo para no ponerla más nerviosa.

Jessica cruza la puerta del centro de salud como si la persiguiera alguien. Ha cerrado el paraguas deprisa y este deja caer gotas de agua a su lado hasta que escucha el chorro y lo deja en el cubo del rincón.

Todas las figuras de personas que hay esperando en la sala se dibujan borrosas ante

sus ojos. Jessica busca con la mirada a Ainhoa, y al no verla, va directa hacia el mostrador.

—Miren Uriarte, la han traído hace un rato —dice nerviosa.

Paloma, que está sentada en la hilera más cercana al mostrador y la lleva observando desde que ha entrado, se levanta como si la silla la hubiera expulsado. Un calor extraño le recorre el cuerpo al mismo tiempo que el corazón le late desbocado lanzando una señal de alerta, como una premonición. Se queda quieta mirándola fijamente y se muerde ambos labios mientras traga saliva.

No sabe por qué lo ha deducido tan rápido, pero en cuanto ve la cara de preocupación de la chica, tiene la certeza de que entre ella y Miren hay algo. El labio inferior comienza a temblarle, y esa ola de calor que sentía hace un momento, se acaba de transformar en un escalofrío incómodo, acompañado de un dolor intenso que no sabe describir.

—¿Es usted familiar? —le pregunta la auxiliar a Jessica.

Ella abre la boca y titubea desconcertada un segundo, está muy nerviosa y le cuesta reaccionar.

—No —contesta, después se retracta—. Bueno, es mi pareja.

La auxiliar alza la cabeza y la mira para después, de forma involuntaria, clavar la mirada en Paloma, que está situada un par de metros por detrás.

Son solo unos segundos, pero son suficientes para despertar la curiosidad de Jessica y hacer que se gire.

Sus ojos no ven a nadie más que no sea ella, la reconoce de inmediato y un agudo pinchazo de dolor le comprime el pecho hasta cortar la respiración. Las dos se mantienen la mirada. Jessica no sabe qué hacer, siente que su mundo se acaba de venir abajo de un plumazo y solo quiere llorar y gritar de desesperación, pero no quiere hacerlo allí ni salir corriendo. Ella es una mujer discreta, le gusta pasar desapercibida, por eso ese momento está resultando uno de los más incómodos de su vida.

A Paloma la tiene paralizada la confusión. Debería sentir un odio inmediato hacia la chica y echarla de allí a patadas, pero algo la retiene, quizá la cara de consternación de la joven, la preocupación sincera que ha mostrado por Miren o el dolor desolador que hay ahora mismo en su mirada.

Paloma traga saliva y aprieta la mandíbula, se toma unos segundos y decide ponerse en su lugar, consciente de que la mujer que tiene delante, no es más que otra víctima de la situación. La agente de la ertzaina ha imaginado muchas cosas que podían pasar en todos estos meses, pero la única opción que no había contemplado, era la de que Miren iniciase una relación con nadie. Sabe que es un pensamiento puramente egoísta, pero la quiere tanto que le resultaba imposible imaginarla en brazos de otra mujer, y ahí está, esa otra está delante de ella, a punto de romperse como una muñeca de porcelana.

—Hola —saluda Paloma con voz suave dando un paso hacia ella.

Jessica tiembla de arriba abajo y los ojos se le encharcan. Trata de abrir la boca para contestarle, pero la voz no le sale y en su lugar, se sorbe los mocos que empiezan a anegar su nariz. No sabe qué esperaba que le dijera Paloma, ni siquiera se planteaba que le llegase a hablar, en su cabeza han pasado ráfagas a toda prisa en los segundos que llevan mirándose y la que más se repetía era que Paloma la echase de allí a gritos, no que la saludase con la ternura que lo ha hecho.

Jessica se mira las manos, no sabe por qué lo hace, pero observa pasmada el temblor descontrolado que hay en ellas. Paloma también lo hace, al igual que echa un vistazo a su

alrededor y se da cuenta de que todo el mundo las mira, son el centro de atención, la mujer desaparecida ha vuelto y se ha encontrado con la novia suplente, van a ser la comidilla del pueblo durante varias semanas.

—¿Te encuentras bien? —insiste Paloma y da otro paso hacia ella.

Jessica la mira y se pregunta de dónde saca tanta serenidad la mujer que tiene delante. Asiente con la cabeza, y el propio movimiento hace que un par de lágrimas broten de sus ojos. Paloma le sonríe con una mueca triste y se acerca con cuidado. Le pone una mano en la espalda y señala las hileras de sillas.

—¿Quieres que nos sentemos?

Jessica se limpia las lágrimas con los dedos y asiente con la cabeza. Las dos comienzan a caminar y Paloma se adapta al paso de la escritora, siguiéndola hasta las sillas del fondo, apartadas de oídos indiscretos. Jessica se deja caer en una de las sillas y Paloma se sienta a su derecha, después abre su bolso y le tiende un paquete de pañuelos de papel.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Jessica aceptando el paquete.

—Se ha desmayado al verme —explica Paloma—, he ido a verla al despacho, pero no me ha dado tiempo a subir, me la he encontrado cuando salía del portal y de la impresión...

Paloma no relata más hechos, Jessica asiente, se los puede imaginar.

—¿Se ha hecho daño?

Cada pregunta se le clava a Paloma como un alfiler dentro del pecho. Cualquier otra persona lo primero que querría saber, es qué hace Paloma allí, pero a Jessica lo que más le preocupa es Miren, y eso solo significa que le importa de verdad.

—Creo que no, cuando ha vuelto en sí me ha echado de la consulta, pero parecía estar bien —admite Paloma.

Sabe que toda esa situación la ha provocado ella y, aunque a esa chica no la conoce ni le debe nada, hay algo dentro de ella que la impulsa a tranquilizarla, a ser sincera, a paliar en la medida de lo posible ese dolor que es evidente que siente.

—Vale —dice Jessica.

Está tan abrumada que no sabe qué decir. A su lado está sentada la mujer de Miren, la dueña de esa cama en la que ella ha gozado tantas veces. No debería sentirse mal por ello, Paloma abandonó a Miren y ella estaba rehaciendo su vida, pero Jessica no puede evitar un sentimiento de culpa. Mira un momento a Paloma y aparta la mirada con rapidez, se siente tan perdida que le encantaría que un agujero se abriera bajo sus pies y se la tragase.

—¿Tú y Miren estáis juntas?

Paloma pregunta con voz neutra, no quiere mostrar enfado, pero tampoco pasividad ante el hecho. Ella también está incómoda y confusa, si se reprime y muestra tanta serenidad, es porque se ha dado cuenta de que si ella levanta la voz o muestra hostilidad hacia Jessica, la joven se desmoronará del todo, y Paloma, aunque desconoce el motivo, no quiere que eso pase.

—Tú la dejaste —contesta Jessica con la voz rota, tratando de justificar el hecho.

—Ya lo sé.

Paloma se masajea la frente y nota lo gélida que tiene la mano a pesar de la buena temperatura que hay dentro del centro.

—¿Has vuelto para quedarte?

La pregunta brota de los labios de Jessica sin que pueda contenerla, es el único momento en que su voz no tiembla y es capaz de aguantarle la mirada a Paloma hasta que

contesta.

—Sí.

Jessica nota que se le cierra la garganta y el aire le sale entrecortado por la nariz. Asiente como si asumiera una derrota cantada y se vuelve a mirar las manos. Sigue temblando. Paloma la mira como a un objeto inalcanzable, esa pieza de museo que está detrás de un cristal para que nadie pueda tocarla debido a su fragilidad. Percibe el dolor de la mujer que tiene al lado y lo entiende, porque ella siente lo mismo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Paloma.

Jessica la mira desconcertada. Quiere odiarla con todas sus fuerzas, durante todo el tiempo que lleva con Miren se ha dicho que si alguna vez aparecía, lo haría, pero ahora la tiene delante y le resulta imposible.

—Jessica —dice y los labios le tiemblan.

La puerta de la consulta donde está Miren se abre y sale el médico, que busca con la mirada a Paloma hasta que ella se pone en pie y Jessica la imita.

—Yo me voy. Sé que no tienes porqué hacerlo, pero ¿le dirás a Miren que he venido? —le pide Jessica mientras el médico le hace una seña indicándole que puede entrar.

Paloma la sujeta por la mano antes de que dé un paso y Jessica se queda paralizada.

—Entra tú —dice Paloma ante la mirada de perplejidad de la escritora—, me parece que ahora mismo no es a mí a quién quiere ver.

—¿Estás segura? —duda Jessica, todavía sorprendida.

—Sí, ve. Yo me quedo aquí hasta que salgáis.

Jessica asiente y comienza a caminar hacia la consulta. Paloma se deja caer en la silla y vuelve a frotarse la frente con sus dedos congelados. La ve entrar y también como el médico cierra la puerta cuando pasa. La ertzaina siente una punzada de angustia atravesando su pecho y toda esa serenidad que ha mantenido cuando Jessica estaba con ella, se desvanece cuando se queda sola.

Ahora la que tiene la sensación de que todo se tambalea a su alrededor, es ella. Miren la ha sustituido y, aunque puede llegar a entenderlo, no puede evitar sentirse herida y traicionada.

—Mierda... —lamenta en voz baja mientras espera con paciencia.

Sabe que debería ser ella la que estuviera dentro de esa consulta al lado de su mujer, no Jessica, y cuando piensa en ello, ya no tiene claro por quién lo ha hecho, si por el bienestar de Miren para que no se altere más de lo que ya estaba, o por Jessica, que se va a ver en medio de una guerra donde tiene todas las de perder, porque si una cosa tiene clara Paloma, es que piensa luchar por recuperar a su mujer.

Se echa hacia atrás en la silla y espera con paciencia hasta que veinte minutos después, la puerta vuelve a abrirse y Miren y Jessica salen de la consulta. Paloma se pone en pie de inmediato notando el corazón palpitando en las sienes. No se acerca, solo mira y espera una señal. Miren le dice algo a Jessica hablándole muy cerca, con ternura, provocando unos celos desconocidos en Paloma. Después se dan un beso en los labios, algo suave y tierno, un hasta luego, y Jessica se marcha dedicando una mirada rápida a Paloma. No hay desprecio en ella ni tampoco un gesto de victoria, hay humildad y eso remueve a la policía por dentro, porque después del beso que ha presenciado, sí que está celosa.

Miren se acerca a ella mirándola con dureza, el ceño fruncido y los labios apretados. Paloma sabe que no puede pedir explicaciones y que debe dar muchas, así que no abre la

boca cuando su mujer llega hasta ella.

—Jessica dice que has venido para quedarte. ¿Es cierto?

La pregunta es fría y está cargada de rabia.

—Sí.

—¿Te vas a quedar en casa?

—Es mi casa, Miren —responde Paloma conteniendo la indignación.

—Lo sé, pero dormirás en el sofá. Pide un taxi.

Miren se da la vuelta y va directa hacia la puerta, no deja que Paloma le pregunte cómo se encuentra ni que camine a su lado. Le espera un regreso complicado, mucho más de lo que ella esperaba.

Capítulo 6

Durante todo el trayecto en taxi, ninguna de las dos mujeres habla. Es incómodo, el aire dentro del vehículo parece denso, viciado de esa tensión que hay entre ambas. Ahora son las dos las que tienen preguntas y quieren respuestas, cada una para sus cosas, sin embargo, es Paloma la que tiene las de perder, porque el origen de todo, radica en ese momento en el que desapareció dejando a Miren sola.

Cuando el taxi para en la puerta de su casa, a Paloma la invade un sentimiento de añoranza que la conmueve por dentro. Desearía poder abrazar a Miren, decirle cuánto la ha echado de menos para después darse una ducha, ponerse ropa cómoda y pasar el resto del día tirada en el sofá con su mujer.

—Paga —dice Miren antes de abrir la puerta y bajarse.

Paloma la mira antes de abrir el bolso para buscar el monedero y se le escapa media sonrisa. Siempre le ha gustado ese carácter hosco de Miren cuando está enfadada. Las dos mujeres cruzan la puerta de la verja y Paloma cierra a sus espaldas apretando los ojos con fuerza.

Lleva meses soñando con este momento, con volver a su casa, a su hogar, a los brazos de Miren y a sus besos, a su aroma dulce o al olor a salitre cuando abren las ventanas. Clava la mirada en su mujer, que en ese momento está metiendo la llave por la cerradura. Paloma suspira profundamente y camina hasta el interior, donde se sobrecoge al sentirse por fin a salvo.

Miren deja su bolso sobre la mesa y mira a Paloma sin terminarse de creer que esté ahí. Apenas ha cambiado, el pelo un poco más largo, la piel más bronceada y algo más delgada.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa Paloma sin atreverse a dar un paso más a pesar de que está en su casa.

—Déjate de tanta hipocresía, Paloma, ¿acaso te importó saber cómo estaba cuando te largaste de casa? ¿Dónde mierda has estado? —explota Miren.

—Es complicado.

—¿Complicado? —repite poniéndose roja de rabia—. ¿Quieres saber lo que es complicado?

Miren señala a Paloma con el dedo y se acerca caminando con gesto amenazante. Paloma no se mueve, ni siquiera se ha quitado el abrigo porque no tiene claro que la situación acabe bien para ella.

—Complicado es llegar una tarde a casa del trabajo, darte una ducha y ponerte a preparar la cena. Mirar el reloj y pensar que tu mujer se retrasa. Empezar a preocuparte, porque es policía y su trabajo siempre tiene un plus de peligro diario. Complicado es que la llames al móvil después de dos horas de angustia y te salte el buzón de voz. Que después de otro rato llames a comisaría y nadie sepa nada, que más tarde por fin alguien te pase con su superior y pienses que tendrás respuestas, pero entonces él te diga que tu mujer terminó su turno hace horas y que ya debería estar en casa.

Paloma la escucha casi sin respirar, con la piel erizada y los músculos en tensión. Días antes de su marcha no dejaba de pensar en eso, en cómo se sentiría Miren, pero por mucho que lo hizo, ni de lejos se acercó a lo que su mujer experimentó el día de su desaparición.

—Llamé a la residencia de tu abuelo por si estabas allí, a los hospitales y a algunos de tus compañeros por si te habías entretenido con alguien. Nadie sabía nada.

Las últimas palabras salen de la boca de Miren con rabia, de forma más lenta, como si hubiera masticado cada sílaba para asegurarse de que a Paloma le queda perfectamente claro.

—No me lo pensé, me vestí y salí a buscarte. Muchos de tus compañeros me ayudaron, estuve toda la puta noche dando vueltas por el pueblo, recorrí cada rincón y me acerqué a cada uno de los sitios en los que creía que podías estar. Después cogí el coche y fui despacio por la carretera, mirando en las cunetas por si habías tenido un accidente y nadie te había encontrado, hasta que a las cinco de la mañana, me llamaron para decirme que tu coche estaba aparcado en la estación de autobuses.

Los ojos de Miren están inyectados en sangre y Paloma baja la cabeza incapaz de sostenerle la mirada. Todo lo que le cuente a partir de ahora, ella ya lo sabe, pero deja que Miren hable, que se desahogue y que le eche en cara lo insensible que fue. Paloma aguanta estoicamente un reproche tras otro, de pie, como una soldado frente a su superior.

Miren deja de hablar, cansada de escucharse a sí misma y notando que le falta el aliento. Se siente completamente exhausta, como si hubiera estado nadando a contracorriente demasiado tiempo y acabase de sacar la cabeza del agua. Las lágrimas hace rato que le resbalan por la cara y no se molesta en limpiarlas, solo se da la vuelta y se dirige hacia el sofá para dejarse caer antes de que las rodillas se le doblen.

—¿Estabas con otra y te has cansado? —pregunta de sopetón.

Esta vez Paloma sí que se mueve, se deshace de su abrigo y lo deja colgado en el perchero que hay detrás de la puerta, en el puesto de más a la izquierda como hacía siempre. Deja también el bolso, justo en el de al lado, y sonríe porque un detalle tan insignificante como ese, la reconforta después de tanto tiempo fuera de casa. Paloma se permite ir a la cocina y beber un poco de agua antes de regresar al salón y arrastrar la mecedora en la que Miren suele hacer sudokus algunas noches para situarla frente a ella.

—No estaba con nadie, Miren, yo jamás te hubiera dejado. Me fui por trabajo.

Miren alza la mirada, impactada por lo que acaba de escuchar. Los primeros segundos ni siquiera parpadea, solo observa a su mujer tratando de encontrar alguna señal de alerta, algo que le indique que le está mintiendo, pero no ve nada, aunque tampoco lo vio en su día.

—Eres una puta mentirosa —escupe rabiosa—. Aitor, tu superior, fue quien me dijo que pusiera la denuncia por desaparición a la mañana siguiente. Él fue el que se ofreció para acompañarme a darle la noticia a tu abuelo. Yo misma hablaba con ellos cada semana y me ponían al día de los avances.

—Miren...

—Cállate, joder —le ordena ahogada de indignación—. Estuvieron aquí en casa y lo registraron todo, miraron en nuestra habitación y me hicieron millones de preguntas sobre nosotras. ¿Sabes lo duro que fue todo aquello? Tuve que contar muchas de nuestras intimidades a auténticos desconocidos porque cualquier mínimo detalle por pequeño que fuera, podía ayudarles a dar con tu paradero.

—Es el protocolo, Miren, yo...

—He dicho que no hables —sigue Miren, que está tan sobrepasada que no puede parar, cualquier otra opción que no sea la que le dieron en su momento, ahora mismo no puede procesarla—. Encontré tu móvil en el buzón, ellos buscaron huellas, se quedaron tu coche unos días y...

Miren no puede más, siente que se ha quedado sin aire y que la vista se le nubla. Paloma se inclina hacia delante y le coge la mano, pero Miren la retira como si se hubiera electrocutado.

—No me toques.

Paloma traga saliva y retira la mano respetando su espacio y también sus normas, lo hará con cada cosa que le pida.

—¿Dónde estabas? —exige saber Miren con mirada glacial.

—Hice de agente infiltrada en el caso que estaba investigando, es todo lo que puedo decirte, Miren.

Miren eleva las cejas impactada, sin saber si tiene ganas de gritar o de echarla de su casa.

—¿Infiltrada?

—Sí. Tú sabes cómo funciona eso, te lo he explicado muchas veces. Si aceptas una misión así, no puedes contárselo a nadie, ni siquiera a tus seres más queridos, en este caso tú. Todo ha de resultar creíble.

—No me jodas... —dice Miren llevándose una mano a la boca cuando asume que Paloma no miente.

—Lo siento, Miren. No te haces una idea de cuánto lamento que pasaras por aquello.

Miren se levanta de manera abrupta y se va al centro del salón. Necesita espacio porque siente que las paredes de la casa se están cerrando a su alrededor.

—¿Todo era un montaje? —le pregunta dolida—. Debí ser el hazmerreír de todo el cuerpo...

—En realidad, no, Miren, el único que estaba al corriente de la situación era el oficial Ruiz, todas estas misiones son...

—Secretas, claro —la interrumpe Miren con una sonrisa sardónica y Paloma asiente.

—Lo siento —dice Paloma con tono sincero.

—¿Casi un año desaparecida y crees que lo puedes arreglar todo con una disculpa?

—No tenía que ser un año, jamás hubiera aceptado de haberlo sabido, pero todo se complicó y abandonar no era una opción sin ponernos en peligro.

—Ahora la culpa será mía —bufa Miren.

—Yo no he dicho eso, Miren. Mierda, ¿consideras que para mí fue fácil hacerlo? —empieza a encenderse Paloma.

—¡Pues no haberlo hecho, joder! —vocifera Miren—. ¿Es que no había nadie más? ¿Tenías que ser tú?

—Yo era la más cualificada, llevaba meses con el caso y conocía los movimientos de los sospechosos de memoria.

—Pues ahora lo has jodido todo por tu puta memoria —la señala Miren con el dedo.

—¿Yo? Yo solo me fui, eres tú la que me ha sustituido por otra —suelta Paloma, que lleva tragando con eso desde que han llegado.

La expresión de Miren cambia y la sombra de la culpabilidad le atraviesa el rostro de manera fugaz.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer, Paloma? Tu querido jefe me dijo que archivaba el caso, que a sus ojos, tu desaparición era voluntaria, que me habías dejado. Fue él, el que me recomendó que siguiese con mi vida.

—Y tú no lo dudaste ni un segundo, claro —esquepe Paloma.

Miren abre la boca, pero la frase lapidaria de su mujer le sella los labios de sopetón.

—Lo siento —suspira Paloma de inmediato y se frota los ojos, sigue teniendo los dedos fríos.

Se acomoda apoyando la espalda y deja que la mecedora balancee su cuerpo suavemente de delante hacia detrás hasta que se queda inmóvil.

Miren la observa sintiendo los latidos desbocados. Una parte de ella la odia con todas sus fuerzas, sin embargo, hay otra que desea fervientemente besarla y abrazarla con fuerza.

—¿Cuánto llevas con ella? —pregunta Paloma mirándola a los ojos.

—¿Qué importa eso?

A Miren se le estrangula la voz. Tiene ante sus ojos lo que lleva meses deseando, Paloma ha vuelto, la tiene al alcance de la mano, solo tiene que cerrar los ojos, olvidarse de todo y empezar de cero a su lado, con la única mujer a la que ha amado de un modo tan intenso que a ella misma le cuesta entenderlo. Sin embargo, por mucho que lo desea, no puede, porque ahora hay otra mujer en su vida y a ella también la quiere. Puede que no del mismo modo febril que a Paloma, pero adora a Jessica y se siente muy bien cuando está con ella.

—A mí sí que me importa —dice Paloma.

Miren se sienta frente a ella de nuevo. Lo hace con gesto cansino, derrotada, como si la vida se estuviera cebando con ella por partida doble.

—Cuatro meses más o menos —contesta sin pensar demasiado.

Jamás ha tenido claras las fechas con Jessica, simplemente ha dejado que todo suceda.

—¿La quieres?

—No hagas esto, Paloma, hoy no, estoy agotada —suplica Miren.

—Y yo también, pero necesito saberlo.

—Sí, claro que la quiero.

Paloma asiente y encaja la respuesta con toda la entereza que es capaz de reunir en ese momento.

—¿Estás enamorada de ella?

Miren la mira y la angustia le sube por el pecho como una arcada. Sigue enamorada de Paloma como el primer día y hacerle daño de ese modo por muy enfadada que esté, es algo que le duele mucho, pero tampoco puede mentir.

—No lo sé —dice en un suspiro ahogado.

—¿No lo sabes?

Paloma traga saliva y carraspea.

—Pues deberías, Miren, porque ella sí que lo está de ti.

—Eso sí lo sé —responde Miren apenada.

—¿Entonces lo nuestro ya no tiene solución? —pregunta Paloma poniéndose en pie.

No aguanta la mirada angustiada de Miren, así que se dirige hacia la mesa y apoya el culo allí mientras espera la respuesta.

—Acabas de llegar, Paloma. Necesito tiempo para procesarlo todo. Esto es demasiado.

Paloma lo entiende y asiente con un movimiento de cabeza, incómoda, está en su casa y por primera vez no se siente libre de moverse por ella.

—Tómate el tiempo que haga falta —acepta comprensiva—, dormiré en el sofá cama.

Miren observa sin parpadear cómo Paloma se dirige al cuarto que ella utiliza de despacho cuando trabaja desde casa. Allí tienen un sofá cama que les dio su madre y Miren sabe lo incómodo que es, pero también sabe que no es correcto que ahora mismo duerman juntas y, al fin y al cabo, la culpa de todo lo que pasa es de Paloma, si no hubiera aceptado la misión, no tendrían el grave problema que tienen.

—Paloma, espera.

Paloma se gira cuando está en mitad del pasillo, justo pasando por la puerta de la que es su habitación, esa que tanto ha echado de menos. Miren se acerca despacio, cautelosa, mientras las dos notan como el corazón se les desboca.

Cuando está delante de ella, Miren no puede reprimirse más y se acerca y la abraza. Las dos se estrechan en un abrazo reconfortante hasta casi fusionarse, son demasiados meses, demasiadas semanas, horas, minutos y segundos. Cada uno ha contado para ambas hasta hacerse eterno e insoportable, y ahora que se tienen, hay una barrera llamada Jessica que les impide quererse como hubieran deseado.

—Te he echado de menos —dice Miren con la cara hundida en su cuello, aspirando su aroma hasta sentirse llena.

—Y yo a ti a cada segundo, pensar en ti era lo único que me mantenía cuerda, Miren —susurra Paloma y le da un beso en la mejilla, respetuosa, aunque no es eso lo que le pide el cuerpo.

—Jessica... —dice Miren.

—Ya lo sé —la corta Paloma y también rompe el abrazo.

Capítulo 7

Jessica vaga por las calles de Mundaka como un alma en pena. Desde que ha vuelto del centro de salud, ha cogido su paraguas y ha comenzado a caminar sin rumbo. El pecho le duele cada vez que inspira una bocanada de aire, le duele también cuando piensa en Miren y en las altas probabilidades que hay de que su relación con ella se acabe, y también le duele cuando recuerda ese momento en el que se ha girado y ha visto a Paloma Alonso mirándola con ese aire de desconcierto.

Se saca el móvil del bolsillo por enésima vez y comprueba con alivio que no tiene ninguna llamada ni mensajes de Miren. Desde que se han despedido en el centro de salud, vive con el temor de que en cualquier momento se ponga en contacto con ella y le diga que todo se ha terminado entre las dos. Lo vuelve a guardar y sujeta el paraguas con ambas manos, el viento hace que le resulte difícil mantenerlo firme y el brazo derecho comienza a dolerle. La realidad es que no sabe por qué lo lleva, abstraída en sus pensamientos, ha pisado tantos charcos que tiene los pies empapados y los pantalones calados hasta las rodillas, visto lo visto, empaparse entera tampoco le importa mucho.

Sin darse cuenta de cómo ha llegado hasta ahí, se ve parada frente al portal del viejo edificio donde vive su madre. Jessica aparta el paraguas y alza la mirada hacia arriba para mirar las ventanas del segundo piso sin ser capaz de distinguir si hay luz en alguna de ellas. Se resguarda en el portal y se queda quieta como un pájaro asustado que busca cobijo bajo el ala de su madre, solo que ella hace mucho que no va a ver a la suya. Jessica y Maite Raizabal siempre han chocado en carácter. Maite tiene mucho, el que hace falta para trabajar en el puerto, y no es especialmente cariñosa. Trabajar tantas horas para sacar adelante ella sola a su hija no le permitía pasar mucho tiempo con ella, y cuando llegaba estaba demasiado cansada para jugar con una niña llena de energía. Jessica no la considera una mala madre, solo una madre ausente. Ella se acostumbró a resolverlo todo por sí misma, a volverse hermética, a no quejarse si le dolía algo, ya fuese por dentro o por fuera, por eso no sabe si es buena idea llamar al timbre o no. Pero lo hace y su madre abre.

Jessica sube las escaleras despacio, cansada, y antes de llegar al rellano del segundo piso, escucha el crujir de la puerta al abrirse. Cuando por fin termina de subir, su madre está frente a la puerta abrigada con la bata, es posible que no haga mucho que ha llegado del trabajo, probablemente se ha duchado, ha comido y ahora estaba en el sofá amodorrada. Jessica se arrepiente de haber llamado.

—Hola...

Su madre la mira de arriba abajo con la sensación de estar viendo un espectro.

—¿Estabas dormida? —pregunta Jessica, que gira el cuerpo dispuesta a marcharse.

—Ahora estoy despierta, entra.

La orden de su madre es abrupta y fría, y Jessica siente que la angustia que ya pobla su cuerpo y le nubla la mente, comienza a doblarse. Tiene ganas de llorar y de esconderse, pero aprieta la mandíbula, deja el paraguas en el cubo del rellano y camina hacia su madre. Cuando llega a su lado le da un beso en la mejilla y nota su calor ardiente, eso tan simple la

reconforta un poco después de tanto frío.

Maite cierra la puerta tras ella y mira a su hija, que se ha detenido en medio del salón como si se sintiera extraña. Su madre siente una pena que no sabe expresar, al igual que el resto de los sentimientos que siempre fluyen en ella sin que aprenda a manejarlos de la manera correcta.

Esta vez es un impulso diferente lo que la mueve, quizá el instinto de protección, pero Maite coge de la mano a su hija y la guía hacia su habitación.

—Siéntate ahí, voy a buscarte ropa seca antes de que cojas una pulmonía.

Jessica se sienta a los pies de la cama de su madre, desconcertada, mirando con los ojos muy abiertos como su progenitora va hasta la que era su habitación y vuelve con un pantalón de chándal y unos calcetines.

—¿Qué haces vestida todavía? Quítate eso —le ordena al volver.

Maite se dirige ahora al baño y vuelve con una toalla. Jessica ya tiene el pantalón por las rodillas, pero lo tiene tan mojado que le está costando mucho quitarlo. Su madre se agacha frente a ella, lo agarra de la cintura como cuando Jessica era pequeña y tira hacia atrás hasta que se lo lleva por completo y sus piernas quedan libres.

Las dos sonríen con nostalgia sin mirarse, algo para sí, con miedo de mostrar sentimientos hacia la otra. Jessica se quita los calcetines y su madre le envuelve los pies con la toalla hasta estar segura de que no queda rastro de humedad en ellos.

—¿Has comido? —pregunta entregándole los calcetines limpios.

—No tengo hambre.

—Termina de vestirte y ve al sofá, está el brasero encendido. Voy a prepararte una taza de caldo para que entres en calor.

Jessica no dice nada y obedece. Cuando sale al salón, se sienta en el sofá y se cubre con la falda de la mesa camilla. El alivio es inmediato y cuando cinco minutos después, su madre le pone delante la taza de caldo humeante y una ración de croquetas caseras, Jessica no puede resistirse a beberlo en pequeños sorbos.

—Ya sé que no tienes hambre, pero has de meter algo sólido en el estómago —dice su madre acercándole el plato de croquetas.

Jessica coge una para no despreciarlas, pero cuando con desgana, da un bocado a la primera y empieza a masticar, coge otra y termina por comerse las cinco que le ha llevado.

—¿Qué te pasa? —pregunta su madre cuando termina de comer.

Ha quitado los platos y se ha sentado muy pegada a ella, las dos se cubren bajo la falda de la mesa camilla y Jessica recuerda como ella, a hurtadillas cuando era más pequeña, levantaba la falda y se metía junto a su madre las tardes de los fines de semana cuando ella ya estaba dormida. Se acomodaba junto a ella sin hacer ruido para no molestarla y dejarla descansar, lo que no sabe Jessica es que Maite siempre se despertaba, y que no movía un solo músculo por miedo a asustar a su hija y que se fuera pensando que molestaba.

—Nada —responde Jessica jugando con los flecos de la tela.

—Si no me lo quieres contar, ¿por qué has venido?

Maite se arrepiente de inmediato de la brusquedad de sus palabras, nunca se le ha dado bien la comunicación, ni con su hija ni con nadie. Jessica encoge los hombros, turbada, y las lágrimas se agolpan en sus ojos de manera tan repentina, que cuando quiere pararlas, ya no puede. El llanto que se adueña de ella es tan profundo que los hipidos apenas la dejan respirar. Maite se queda paralizada los primeros segundos, mirándola con miedo de

no estar a la altura, como siempre, pero entonces estira un brazo, lo pasa por encima de los hombros de su hija y la atrae hacia ella. Jessica se deja arrastrar y se tumba sobre el regazo de su madre, que le ha puesto una mano en la frente, una mano cálida, y con la otra le acaricia el pelo sin decir nada, dejando que se desahogue hasta que Jessica comienza a calmarse poco a poco y entra en un estado de relajación que no recuerda. El calor de la casa y el abrigo de los brazos de su madre, hacen que el sopor se adueñe de ella hasta que se queda dormida.

Cuando abre los ojos no sabe si ha dormido diez minutos o dos horas, pero está en la misma posición y su madre sigue acariciándole el pelo. Jessica mueve la cabeza para mirarla y Maite abre los ojos. Los había cerrado también relajada, pero sin llegar a dormirse, preocupada porque no sabe qué le pasa a su hija.

—¿Cuánto he dormido? —pregunta Jessica.

—Poco, un rato.

Maite no puede definir el tiempo exacto, no lo ha mirado.

—¿Estás mejor?

—Sí —responde su hija sintiendo debilidad en cada parte de su cuerpo.

—¿Es por el trabajo? —tantea su madre.

Jessica niega y sonríe con una mueca, pensando que ojalá fuera por eso.

—¿Una mujer?

Jessica no se mueve, solo la mira. Nunca han hablado sobre ello, Jessica jamás le ha confirmado su inclinación hacia las mujeres ni ha llevado a su casa a ninguna de las chicas con las que ha salido. Su madre tampoco ha preguntado, pero Mundaka es un pueblo pequeño y todos se conocen.

—Sí.

—¿Habéis roto?

A Maite no se le dan bien esas cosas, la prueba está en que el padre de Jessica la dejó en cuanto supo que estaba embarazada y ella no ha rehecho su vida con nadie después de eso. Es un alma solitaria con una hija lesbiana que tiene el corazón a punto de romperse, y si ella no supo arreglar el suyo, ¿cómo va a ayudar a su hija?

—No, pero puede que lo hagamos, que lo haga ella —aclara Jessica con voz tan baja que Maite tiene que concentrarse mucho para escuchar cada palabra.

—¿Por qué va a querer hacer eso? ¿Habéis reñido? —trata de entender su madre.

Jessica niega y a Maite Raizabal se le acaban los recursos.

—Es complicado —dice Jessica mirando a su madre con curiosidad.

Es la primera vez que tienen una conversación así y no sabe hasta qué punto puede profundizar con su madre.

—¿La conozco yo?

La pregunta sorprende a Jessica. Empieza a ver un interés real, su madre parece que realmente quiere saber lo que le pasa, y ella no se lo está poniendo fácil con sus respuestas parcas en palabras.

—No lo sé, pero quizá hayas oído hablar de ella, su mujer desapareció hace varios meses.

—¿La agente de la ertzaina?

Jessica nota que el corazón se le acelera.

—¿La conoces? —se sorprende Jessica y se incorpora hasta sentarse, aunque procura quedarse muy pegada a su madre.

—A su mujer no, yo conozco a Paloma —explica Maite—, cuando entró en el cuerpo se comió muchas patrullas por el puerto con su compañero. Venía por allí a primera hora, el compañero solía quedarse en el coche y ella se daba una vuelta. Siempre me preguntaba si todo iba bien cuando pasaba por mi lado, yo decía que sí y ella seguía. Por allí la tenían en muy buena estima. Después ascendió o la cambiaron de puesto, y ya solo venía cuando había problemas, una lástima que desapareciese.

Jessica escucha a su madre con atención, sorprendida porque no debería querer escuchar nada que tenga que ver con Paloma Alonso y, sin embargo, siente una curiosidad enfermiza por saber más cosas sobre la mujer de Miren. Quizá sea porque necesita conocer a su enemigo, piensa ella concentrada.

—¿Tú te acuerdas de Markel? El capataz del pesquero en el que yo faenaba hasta que dejé de salir al mar —pregunta Maite.

—Sí —responde Jessica con un movimiento de cabeza.

—Paloma es la nieta, de pequeña la había traído alguna vez cuando no tenía colegio.

—¿Y sus padres?

—Poco se sabe. El viejo no contaba mucho, por allí decían que la niña les molestaba y se la dejaron al abuelo de bien pequeña y ya no volvieron a por ella. Otros decían que estaban muertos, incluso alguno decía que habían entrado en una secta, a saber —dice Maite sin mayor interés—, el caso es que a la niña la crio el abuelo, que ya era viudo cuando se la dejaron. Entonces, ¿sales con la que era su mujer?

—Se llama Miren y es diseñadora gráfica —contesta Jessica sintiendo que el aire se vuelve denso a su alrededor.

Que su madre le hablase de la infancia de Paloma, aunque sea el origen de sus males, había logrado distraerle la mente unos minutos, pero su dolor ha vuelto, y la incertidumbre de no saber lo que pasará a partir de ahora, también.

—¿Y qué os pasa para que estés así?

—Que Paloma ha vuelto.

A Maite Raizabal hay pocas cosas que logren sorprenderla a estas alturas de la vida, pero su hija acaba de conseguirlo.

—¿Ha vuelto?

—Sí —confirma Jessica.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he visto.

Maite suelta todo el aire por la nariz y aprieta los labios en una mueca de preocupación. No es una experta en relaciones, pero no hay que serlo para saber que la cosa no pinta bien para su hija.

—¿Por qué se fue? ¿Te lo ha contado Miren? ¿Pasó algo entre ellas?

Jessica niega apesadumbrada.

—No, solo desapareció sin más, y ahora ha vuelto. Ellas están en su casa, y yo estoy aquí... —dice y encoge los hombros.

No hace falta explicar más.

—¿Qué te ha dicho Miren?

—Que estuviera tranquila, que su vuelta no va a cambiar nada entre nosotras.

—Pero tú no la crees —adivina su madre, que empieza a encontrar el camino para llegar a su hija.

Jessica niega con la cabeza y los ojos se le vuelven a inundar de lágrimas.

—No sé qué hacer... —balbucea angustiada y esta vez es ella la que se echa sobre el regazo de su madre de nuevo.

—Tú no puedes hacer nada, mi pequeña niña, solo esperar —dice, y le acaricia la espalda mientras suspira llena de rabia.

Capítulo 8

A Miren la despierta la alarma y al abrir los ojos siente que los párpados le pesan toneladas. Se ha pasado casi toda la noche despierta, incapaz de conciliar el sueño mientras pensaba en Jessica y en que Paloma vuelve a estar en su casa, durmiendo en la habitación de enfrente. Había momentos que se arañaba la piel para asegurarse de que todo era real y no una pesadilla. Tantos meses esperando, y ahora todo se ha complicado.

Miren encadena dos bostezos seguidos cuando se incorpora mientras maldice su mala suerte. Toda la noche despierta y concilia el sueño cuando le falta poco para levantarse. Cuando está a punto de abrir la puerta de la habitación el corazón se le acelera, no sabe si se encontrará a Paloma, si estará durmiendo todavía o se habrá marchado al trabajo. Realmente, no sabe nada, solo que ha vuelto, que está viva y está en casa. A salvo. Con ella.

—Joder —lamenta angustiada por sentirse tan colapsada con todo lo sucedido.

Miren se arma de valor y sale al pasillo. Lo primero que hace es clavar la mirada en la puerta del despacho. Está abierta y entra luz por la ventana. Se permite asomarse con cautela y mientras observa las mantas dobladas sobre el sofá cama, le llega el aroma de la cafetera recién hecha. Siente una sacudida dentro del pecho y la nostalgia se apodera de ella. Cuando Miren percibía ese olor, significaba que Paloma entraba más tarde a trabajar y se quedaba a desayunar con ella. Hace tantos meses que eso no sucedía, que Miren lo había olvidado y ahora se pregunta cuántas cosas más ha aparcado su mente para que la ausencia de su mujer no doliera tanto.

Se da una ducha rápida y se viste. Cuando entra en la cocina, Paloma está en el rincón del fondo junto a la ventana, vestida con un pantalón de estar por casa y una sudadera ancha mientras se come una tostada. Miren observa su desayuno sobre la mesa y clava la mirada en su mujer.

A Paloma se le agita el pecho por dentro cuando los ojos grisáceos de Miren la observan. La estampa ahora es muy distinta a lo que ella esperaba cada vez que pensaba en el momento de su regreso. Paloma solo quiere comérsela a besos, devolverle y recibir todo el cariño que no se han podido dar durante estos meses y decirle a todas horas cuanto la quiere y la ha echado de menos. Pero no puede, porque Miren ahora está con otra mujer, la ha sustituido, y cada vez que piensa que sus besos le pertenecen a otra, nota un pellizco de ansiedad y dolor comprimirle el pecho.

—¿No te sientas? —pregunta Miren ocupando la silla a la derecha de la mesa, Paloma siempre se sentaba al otro lado, a la izquierda.

Ella niega y trata de tragar el trozo de tostada que tenía en la boca cuando Miren ha entrado. No se siente cómoda, desde que se ha levantado solo tiene ganas de llorar, siente que lo ha perdido todo en un abrir y cerrar de ojos, para ella su vida y su mundo giraban alrededor de Miren, y Miren está con otra.

—Estoy bien aquí —dice aguantando el tipo, tratando de no mostrar ni una pizca de debilidad ante Miren porque lo último que quiere es que se sienta culpable.

—Actúas como si no fuera tu casa —suelta Miren.

Por mucho que Paloma mantenga la distancia, ella la conoce lo suficiente como para saber que está tensa, que no está cómoda en su propia casa, y eso le duele mucho porque, aunque sabe que ella no ha provocado la situación actual, su mujer está así porque ella está con otra y ahora no sabe cuál es su sitio.

—Solo me estoy adaptando —miente Paloma—, han sido muchos meses fuera.

Miren asiente y deja de mirarla para que no le duela. Coge dos galletas, las parte por la mitad y las echa dentro de su tazón de café con leche. Cuando están bien empapadas, las coge con la cuchara y se las lleva a la boca. Así pasa los siguientes minutos hasta que termina de desayunar, con la mirada en su tazón mientras Paloma limpia lo que ha ensuciado.

—¿No trabajas hoy? —pregunta Miren poniéndose en pie.

Paloma se seca las manos y se gira hacia su mujer mientras niega con la cabeza.

—No, estoy de vacaciones —dice con una sonrisa amarga y encoge los hombros—, necesitaba pasar tiempo contigo, tenía mono.

A Miren la cara se le descompone y Paloma se da cuenta de que no debería haber dicho lo que ha dicho.

—Tranquila, no pasa nada —dice rápidamente—. Tú no tienes la culpa.

—Paloma...

La voz de Miren sale como un susurro. Paloma sabe que en cualquier otra situación iría acompañada de una caricia, y después de un beso, y pensarlo duele mucho.

—He dicho que no pasa nada —dice con voz fría—, iba a ir esta tarde a ver a mi abuelo, me iré ahora y pasaré el día con él.

—Se alegrará mucho de verte —dice Miren afirmando con la cabeza.

Paloma mira a su mujer y no sabe por qué le viene a la cabeza Jessica en ese momento, quizá sea porque no termina de asimilar que de verdad la haya dejado por otra y su mente se ha convertido en un hervidero de dudas que la torturan de manera constante. Para aceptar que eso es real y Miren está con otra, Paloma necesita más datos, y las primeras preguntas que se le agolpan en la punta de la lengua son las más turbadoras.

—¿La has metido en nuestra cama? —escupe sin poder controlarse.

Su voz es fría como su mirada cuando habla, y Miren se queda paralizada. Recuerda lo mucho que le costó traer por primera vez a Jessica a su casa, pero después se fue acostumbrando y últimamente ya no la embargaba ese sentimiento de traición hacia Paloma que tenía al principio.

—¿Hemos de hablar de esto ahora? —pregunta Miren intentando ganar tiempo.

—Eso es que sí —afirma Paloma y traga saliva.

No entiende por qué le duele tanto conocer ese hecho, no es peor que saber que Miren y Jessica han follado mientras ella no estaba, pero es su cama, su habitación y su casa. Ahora siente que no tiene nada.

—Tú no estabas, Paloma —titubea Miren cuando su mujer pasa por delante y sale de la cocina.

—¿Mi coche está en el garaje? —le pregunta evitando el tema.

—Sí, pero no lo he tocado desde entonces, no creo que puedas arrancarlo. Llévate el mío, yo me iré al despacho andando, hoy no llueve —propone Miren.

—Da igual, compraré una batería nueva y la cambiaré.

Paloma ni siquiera la mira. Coge el anorak y su bolso y sale de la casa. Al cabo de un

momento, Miren escucha los engranajes de la puerta del garaje, se queda inmóvil, concentrada en escuchar el ruido del motor si milagrosamente el coche arranca mientras intenta que la congoja que siente se disipe. No quiere llorar ahora, necesita salir de su casa y despejarse, intentar trabajar, y después ir a ver a Jessica tal y como le prometió ayer.

Capítulo 9

Tras meter la llave en el contacto y comprobar que el coche no hace ni el intento de ponerse en marcha, Paloma se ha quedado ahí, con la puerta abierta y una pierna fuera, en silencio. Durante dos o tres minutos no se ha movido y ni siquiera sabe lo que ha pensado, todo se le mezcla y por mucho que intenta poner en orden sus ideas y decidir lo que debe hacer con su vida, no lo consigue, es demasiado pronto para asimilar tanta información.

Paloma ve caminar a Miren hacia el garaje, pero está tan absorta que es incapaz de moverse hasta que no la tiene al lado.

—¿Sin batería?

—Supongo que sí —contesta Paloma bajando del coche.

—¿Te acerco a algún sitio?

La ertzaina deja salir todo el aire por la nariz y niega con la cabeza.

—No, Miren, ya me apañaré, vete tranquila.

Lo dice en serio, no quiere que su mujer se sienta mal porque en el fondo no la culpa, pero por mucho que lo intenta, no logra arrancarse la tristeza de encima, le pesa demasiado.

—Me iría más tranquila si supiera que estás bien.

Paloma se gira hacia ella y suelta una sonrisa sarcástica que no logra contener.

—Te he perdido, Miren, ¿cómo cojones esperas que esté bien? —escupe dolida.

—No digas eso, Paloma.

A Miren le tiembla la voz, verbalizarlo hace que duela mucho.

—¿Y qué quieres que diga?

—Yo qué sé...

Miren se echa las manos a la cabeza y se da la vuelta. El cerebro va a explotarle, la situación la desborda y por mucho que lo intenta, no encuentra una manera correcta de solucionarlo. No quiere que Paloma sufra, pero tampoco quiere que lo haga Jessica.

—Se me pasará, Miren, vete a trabajar —dice Paloma más calmada—, solo necesito digerirlo. Te prometo que encontraré la manera y después ya pensaremos en cómo solucionar lo de la casa.

Paloma está intentando que su mujer se sienta mejor, pero Miren, tras escucharla, siente que las fuerzas le fallan y sale del garaje para tomar una bocanada de aire puro temiendo desmayarse de nuevo. Apoya una mano en la pared y cierra los ojos llevándose la otra a la frente. Paloma la mira con atención, lista para cogerla si se desploma de nuevo, pero tras unos segundos, Miren se recompone y la mira.

—Volveré por la tarde, supongo —dice y Paloma asiente.

Miren se sube en su coche y Paloma se hace a un lado mientras la observa salir del garaje y después de la casa. Ella mira su coche con la espalda pegada a la pared y decide pedirle ayuda a la única persona que le debe un favor muy gordo, su superior, el oficial Aitor Ruiz, que media hora más tarde llega a su casa con una batería nueva.

Paloma ha sacado dos cafés y observa desde un lado como su superior, que está de servicio pero se ha escapado para echarle una mano, le cambia la batería.

—¿Miren está trabajando? —pregunta él para romper el hielo, la actitud tensa de Paloma lo pone nervioso.

—O follándose a su novia, a saber.

El oficial Aitor Ruiz deja lo que está haciendo y se yergue hasta quedarse tieso como una farola. Mira a Paloma entristecido, sin saber qué decirle para consolarla.

—Lo siento mucho, Paloma.

—Ya... —asiente ella apartando la mirada—. Supongo que ya lo sabías.

—Las he visto alguna vez por el pueblo, han sido muchos meses, Paloma, tienes que entender que...

—¿Qué? ¿Que mientras yo me jugaba la vida mezclada entre traficantes y asesinos mi mujer se sentía sola?

Paloma deja su café y cierra la puerta del coche de un portazo. Sabe que no tiene razón, pero necesita desahogarse.

—Debes saber que yo la animé a rehacer su vida —confiesa el oficial.

Ella le dedica una mirada glacial, pero después asiente, quizá eso es lo que más le molesta, que comprende cada cosa que ha pasado y eso le quita el derecho a estar enfadada, a sentir la rabia que siente, a estar dolida y a no poder respirar si no está con Miren. Paloma apoya la espalda en la pared y se escurre hasta sentarse en el suelo, donde recoge las rodillas, apoya un codo en ellas y se pellizca un labio con los dedos y la mirada perdida.

—Has salvado muchas vidas con lo que has hecho, Paloma, y tú lo sabes —trata de reconfortarla Aitor.

—A costa de joder la mía —dice ella sin mirarlo—. Nunca debí haber entrado en el cuerpo.

—No digas tonterías, Paloma, no sabrías ser otra cosa, te gusta demasiado.

—Acáballo, por favor, quiero ir a ver a mi abuelo.

Es casi la hora de comer cuando Paloma llega a la residencia donde vive su abuelo Markel. Cuando cruza la puerta y se encuentra con Ángela, la auxiliar que suele estar siempre en la recepción, Paloma se sorprende cuando ella se le abalanza y la abraza con fuerza.

—¡Has vuelto! —exclama contenta de verla.

—Sí —sonríe Paloma—, y no pienso volver a irme.

—Madre mía —dice todavía impresionada—, tu abuelo se pondrá muy contento de verte. Ven, que te llevo con él.

—¿Cómo está? —pregunta Paloma mientras suben la escalera.

—Bueno, como siempre, tiene días mejores y otros peores. Ahora estará en la terraza cubierta, se suele quedar ahí muchas horas al día, mirando a la nada. Yo creo que piensa en ti.

A Paloma le atraviesa el pecho una punzada de angustia. Nunca estuvo de acuerdo en traerlo aquí, pero, aunque tiene graves problemas de movilidad en las piernas, su cabeza funciona perfectamente y él mismo solicitó el ingreso porque no quería ser una carga para su nieta. Cuando llegan a la terraza acristalada, Markel está justo donde le ha dicho Ángela, situado frente al cristal en su silla de ruedas, mirando hacia el extenso jardín que se abre en la parte trasera de la residencia. No hace nada, permanece absorto mientras trata de contener el temblor de una mano con la otra.

—Markel, mire quién ha venido a verle —anuncia Ángela con voz cálida situándose frente a él.

A Paloma le tiembla todo el cuerpo y no ha podido contener las lágrimas que ya le chorrean por la cara cuando él se gira y la enfoca. Markel Alonso frunce el ceño y aprieta la mandíbula mientras observa a su nieta con sus ojos acuosos. Ángela se aparta y Paloma se acerca hasta que se arrodilla a su lado y lo abraza. Ninguno de los dos dice nada, Paloma llora como una niña y él la sujeta con firmeza, como si temiera volver a perderla.

—¿Cómo estás? —pregunta Paloma cuando logra recomponerse.

Sigue de rodillas, limpiándose la cara con las manos mientras se sorbe los mocos. Su abuelo la tiene cogida por un brazo, ha cerrado sus dedos huesudos y fuertes a su alrededor como una garra y no la suelta, no quiere, lleva demasiado tiempo sin verla.

—Ahora bien —dice él con su voz grave y ronca.

—Estamos a punto de servir las comidas —interrumpe Ángela con suavidad—, si queréis, os vais a la habitación y hago que os la lleven allí, así estáis más tranquilos y podéis hablar.

—Gracias —dice Paloma.

Se pone en pie y se ríe cuando su abuelo sigue reteniendo su brazo.

—No me iré nunca más, te lo prometo —asegura ella y le da un sonoro beso en la mejilla.

Markel la suelta satisfecho y Paloma empuja la silla de ruedas hasta la habitación individual que ocupa su abuelo. Deja la silla al lado del sillón y lo ayuda a sentarse en él como hacía las tres veces por semana que lo visitaba antes de marcharse. Paloma sigue su ritual, no ha olvidado ni un solo detalle, así que retira la silla y desdobra la manta que hay a los pies de la cama y le cubre las piernas con ella. Después acerca el carro donde pondrán la comida y coge una silla y se sienta al lado de su abuelo, todo lo pegada que puede.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunta él mirándola fijamente.

—Ayer, quería venir a verte por la tarde, pero se me complicó la cosa —sonríe con una mueca.

—Estás más delgada —concluye ceñudo.

—Y tú más gordo.

Markel se reiría si la situación fuese otra, pero está preocupado, él ya sabe lo que le pasa a su nieta, y también lo mucho que estará sufriendo por ello.

—No tenías que estar tanto tiempo fuera —dice él y le coge una mano para esconderla entre las suyas.

Las manos de Markel arden, la de Paloma está congelada.

—Ya, nada salió como habíamos planeado.

Markel asiente pensativo y la mira de soslayo.

—¿Tú sabías lo de Miren?

A Paloma apenas le sale la voz, y tampoco lo mira, baja la cabeza y clava la mirada en sus manos juntas, se siente tan rota y perdida que solo quiere llorar.

—Ha estado viniendo a verme cada semana desde que te fuiste, no ha faltado ni una sola —explica Markel acariciándole la mano, ya está consiguiendo que entre en calor—. Me habló de ella cuando empezaron a salir.

Paloma asiente, sigue cabizbaja, escuchando con atención a su abuelo.

—Si me lo hubiera dicho antes...

—Tú no podías hacer nada, abuelo.

—¿Le has dicho que yo lo sabía? —pregunta Markel cogiéndole la otra mano.

—No, nadie podía saberlo.

—Lo sé, y te hubieran expulsado del cuerpo.

—Si se lo hubiera dicho a ella, ahora no estaría pasando esto.

—Si se lo hubieras dicho la habrías puesto en peligro a ella y a ti misma, sabes que para que tu tapadera fuese convincente debía parecer que realmente habías desaparecido, y la actuación de tu mujer debía ser real.

—Ya —sonríe Paloma con amargura y esta vez sí que mira a su abuelo—, ella no sabe fingir como tú. Eres una roca.

Él le guiña un ojo y sonríe con complicidad a su nieta.

—Lo ha pasado muy mal, Paloma, las primeras semanas era muy duro ver lo angustiada que estaba y después, cuando le dijeron que te habías ido por voluntad propia, su decepción era desoladora. No sabes cuántas veces me mordí la lengua para no decirle que solo tenía que esperar un poco, que tú volverías, pero ya estabas metida allí y no podía ponerte en peligro.

—Lo sé, tú no tienes la culpa de nada.

Paloma vuelve a besarle la mejilla y la puerta se abre. Ángela entra con una bandeja y la deja sobre el carro.

—A ti te he traído una natilla, que estás muy flacucha —dice Ángela antes de marcharse.

—Gracias —sonríe Paloma.

Durante la siguiente media hora, Paloma se dedica a darle la comida a su abuelo. El temblor de sus manos le impide llevarse las cucharadas de puré a la boca sin derramarlas y su nieta se ocupa de que se termine hasta la última gota. Después le trocea el pescado asegurándose con ojo clínico de que no hay ninguna espina, y termina por limpiar la manzana con esmero para que su abuelo se la coma a mordiscos con piel incluida, como a él le gusta.

—Cómete la natilla, no le hagas ese feo a Ángela.

Su abuelo no se lo pide, se lo ordena como cuando Paloma era una niña, y ella obedece sonriente.

—¿Tiene solución? —pregunta Markel moviendo la mandíbula aparatosamente mientras mastica un trozo de manzana.

—¿El qué? —pregunta Paloma.

—Lo de Miren.

Ella deja la cuchara dentro de la natilla y mira a su abuelo negando.

—No, no lo creo.

—Pero Miren te quiere, eso lo sé yo —discrepa su abuelo.

—También la quiere a ella, abuelo, y esa chica está loca por Miren y no tiene la culpa de nada.

Paloma deja la natilla, un nudo le ha estrangulado la garganta y ya no puede tragar nada más.

—Vosotras estáis casadas, Paloma, tenéis una vida juntas, todo eso no se tira por la borda así como así. Aunque Miren quiera a esa chica como dices, no es tonta, tienes que hacérselo ver.

—Yo no quiero un amor a medias, abuelo, no quiero que vuelva conmigo por pena, porque yo le insisto. Después estaría todos los días preguntándose si ha hecho lo correcto o se ha equivocado. Conocí a la chica con la que está, es encantadora y adora a Miren, puede que a mi favor tenga los años que llevamos juntas, pero ella tiene la ventaja de la novedad, los principios de las relaciones son muy explosivos, y eso también hace mucho.

Markel la mira sin saber cómo rebatirla, le gustaría decirle que todo pasará pronto, que Miren volverá a su lado y todo será como antes, pero no puede. Su nieta sufre y él no puede consolarla.

Capítulo 10

Miren no ha sido capaz de ir a trabajar, en cuanto se ha ido de su casa dejando a Paloma apoyada en la pared con la mirada ida, ha sabido que sería incapaz de centrarse en nada y ha ido directa hacia la clínica veterinaria del pueblo, donde trabaja su hermana Alba.

—Me lo acaban de decir, ¿es verdad? —pregunta su hermana en cuanto Miren cruza la puerta.

A esa hora todavía no ha entrado ningún cliente ni esperan que lo haga. Miren asiente compungida y se lanza deshecha buscando refugio en los brazos de su hermana.

—Madre mía —dice Alba impresionada—. ¿Y cómo está? ¿Está bien? ¿Dónde estaba?

Escupe preguntas una tras otra y Miren se desconecta, ella solo quiere llorar y desahogarse, sacar toda esa pena que tiene dentro y también el sentimiento de culpa que la carcome. Cuando logra calmarse, Alba prepara un par de cafés de la máquina que tiene en su despacho y las dos se sientan en la sala de espera para hablar tranquilamente. Miren le cuenta el motivo por el que Paloma se marchó mientras se frota las sienes, Alba la escucha estupefacta y los pensamientos se le mezclan confusos, aunque lo que sí que tiene claro es que ahora mismo no le gustaría nada estar en el pellejo de su hermana.

—¿Sabe lo de Jessica? —pregunta Alba aterrorizada.

—No necesité decírselo, en cuanto la vio lo supo, Jessica es muy expresiva.

—Cielo santo, ¿y qué dijo Paloma?

Alba es muy impresionable, de las que no puede ver una película de suspense porque se pone de los nervios. Solo de imaginar la situación que vivió ayer su hermana, le está entrando ansiedad.

—Fue tan correcta que hasta me molestó —reconoce Miren.

Su hermana la mira, perpleja.

—¿Te molestó que no montase un número? —pregunta pensando que su hermana se ha vuelto loca.

—Me molestó que fuese amable con Jessi y al mismo tiempo se lo agradezco. Ya sé que es contradictorio.

—Pobre Paloma —lamenta Alba—, y yo te animé a salir con Jessica —dice sintiéndose responsable.

Miren no dice nada, se ha quedado pensativa, con la mirada clavada en un póster que recuerda lo importante que es vacunar a los perros.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, esperaba que tú pudieras echarme una mano con eso.

—¿Yo? —se sorprende su hermana.

—Me voy a volver loca, Alba. Paloma ha vuelto y yo la quiero, está allí en casa, al alcance de mi mano y no puedo tocarla. Y lo peor no es eso, lo peor es que la noto incómoda, ha vuelto después de meses viviendo vete a saber dónde, con gentuza de lo más desdeñable y cuando vuelve a su casa, lo mira todo como si ya no fuera suyo.

A Miren la angustia comienza a comprimirle el pecho cuando lo piensa. En cuanto viene a su memoria esa mirada ida y angustiada de Paloma, siente que una parte de ella comienza a arder en las llamas del infierno.

—Te ha perdido a ti, Miren, supongo que habiendo perdido eso, lo demás tampoco le importa. Ponte en su lugar, ahora no sabe cuál es su sitio, ha vuelto a su casa y su mujer está con otra. No me gustaría ser tú, pero tampoco me gustaría ser ella —admite Alba suspirando—. Ahora me siento mal, yo criticándola porque pensaba que te había abandonado sin más... Pero es que joder, no debió irse —se enfada Alba—, no debió aceptar trabajar en algo así de peligroso, mira lo que ha pasado ahora.

—No creo que ella contara con esto cuando decidió hacerlo —ironiza Miren.

—No, pero sí que sabía el daño que te iba a hacer a ti y, aun así, aceptó.

Alba ha decidido ponerse en el lugar que favorece a su hermana, sabe la situación tan complicada que tiene y no quiere que se sienta culpable de algo que no ha provocado, por mucho cariño que ella también le tenga a Paloma, su hermana es Miren.

—¿Qué pasa con Jessica? —le pregunta tras suspirar para calmarse.

—¿Qué quieres que pase? —responde Miren ceñuda.

—Me dijiste que esa chica te gustaba mucho, ¿no?

—Muchísimo —especifica Miren agobiada.

—Sé que es una putada, Miren, pero aunque no te guste, la pelota está en tu tejado. Eres tú la que ha de decidir, o Paloma o Jessica.

—¡No es justo! —se levanta Miren alterada.

—Lo sé, pero vas a tener que ponerlo todo en una balanza y ver qué lado pesa más, Miren.

—No lo entiendes, Alba, yo adoro a Paloma, pero sin Jessica no habría conseguido salir adelante, ella ha sido mi tabla en medio del océano en el que me quedé flotando cuando desapareció mi mujer y lo que siento por ella es real. Tal vez no sea el mismo tipo de amor delirante que siento hacia Paloma, pero pensar en apartarla de mí, me hace tanto daño como apartar a Paloma.

Miren vuelve a sentarse en la silla con gesto derrotado y mira a su hermana.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta comprensiva.

—No lo sé, de momento ir a ver a Jessi, conociéndola, debe estar hundida, y no se merece nada de lo que pasa, y mucho menos mi silencio.

Miren se levanta como un resorte sintiendo que ha actuado mal, se despidió de Jessica ayer en el centro de salud y no le ha dicho nada desde entonces. El sentimiento de culpa también la azota por eso, pero viene acompañado por una repentina necesidad de verla, así que se despide de su hermana y, en cuanto sale de la clínica, la llama por teléfono mientras camina hacia su casa.

—Hola —contesta Jessica con tono asustadizo.

A Miren se la come la pena porque sabe que la escritora vive con el miedo de que la deje en cualquier momento.

—Hola, cariño —le dice con una voz dulce que para nada finge.

Jessica es la persona más sensible que ha conocido jamás y sabe que a ella las cosas le afectan de un modo mucho más cruel que a los demás. Las tres sufren del mismo modo, pero ella y Paloma son más fuertes mentalmente y gestionan las cosas de otra manera, Jessica no, a ella la situación la sobrepasa y Miren se la imagina en un rincón, asustada

como un pajarillo.

—¿Estás trabajando? —pregunta Miren dispuesta a pasarse un momento para verla, después quedarán por la tarde como habían previsto.

—No —susurra Jessica.

—¿No? ¿Y eso?

—No me encontraba bien —contesta esquiva.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ahora ya se me ha pasado.

Miren detiene el paso y se frota el pecho con una mano mientras se ubica.

—Voy a tu casa —dice reanudando la marcha para tomar la dirección que la lleva al apartamento de Jessica.

—¿No trabajas? —se sorprende Jessica.

—No, yo tampoco tengo el día —contesta ella—. ¿Has desayunado? ¿Quieres que te lleve algo?

—No —titubea Jessica—, quiero decir, que ya he desayunado. ¿Y tú?

—También, pero me apetece un montón otro café.

—Vale —sonríe Jessica algo más relajada—, te lo preparo ahora mismo.

—Bien, nos vemos en un rato.

Jessica le abre la puerta con el pijama puesto, cuando se ha despertado esta mañana, solo tenía ganas de llorar y no se ha visto con fuerzas de ir a trabajar. Su madre le aconsejó ayer todo lo contrario, que no se quedara en casa, que por muy mal que se encontrase, hiciera de tripas corazón y se marchase a trabajar, que necesita estar distraída. Jessica sabe que tiene razón, pero la ansiedad la estaba hundiendo y no quería estar en el trabajo con ganas de llorar a todas horas, así que se ha permitido ser floja unos días.

Lo primero que observa Miren son las ojeras oscuras en el rostro de Jessica, también la rojez bajo las aletas de su nariz y la profunda tristeza que expresa su mirada. Cierra la puerta a su espalda y la envuelve en un abrazo fuerte, notando el temblor del cuerpo de Jessi aferrada a ella, agarrándose con fuerza a su espalda mientras intenta respirar calmada sin conseguirlo. Miren rompe el abrazo y acuna su rostro entre las manos antes de besarla en los labios. Jessica la mira con sorpresa, como si ya hubiera dado por hecho que los besos entre ellas se han acabado.

—¿Y Paloma? —pregunta la escritora titubeante.

—Ha ido a ver a su abuelo.

Jessica se queda quieta, confusa, sin saber qué más decir.

—Tienes el café ahí —dice señalando la mesa mientras se abraza el cuerpo.

Miren se quita el abrigo y lo coge bebiéndoselo a pequeños sorbos.

—¿Me vas a dejar? —pregunta Jessica de sopetón y Miren por poco se atraganta.

—No —responde de manera inmediata—, no voy a dejarte, Jessi, así que relájate.

—Pero vas a vivir con ella.

—Vamos a ver —dice Miren acercándose a ella después de dejar el vaso—, es su casa, Jessica, no puedo pedirle que se vaya, y tampoco se me ocurriría hacerlo aunque no lo fuese. Acaba de volver, necesita ubicarse y ahora se encuentra con esto.

—Conmigo —puntualiza Jessica.

—Siéntate.

Miren la pone al corriente de la situación igual que ha hecho con su hermana, y si Jessica ya se sentía insegura y amenazada por la presencia de Paloma sin conocer esos hechos, ahora que sabe el verdadero motivo de su marcha, se siente mucho peor.

—Tú la quieres —afirma Jessica como único comentario.

Mira a Miren a los ojos esperando que no le mienta.

—Sí, claro que la quiero, la quiero con locura —afirma mientras ella nota que todo se le resquebraja por dentro—, y a ti también, Jessi.

Miren se arrodilla ante ella y le coge ambas manos. Jessica no quiere llorar más, no quiere mostrarse así de débil, así que traga saliva y tensa la mandíbula mientras la mira.

—Sé que es una situación difícil para todas, pero necesito que estés tranquila, Jessi, que confíes en mí y dejes de angustiarte. Entre Paloma y yo no ha pasado nada, te lo prometo, ella duerme en una habitación y yo en otra.

La escritora asiente, aunque no por eso se siente más tranquila.

—¿Y va a ser así siempre? ¿Viviendo con ella? Podrías venir aquí conmigo.

Miren se queda parada, entiende el miedo de Jessica, ella en su lugar le diría lo mismo, pero no puede irse, no todavía.

—Acaba de llegar, Jessi, tenemos que hablar de muchas cosas todavía, y no puedo desaparecer así sin más.

—Ella lo hizo —recuerda Jessica y Miren asiente.

—Pero es diferente. No espero que lo entiendas, solo te pido que no me lo pongas más difícil. Es mi mujer, la quiero y está en una situación complicada, tiene demasiado que asimilar de golpe.

—¿Entonces le has dicho que te quedas conmigo? —pregunta Jessica tratando de escuchar algo que la tranquilice.

—No ha hecho falta, Jessi, a ella le quedó claro ayer en el centro de salud.

—¿Y si intenta algo? —pregunta aturdida.

—¿Algo como qué?

—Como besarte.

A Miren la embarga una sensación de placer y nostalgia que oculta como puede.

—Le diré que pare —dice y besa a Jessica.

Miren la empuja con su cuerpo hacia atrás hasta que se tumba sobre ella. A Jessica solo le hacen falta unas pocas caricias para dejarse embrujar y sucumbir a la pasión que siente por Miren. En pocos minutos las dos están sin ropa, arrodilladas una frente a la otra mientras se masturban mutuamente entre besos. La primera en deshacerse de placer es Jessica, a la que segundos después sigue Miren, embriagada por los jadeos suaves que escapan de la boca de su amante mientras la mira anhelante. Miren se deja caer sobre ella y cuando recupera el aliento se la come a besos, los reparte por su cara y por su cuello mientras le susurra que la quiere y que no se imagina su vida sin ella.

No le miente en ningún momento ni actúa por pena, todo lo que hace lo hace porque lo siente, pero tampoco ha podido evitar que Paloma acuda a sus pensamientos de forma constante. Se acurruca junto a Jessica bajo una manta y cierra los ojos. La escritora por fin encuentra la calma que necesita y se queda dormida entre sus brazos. Miren no lo hace, no puede, porque quiere a Jessica y también a Paloma, y sabe que por mucho que le duele, debe tomar una decisión.

Capítulo 11

Cuando Miren aparca el coche en el garaje el sentimiento de culpabilidad ya lleva horas haciendo mella en ella. Se ha quedado todo el día en casa de Jessica, han comido juntas, han vuelto a hacer el amor en el sofá y han visto una película acurrucadas. Después Miren se ha dado una ducha y se ha secado el pelo para que nada delate su escarceo con Jessica. La escritora se ha dado cuenta del detalle y, a pesar de que le ha dolido mucho, no ha dicho nada porque lo comprende y tampoco es partidaria de hacer daño de manera gratuita.

El coche de Paloma ya está en su sitio y cuando Miren entra, la encuentra sentada en el sofá resolviendo un sudoku de los suyos. Le sorprende el hecho, porque Paloma siempre ha sido más de ver películas para desconectar que de coger un pasatiempos como ese.

—Hola —saluda la diseñadora gráfica deshaciéndose del abrigo.

Paloma alza la vista y le devuelve el saludo.

—¿Cómo está tu abuelo?

Miren se ha sentado en el sofá con ella, aunque dejando un espacio considerable entre ambas. Paloma recoge las piernas sobre el sofá y las cubre con la manta, acomodándose y a la vez protegiéndose sin saber muy bien de qué.

—Bien, me ha dado recuerdos para ti.

—Se ha debido emocionar mucho al verte, me habría gustado estar ahí para presenciar el reencuentro —dice Miren de manera sincera.

—Bueno, ya sabes lo poco expresivo que es, tampoco ha montado ningún drama —contesta Paloma con una mueca.

Se siente mal por mentirle a Miren, pero si se entera de que su abuelo lo sabía, se lo echará en cara el resto de su vida. Paloma valoró mucho si debía contárselo o no, pero su abuelo Markel está mayor y el temor a que se fuera de este mundo pensando que su nieta lo había abandonado, fue superior a cualquier otro miedo, además, tenía la garantía de que su abuelo es una tumba guardando secretos, al menos los de su nieta.

—Me ha dicho que has estado yendo a verlo a menudo, gracias por no dejarlo solo.

—Markel también es mi familia, Paloma.

A Paloma el pecho se le encoge y asiente, cogiendo aire y conteniéndolo dentro.

—¿Has estado con ella?

Miren nota como se le acelera el pulso y se le dispara la adrenalina como si la hubieran pillado cometiendo un delito.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Supongo que soy masoca —contesta cortante Paloma.

—Te fuiste, Paloma —masculla Miren rabiosa—, no tienes derecho a hacerme sentir mal por intentar seguir con mi vida. Si no hubiera sido por Jessica, me habría hundido en una profunda depresión. Tú sabías el daño que ibas a hacerme marchándote de esa manera y no te importó una mierda —le reprocha y Paloma meneaba la cabeza.

—En lo de que no me importó te equivocas bastante, y si piensas eso es que me

conoces muy poco —dice ofendida—. En cualquier caso, ahora da igual, cometí un error y lo estoy pagando de la manera más cruel, al menos a mí no se me ocurre ninguna peor que estar en mi casa y ver cómo mi mujer viene de follarse a otra.

Miren la mira estupefacta.

—Y eso no es lo peor, lo peor es que siento que no tengo derecho a quejarme ni hacer ningún tipo de reproche, que tengo la sensación de que todo lo que me pasa me lo merezco, y eso me hace sentir como una puta mierda, Miren, como alguien insignificante que se merece todo lo malo que le pasa.

A Paloma los ojos se le han encharcado, igual que a Miren, que tiene un nudo en la garganta que le impide tragar con normalidad.

—No digas eso, Paloma, tú no te mereces nada de esto —solloza Miren.

—Eso no importa, yo me siento así.

Paloma aguanta el tipo como puede, ella contiene las lágrimas en los ojos y se sorbe los mocos clavando la mirada de nuevo en la revista de sudokus que tiene entre las manos.

—No sé qué hacer, Paloma —sigue sollozando Miren—, no quiero que nadie sufra por mi culpa.

La agente de la ertzaina cierra la revista y la mira mordiéndose los labios. Ahora mismo le gustaría abrazarla y consolarla, comérsela a besos y susurrarle palabras que la tranquilicen, pero siente que si hace eso cruza una línea, que sería como demostrarle que no respeta su relación con Jessica. Así que Paloma vuelve a quedarse quieta, sintiendo que también ha perdido el derecho de consolar a su mujer.

—Tú no tienes la culpa —dice compungida, empeñada en no llorar.

Ya se siente miserable, si llora tiene la sensación de que perderá también la dignidad, así que, aunque siente que el pecho se le está partiendo en dos por la tensión, ella aguanta estoica.

—He hecho la cena, come algo y vete a la cama —dice y vuelve a coger el libro de sudokus.

—¿Cómo sabes que vengo de ver a Jessica? —cuestiona Miren, que no deja de preguntarse si la habrá seguido.

—El pelo te huele a coco, nuestro jabón huele a menta —contesta Paloma sin levantar la vista.

Miren no se va a cenar ni a ningún otro sitio, se queda ahí, abatida, mirando absorta mientras Paloma va escribiendo números en las casillas.

—A ti no te gustaba hacer sudokus —dice tras varios segundos de silencio, cuando está más tranquila.

—En el lugar que estaba no teníamos televisión a la carta y al igual que podía pasar días en los que solo dormía tres o cuatro horas, había otros que no tenía nada que hacer. Estas cosas me distraían mucho —explica Paloma. Cierra la revista y la lanza sobre la mesa.

Se destapa, apoya los pies sobre las zapatillas de estar por casa y los codos en las rodillas mirando a Miren.

—En aquel sitio había una chica, era la encargada de hacer la comida y quizá la única persona sin antecedentes que había en aquel maldito lugar. Cuando podía me solía ir a la cocina con ella y la ayudaba, aquello me distraía y me hacía sentir medio normal, me recordaba a cuando estaba aquí contigo —explica y Miren la escucha atentamente—. La llamaban Tania, aunque no sé si ese era su nombre real. No se relacionaba con nadie de allí,

imagino que estaba por obligación, pero conmigo poco a poco se fue soltando y empezamos a tener confianza. Era la única persona con la que me sentía cómoda y un día que nos quedamos a solas intentó besarme.

Paloma observa la reacción de Miren, que se ha tensado y ha fruncido el ceño claramente molesta.

—Te aseguro que era una chica muy bonita y me sentí muy tentada, llevaba allí cuatro meses, sin ti, sin cariño y sin sexo. La sola idea de que alguien me acariciase aunque fuese un instante, me resultó muy atractiva, pero no eras tú, así que la rechacé y dejé de hablarme —dice con una sonrisa irónica.

—¿Me estás echando en cara que iniciase una relación con Jessi? —se enfada Miren y se pone en pie.

—No, joder —dice Paloma aturdida, poniéndose también en pie.

Ella solo quiere contarle que perdió a la única amiga que tenía allí, pero por lo visto no ha sabido expresarse.

—¿Y entonces por qué coño me lo cuentas? —se exaspera la diseñadora gráfica.

A Paloma le tiembla el labio, y ese dolor que siente en el centro del pecho aumenta de un modo que se le antoja inhumano. Mira a su mujer, entristecida, sintiendo que cada cosa que hace o dice, lo empeora todo.

—Te lo cuento porque antes te lo contaba todo, si no hablo contigo, ¿con quién cojones hablo, Miren?

La rabia y la impotencia le chispean en los ojos cuando la mira. Miren intenta contestar, pero se siente tan mal consigo misma en ese momento, que no le salen las palabras. Paloma pasa por su lado y se dirige hacia la puerta, donde se cambia las zapatillas por las botas y se pone el anorak.

—¿A dónde vas? —llora Miren otra vez.

Paloma apoya una mano en la pared y se concentra en tragar saliva para deshacer el nudo que la está estrangulando.

—A dar una vuelta. No me esperes para cenar —dice y se marcha dando un portazo.

Cuando está fuera no va a ningún sitio, se dirige hacia el garaje y se sienta en su coche dejando que el silencio la envuelva. Paloma piensa en esos días en que las ganas de abrazar a su mujer y hacer el amor con ella le fundían el cerebro y le quemaban las entrañas. No veía el momento de llegar, y ahora está ahí, después de casi un año sin ella y no puede tocarla porque le pertenece a otra.

Suspira y sonríe con amargura cuando se da cuenta de que no solo ha perdido eso, tampoco puede hablar con Miren, porque está a la defensiva y cualquier cosa que le dice se la toma como un ataque. Así que Paloma se siente sola en todos los sentidos, lo único que le queda es su abuelo y su trabajo, y ahora mismo lo segundo lo odia por haberle arrebatado lo que más quería.

Paloma coge la manta que siempre tiene en el maletero, reclina el asiento hacia atrás y se tapa con ella. Se acaba de dar cuenta de que siente más calma dentro de su coche que en su propia casa.

Capítulo 12

Miren ha vuelto a pasar una mala noche, esta vez no solo por toda la crudeza de la situación que viven, también porque Paloma no ha vuelto a casa y tampoco ha respondido sus mensajes ni sus llamadas.

Confía en ella y sabe que está bien, pero no puede evitar sentir una preocupación que le nace de las entrañas, preguntándose si habrá terminado en un bar emborrachándose con algún compañero o incluso en la cama de cualquier desconocida que la ayude a calmar esa necesidad que ella le ha negado.

Se levanta de mal humor, con las ojeras marcadas y un dolor agudo de cabeza que trata de calmar con una pastilla. Coge el móvil para volver a llamar a Paloma justo en el momento que le entra un mensaje de Jessica. Miren sonríe con tristeza y le contesta, después marca el número de Paloma y cuelga cuando le salta el contestador.

Mientras desayuna, se pregunta por qué siguió pagando su línea de teléfono, y concluye que fue porque en el fondo nunca perdió la esperanza de que Paloma regresase a su lado. Eso la lleva a otra pregunta, ¿si tanto la anhelaba, a qué espera para volver con ella? Miren deja la taza en el lavavajillas y sale de su casa dispuesta a pasarse por comisaría para ver si alguien sabe algo de su mujer, lo que no espera y por poco le detiene el corazón, es encontrarla dentro de su coche en el garaje. Por un momento Miren piensa que Paloma ha cometido una locura, pero cuando abre la puerta con furia y Paloma abre los ojos, la ira estalla dentro de ella.

—¿Te has vuelto loca?! —grita fuera de sí.

Paloma acaba de despertarse y está aturdida. Le costó mucho conciliar el sueño y entrar en calor, pero ahora estaba cómoda y tranquila por primera vez desde que ha regresado, y encontrarse a Miren así, la tiene desconcertada. Mira a un lado y a otro hasta que se ubica.

—No grites, Miren —le pide frotándose los ojos.

—¿Que no grite? ¿Sabes lo preocupada que estaba? Pensaba que estabas por ahí emborrachándote o vete tú a saber, y resulta que estás aquí...

Miren se calla y se lleva las manos a la cabeza cuando comprende.

—¿Has dormido aquí?

—Tampoco se está tan mal —dice Paloma, que daría lo que fuese para que Miren le concediera unos minutos de silencio mientras se despeja.

—Has dormido en el coche teniendo una cama ahí —dice y señala hacia la pared que da a la casa.

Su cara es de absoluta incompreensión, pero Paloma tiene la sensación precisamente de eso, de que la Miren de ahora, la que ha encontrado a su regreso, es incapaz de entender cómo se siente.

—¿Y qué más da, Miren? —resta importancia Paloma, que no tiene ganas de discutir.

—¿Tan incómoda estás en casa? —pregunta y esta vez su tono de voz ha descendido varios tonos.

Paloma sale del coche y apoya el culo en el capó mirándola.

—¿Cómo estarías tú, Miren? —pregunta calmada, dejando claro que solo quiere hablar.

—La casa es tan tuya como mía, Paloma, tienes el mismo derecho a estar ahí que yo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Eso no importa, Miren. No estoy cómoda, ya se me pasará, ¿de acuerdo? Vete a trabajar, anda, te vas a retrasar con las entregas como sigas así.

—Las entregas me importan una mierda, quiero saber por qué no te sientes bien en tu propia casa.

—Joder, Miren —cabecea Paloma—. No me siento bien porque la casa la compramos las dos, para las dos, ¿entiendes? —puntualiza—. Para mí es la casa donde está mi vida contigo, con mi mujer, pero tú y yo ya no estamos juntas, así que no, no estoy cómoda, me siento como una extraña dentro de esa casa. Y ahora deja el puto tema de una vez, necesito respirar tranquila un rato, ¿vale? —le pide angustiada.

—Vale —contesta Miren sin mirarla.

Se mete en su coche dispuesta a irse y Paloma entra en la casa para darse una ducha y meter algo en el estómago.

Miren tiene la sensación de estar reviviendo la mañana anterior, porque acaba de estacionar cerca de la clínica veterinaria de su hermana Alba y se dirige caminando hacia la entrada. Esta vez tiene que esperar a que la veterinaria termine de atender a un cliente antes de poder desahogarse.

—No voy a poder con esto —dice en cuanto se quedan a solas.

Se ha dejado caer en una de las sillas de la entrada, agotada como si hubiera venido corriendo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Alba agachada frente a ella.

La angustia en el rostro de su hermana es evidente, la había visto cuando Paloma desapareció, después, con la llegada de Jessica a su vida logró recomponerse, y ahora parece que ha vuelto hacia atrás.

—Me supera todo, Alba. No puedo estar con Paloma sin terminar discutiendo. No quiero que sufra, joder, y no veo cómo puedo ayudarla, se siente tan culpable que piensa que se merece cualquier cosa mala que le pasa.

—Joder —suspira Alba.

—Y después está Jessi, tan aterrada por el temor a que la deje que tengo la sensación de que en cualquier momento se puede romper. Necesito que las dos estén bien y no sé cómo hacerlo.

—Lo que dices es imposible, Miren. Las dos te quieren a ti, cualquiera que no tenga eso, sufrirá como lo hace ahora Paloma.

—¿Y por qué sufre Jessi? —se indigna Miren, que no comprende nada—. Estoy con ella, ¿no?

—¿Lo estás de verdad? Si tiene tanto miedo es porque no se siente segura, Miren, porque sabe que sigues enamorada de Paloma.

—Madre mía —se levanta Miren exasperada—. También estoy enamorada de ella, joder. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Estás sobrepasada, hermana, y no te culpo, cualquiera en tu lugar lo estaría. ¿Por qué no te vas unos días? Tú sola. Necesitas pensar y aclarar las ideas, tal y como estás ahora es imposible que tomes la decisión acertada.

—¿Cómo me voy a ir si Paloma acaba de volver? No puedo hacer eso.

—¿Crees que es mejor para ella tenerte en casa sabiendo que vienes de estar con otra? ¿O que te arreglas para otra? Cualquier cosa que hagas es para otra, Miren, para Paloma tiene que ser como recibir un bofetón tras otro por mucho que se lo haya buscado. Puedes irte o no, haz lo que tú consideres, pero debes tomar una decisión rotunda y si esa decisión no es Paloma, tenéis que hablar seriamente y vender esa casa.

Miren se queda junto a la cristalera mirando hacia la calle, el cielo de nuevo amenaza tormenta, pero ni mucho menos le parece una tormenta más poderosa que la que hay en su cabeza. Se abraza el cuerpo y permanece inmóvil cuando un hombre entra con su perro. Alba lo atiende y ella sigue como una estatua pensando en el daño que le hará a Jessica si le dice que ahora se marcha unos días. No puede hacer eso, pero tampoco puede permitir que Paloma siga durmiendo en su coche, y entonces piensa en la casa de Markel, quizá Paloma podría irse allí un tiempo, si se dan distancia unos días, tal vez sea suficiente para que ella ponga su cabeza en orden.

—Me voy, Alba —dice y se despide con la mano.

Su hermana la mira preocupada y le hace un gesto con la mano pidiendo que la llame con lo que sea.

Capítulo 13

Paloma está de pie junto a la ventana cuando ve con asombro como Miren regresa a su casa. Lleva ahí desde que ha desayunado, mirando a través del cristal como los nubarrones grises han ido cubriendo el pueblo hasta dejarlo tapado con una masa densa y grisácea que amenaza con derramar agua en cualquier momento. Escucha el momento en el que el motor del coche de su mujer se apaga, también cuando cierra la puerta del vehículo y después la del garaje para acto seguido pasar por delante de ella mientras busca las llaves en el bolso y abre la puerta.

Las dos se miran y Miren deja su bolso y el abrigo en el colgador.

—¿Podemos hablar sin discutir? —le pregunta a Paloma.

Ella alza las cejas y asiente.

—¿Nos sentamos? —propone Miren.

Paloma niega, tiene la sensación de que lo que viene no le va a gustar y se siente más cómoda si se queda en pie.

—Así va a ser difícil —farfulla Miren ladeando la cabeza disgustada.

—No necesitamos estar sentadas para hablar, Miren, di lo que tengas que decir.

—Muy bien. Necesito espacio, Paloma, no puedo aclararme si me paso el día discutiendo contigo.

Paloma se queda descolocada sin entender a qué viene eso ni por qué parece que la culpable de las discusiones es solo ella.

—He pensado que quizá podrías irte unos días a casa de tu abuelo, tú dejarías de sentirte incómoda en casa y yo podría pensar con tranquilidad.

—Si quieres que me vaya me lo dices claro, Miren, pero no digas que es por mí, que me voy a sentir mejor en casa de mi abuelo. Como bien dices, la casa es suya, no mía, seré una puta intrusa rodeada de cosas que no me pertenecen.

La ertzaina nota como la sangre se le va encendiendo en las venas lentamente sin que sea capaz de pararla.

—¿Por qué no te vas tú a casa de Jessica? Está claro que soy yo la que sobro en la ecuación, ¿no? Pues déjame respirar un poco, joder. Llevo demasiado tiempo deseando volver para largarme en cuanto pongo un pie dentro. Necesito aclimatarme aunque las cosas no sean como yo esperaba. Vete con ella, y cuando todo se calme, vendemos esta casa de mierda y tú rehaces tu vida y yo la mía —espeta dolida.

—¿Por qué coño le tienes que dar la vuelta a todo? Yo no quiero irme a casa de Jessi, te he dicho que necesito espacio, pero no solo contigo, con ella también, necesito estar sola para saber lo que realmente quiero —le reprocha Miren acercándose a ella hasta situarse delante.

El magnetismo la ha guiado hacia ella con una fuerza invisible por la que Miren se ha dejado arrastrar.

—¿Eso se lo has dicho a ella? ¿O está en su casa esperando a que vayas y te la folles?

Es la rabia la que sale por la boca de Paloma y se arrepiente conforme termina de

hablar, pero ya lo ha dicho, y está tan cabreada con la vida que no se disculpa.

—Es probable que me esté esperando —escupe Miren, que le clava ambas manos en el pecho y la empuja con fuerza hasta que su espalda impacta contra la puerta—, pero con quien yo necesito follar ahora es contigo.

A Paloma se le corta la respiración cuando los labios de Miren se estrellan contra los suyos, y también cuando sus manos empiezan a trazar líneas por su cuerpo recorriéndolo con ansia. No reacciona cuando su mujer le baja los pantalones hasta los tobillos, y tampoco cuando se agacha frente a ella y muerde su sexo por encima de la ropa interior activando cada una de sus terminaciones nerviosas. Paloma nota como la humedad la empapa y la boca se le abre en un intento forzado de que el aire le llegue a los pulmones. Lleva tanto tiempo deseando ese momento, que se ha quedado paralizada por la forma abrupta e inesperada en la que ha llegado.

Miren le ha bajado también las bragas y Paloma, medio mareada por la impresión que le produce todo en ese momento, nota como la penetra con los dedos al mismo tiempo que el calor de su lengua la lame y la devora. Se aferra con fuerza al pelo de Miren y poco a poco va recuperando el control. Paloma se entrega a un instinto visceral y mueve la pelvis con furia buscando saciar esa necesidad que lleva tiempo reprimiendo. El primer orgasmo le explota tan fuerte entre las piernas, que le fallan y se escurre de rodillas hasta quedar frente a Miren, que la mira relamiéndose antes de ponerle una mano en la mejilla y mirarla fijamente mientras Paloma recupera la compostura.

Cuando lo hace es otra persona, es la Paloma fogosa de antes mezclada con la que lleva meses contenida. Quiere saciarse y sabe que probablemente esta será la última vez que estará con Miren, así que piensa aprovecharla. Se levantan y a trompicones llegan hasta el sofá, pero no se dejan caer, Miren se quita la ropa y ahora es Paloma la que ha tomado la iniciativa, besándola con hambre mientras sus dedos se mueven ágiles sobre su sexo. Miren siente que va a desfallecer, ya no recordaba esa sensación de conexión profunda que siempre ha tenido con Paloma, su cuerpo se sacude cuando presiona su clítoris y le muerde los pezones. Paloma la tortura como quiere, juega con ella y su placer a su antojo y Miren solo se corre cuando su mujer lo decide, y lo hace con fuerza, gritando extasiada como a Paloma le gusta.

—¿Me pongo el arnés? —pregunta Miren todavía temblando.

Paloma asiente y mientras su mujer regresa de la habitación, ella termina de desnudarse del todo. A Paloma hay dos cosas que la enloquecen en la cama, tener el control absoluto sobre los orgasmos de Miren y complacerla entregándose a ella cuando se pone el arnés.

A Miren le gusta sentirse dentro de ella de esa manera, llegar hasta lo más profundo de Paloma, y a ella que lo haga con fuerza.

Miren coloca un cojín en el centro del sofá y empuja a Paloma para que se tumbe dejando el abdomen sobre él. Es consciente en todo momento de la línea que ha cruzado, de que está engañando a Jessica, pero está ida, entregada a la lujuria del placer, al amor profundo que siente por Paloma y a las ganas enfermizas que tenía de volver a tomar su cuerpo y entregarle el suyo. No puede ni quiere parar, ha decidido que las dos se merecen regalarse ese momento, que mientras no lo tengan, no pueden avanzar, al menos ella.

Paloma cae sobre el cojín temblando de necesidad, y ni siquiera el dolor que siente cuando Miren la penetra después de tanto tiempo sin mantener relaciones, logra que una

fuerte sacudida de placer le recorra cada centímetro de piel como una ola. Miren comienza un baile rítmico y lento dentro de su cuerpo mientras le besa la nuca y le susurra cosas al oído.

—No sabes cómo te echaba de menos... —jadea hundiéndose en ella, y su mujer aprieta los ojos con fuerza y gime.

Paloma también la ha echado de menos y siente que la necesita para respirar, pero ella no lo dice, piensa que eso solo hará que Miren se sienta mal con la decisión que ha tomado y quiere que su última vez acabe bien.

—Te quiero muchísimo... —sigue susurrándole Miren a la vez que aumenta el ritmo de las embestidas.

A Paloma sus palabras la queman por dentro y también la rompen hasta partirla en dos, por eso decide desconectarse y entregarse solo al placer.

—Más fuerte —jadea exigente en una especie de sollozo contenido.

Miren, molesta por la ausencia de respuesta, se limita a obedecer y, poniéndose de rodillas y levantando las caderas de su mujer hasta dejarla en la posición que necesita, la embiste con fuerza y un ritmo tan enloquecedor, que Paloma se rinde al éxtasis en menos de un minuto.

Durante la siguiente hora y media ninguna de las dos habla, se limitan a entregarse una a la otra, a recuperar el tiempo perdido recorriendo cada centímetro del otro cuerpo con mimo y deseo hasta que las dos acaban tan cansadas, que no aguantan más asaltos y se quedan tendidas en el sofá, una al lado de la otra como habían hecho tantas veces, dejando que sus respiraciones se normalicen sin necesidad de que el mundo siga girando.

Ahora podrían decir muchas cosas, pero ninguna quiere ser la primera en abrir la boca. Es el teléfono de Miren el que unos minutos después, las devuelve a ambas a la realidad cuando comienza a sonar y en la pantalla aparece el nombre de Jessica. Miren se echa hacia delante y lo pone bocabajo sobre la mesa, sintiéndose tan culpable que no puede ni ver el nombre.

—No se lo cuentes, yo no le diré nada —dice Paloma y Miren la mira sorprendida—. Es hacerla sufrir para nada —aclara acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué la proteges? —pregunta Miren sintiéndose cada vez peor.

—No lo sé, supongo que me cayó bien —concluye Paloma—, y nadie se merece esto.

—Me parece que ella en el fondo sabía que esto pasaría, lo sabía antes que yo. Yo necesitaba esto, Paloma, volver a ti, había olvidado todo lo que sentía contigo y no estaba decidiendo en igualdad de condiciones.

Paloma la mira y por un momento el brillo de la esperanza se instala en sus ojos, pero desaparece cuando Miren baja la cabeza.

—¿Y qué has decidido?

—Que me voy, Paloma. Puede que tu marcha lo desencadenase todo, pero soy yo la que tiene el problema ahora que has vuelto. Estoy enganchada a ti y a ella, de modos diferentes, pero lo estoy, y si no tomo distancia de todo, incluso de Mundaka, no podré tomar la decisión correcta. He sido muy desconsiderada y egoísta antes cuando te he pedido que te fueras a casa de tu abuelo y te pido perdón.

Paloma la está escuchando como la banda sonora que hay de fondo en una película con un trágico final, el dolor que siente es tan intenso que solo se le ocurre compararlo a

que le estén separando la carne de las costillas, pero como siempre, no se mueve y trata de disimularlo como puede.

—¿A dónde vas a ir? —pregunta sorprendida de que le haya salido la voz.

—A San Sebastián, me iré unos días a casa de mi amiga Leire hasta que me aclare. Me llevaré el portátil y trabajaré desde allí, me irá bien para ponerme al día.

—Está bien —acepta Paloma y mira con angustia a su mujer levantarse del sofá, alejándose de ella.

Capítulo 14

Paloma se ha metido en la ducha, prefiere no presenciar ese momento de Miren preparando la maleta para irse, no puede, no quiere verla. Cuando se coloca debajo del chorro y el agua caliente le empieza a enrojecer la piel, Paloma ya no logra contener más la angustia que hay dentro de su cuerpo y se deja ir. Las lágrimas le brotan entre el manantial y tiene que bajar la cabeza para que el agua no le entre en la boca cuando respira entre hipidos que le provocan un intenso dolor en el centro del pecho.

Se lleva la mano ahí, sobre el esternón, y cierra el puño sobre la zona apretando contra su cuerpo como si eso pudiera ayudarla a sofocar su malestar. No escucha la puerta del baño abrirse ni tampoco nota el cambio de temperatura cuando Miren abre la mampara y entra, situándose tras ella.

Paloma se sobresalta cuando siente que le pega el cuerpo a la espalda y la rodea con los brazos por la cintura.

—Joder, Miren —solloza sorbiéndose los mocos y se arrastra el agua de la cara intentando recomponerse.

—Shhh, no te muevas —le susurra Miren con una voz tan dulce y suave, que Paloma se paraliza y continúa llorando.

Siguen así durante minutos, abrazadas bajo el agua en una extraña despedida que ambas saben que no debería estar produciéndose. Cuando Paloma se siente más calmada, apartan sus cuerpos de debajo del chorro y Miren deja un reguero de besos en su espalda, después le da la vuelta y la besa en la boca sin decir nada, con los ojos también rojos por un llanto silencioso que ha amortiguado entre los hipidos de Paloma.

—Yo también te quiero mucho —dice Paloma rompiendo el beso.

—Ya lo sé, cariño —sonríe Miren y coge el bote de champú.

Ambas se enjabonan mutuamente y cuando terminan salen de la ducha en silencio. Paloma ahora sí que acompaña a Miren a la habitación y la observa mientras termina de cerrar la maleta.

—Se lo voy a contar a Jessi —dice de sopetón, de espaldas a Paloma.

Ella se queda sobrecogida por la información y se abraza el cuerpo, percibiendo la angustia que sentirá la escritora como si fuera suya, lo que la hace sentir muy mal y al mismo tiempo muy extraña.

—Le vas a hacer un daño inútil, Miren.

Paloma sabe de lo que habla, la idea de saber que Miren se acuesta con Jessica es algo que la desgarrar por dentro y, por algún extraño motivo que no se explica, quiere evitarle ese sufrimiento a la escritora. Quizá sea porque en parte se siente culpable, o tal vez porque la nueva pareja de Miren tiene algo en la mirada que logró enternecerla y llegarle muy adentro. En cualquier caso, si Miren pretende seguir con ella, lo considera un daño gratuito y absurdo.

—Lo has dicho antes, Miren, necesitábamos esto, recuperar nuestro momento. Y ya lo hemos hecho. Tú estás con ella y esto no se va a repetir, no se lo digas, no le hagas eso.

—No quiero mentirle, Paloma, me importa demasiado para eso.

—¿Decirle que te marchas para aclararte y al mismo tiempo que te has acostado con tu exmujer no te parece mucho para una sola vez?

Paloma se sorprende de su propio empeño por proteger a Jessica, la mujer responsable de todo el sufrimiento que padece desde que ha llegado, hasta que comprende que en parte es porque empatiza con ella, porque sabe el dolor desgarrador que sentirá cuando Miren le cuente lo que ha hecho, y Paloma es capaz de reproducirlo en su propio cuerpo con un agujonazo que la atraviesa por dentro por segunda vez.

—Todavía no eres mi exmujer, y deja que yo resuelva mis cosas con Jessica como considere oportuno —contesta Miren resoplando.

—Vale, perdona —alza las manos Paloma en son de paz.

—No, perdona tú —se retracta Miren agobiada—, es que te juro que si no resuelvo esto pronto me explotará la cabeza.

Miren baja la maleta de la cama y se acerca con ella hasta Paloma, a la que da un último beso en los labios que se prolonga unos segundos.

—¿Llamarás? —pregunta Paloma paralizada junto a la puerta de la habitación.

—Solo para decirte que he llegado bien, después apagaré el teléfono.

Miren sale por la puerta con el corazón retumbándole en las sienes y una sensación de pérdida que la ahoga. Se sube en el coche y conduce como un robot hasta casa de Jessica. Solo cuando aparca, deja que todo el sentimiento de culpa que ha estado reteniendo se apodere de ella, sabe que debería haber intentado ser más fuerte, haberse esforzado más por contener ese deseo irracional y desquiciante que ha sentido de poseer a Paloma desde que ha vuelto. Jessica no se merece lo que ha hecho, pero Paloma tampoco. Las dos merecen algo mejor que una mujer que le asegura su amor a Jessica cuando sabe que no ha dejado de querer a Paloma.

Cuando llama al timbre, se da cuenta de que la mano le tiembla. Sabe que Paloma tiene razón, que sus palabras van a herir a Jessica, pero cuando comenzaron su relación se prometieron sinceridad, y si Paloma le notó que se había acostado con Jessica, ¿por qué no va a hacer Jessica lo mismo? No quiere eso, no quiere ver la decepción en sus ojos si la descubre, por eso cuando Jessica le abre la puerta, lo primero que hace Miren es abrazarse a ella y apretarla con fuerza desmedida, como si llevara días sin verla o como lo percibe sabiamente Jessica, como si se estuviera despidiendo.

—¿Has cambiado de opinión? —pregunta y Miren la mira sin entender nada.

—¿A qué te refieres?

—A mí, a nosotras...

Jessica titubea y Miren, sin quitarse el abrigo, se sienta en una silla y le pide que haga lo mismo.

—No he cambiado de opinión, Jessi, te quiero, y quiero estar contigo, pero Paloma sigue en casa y yo siento que me voy a volver loca. Sigo sintiendo cosas por ella, eso nunca te lo he ocultado.

—No... —confirma Jessica con el corazón acelerado.

—Son cosas fuertes, Jessi, cosas que me cuesta mucho controlar y...

Miren deja de hablar y le pide perdón con la mirada.

—Te has acostado con ella —adivina Jessica con el corazón hecho pedazos.

El labio comienza a temblarle cuando Miren asiente.

—Lo siento mucho, Jessi, de verdad —dice y se pone de cuclillas ante ella cogiéndole las manos.

—No sé qué tengo que decir —solloza Jessica sintiéndose más perdida que nunca.

—Nada, cariño —le acaricia la mejilla Miren con el corazón deshecho de pena y culpa—. Me voy a ir unos días a casa de una amiga que vive en San Sebastián. Debo tomar una decisión, Jessica, seas tú o ella, debo tenerlo muy claro antes de volver, no puedo seguir haciéndonos daño a las tres, y mucho menos a ti, que eres la que menos culpa tiene.

—Y también la que tiene menos posibilidades —añade Jessica con poca confianza.

—No digas eso, imaginarme sin ti es algo que no concibo.

Miren le da un beso en los labios.

—Pero debo irme, aclararme y centrarme. Si estoy contigo no puedo permitir que vuelva a pasar lo que ha pasado con Paloma.

—No lo adornes, Miren —dice Jessica con dureza—, te vas para decidir si quieres quedarte conmigo o con ella. Y nosotras nos quedamos aquí esperando a que tú vuelvas y nos des una respuesta.

Miren no es capaz de rebatirle nada, no encuentra palabras para hacerlo.

—Lo siento, Jessi, sé que es muy egoísta por mi parte, pero no se me ocurre otra manera de hacerlo. No te voy a pedir que me esperes, yo lucharé por ti igualmente.

—Te esperaré lo que haga falta, no renunciaré a ti hasta que seas tú la que me diga que no quiere estar conmigo.

—Vale —sonríe Miren, consciente de que cada segundo que pasa a su lado, la quiere un poco más.

—¿Qué has sentido?

La pregunta de Jessica la hace volverse cuando ya estaba muy cerca de la puerta.

—¿A qué te refieres?

Jessica está de pie junto a la mesa, cogiéndose los puños de las mangas del jersey que ha estirado hasta cubrirse las manos.

—A Paloma.

A Miren el corazón se le desboca y le entra un ardor extraño en las orejas.

—Jessica no hagas esto, cariño, vamos a dejar las cosas como están.

—Sé que ahora mismo piensas que soy masoca y puede que un poco cría, pero yo necesito saberlo, Miren. No quiero que me digas con quién has disfrutado más, solo quiero saber lo que has sentido al estar con ella de nuevo.

—Es distinto, Jessica, y lo sabes —contesta Miren, que no sabe cuál es la mejor manera de abordar una pregunta como esa—. Os quiero a las dos de manera diferente, por lo tanto, lo que siento con cada una también lo es.

—Yo no te pregunto eso.

—¡Mierda, Jessi! —se desespera Miren.

Ahora se arrepiente de no haberle hecho caso a Paloma. Miren conoce mejor a Jessica que ella y no ha sabido tener en cuenta la inseguridad de la escritora y el efecto que una confesión así podía tener en ella.

—No puedo contestar a eso, es difícil describir lo que siento con ella o lo que siento contigo, ¿de acuerdo? —trata de explicarle más calmada.

Jessica asiente, pero la expresión de su rostro denota la decepción por la respuesta. No le sirve, no es lo que necesita, pero Miren no puede darle otra cosa.

—Me voy ya, Jessi —susurra Miren.

—Vale.

Miren la observa desde la puerta, por su parte tiene ganas de acercarse y abrazarla para despedirse, pero Jessica no se mueve, está dolida y la tensión en su cuerpo es evidente, así que la diseñadora gráfica suspira y se marcha dejándola sola con la tristeza que sabe que siente, sintiéndose peor que cuando ha llegado.

Capítulo 15

Ha pasado casi una semana desde que Miren se marchó de casa y Paloma sigue sintiéndose igual de incómoda que al principio. Entiende que no se trata de que Miren esté allí o no, si no de ella en sí, para Paloma nada tiene sentido sin ella y le está resultando imposible aclimatarse.

Lo único que la hace sentir en casa es ir a visitar a su abuelo Markel, a su lado se siente bien y por eso se pasa las mañanas allí y se queda hasta que le llevan la comida para darle de comer. Han acordado que él no hace preguntas sobre Miren, Paloma ya le expuso la situación actual y también lo poco que le apetece hablar del tema, pero Markel no hay día que no le suelte algo.

—Mi casa es tuya —dice de repente mientras juegan una partida de ajedrez.

Paloma lo mira sin parpadear y no responde, clava la mirada de nuevo en el tablero y se concentra.

—¿Me has escuchado?

—Sí, abuelo.

—Pues contesta, leches —bufa él dando una palmada sobre el tablero.

Paloma se sobresalta y las piezas se mueven deshaciendo una partida en la que ella claramente iba a perder.

—Quiero que vayas allí, lo que no te guste lo tiras. Lo arreglas como a ti te parezca y lo dejas listo por si te hace falta.

Como siempre, su abuelo no propone, ordena. Paloma lo mira compungida sin atreverse a contestarle. No debió contarle lo que le dijo Miren, pero él es la única persona con la que ella se desahoga y no pudo aguantarse.

—Vale —dice ella colocando las piezas de nuevo, atragantada con su propia angustia.

La mano arrugada de su abuelo la detiene poniéndose sobre la suya y Paloma se queda inmóvil, conteniendo las ganas de llorar.

—¿Sabes algo de ella? —pregunta él con su particular voz rasposa.

Paloma mueve la cabeza de lado a lado negando con tristeza.

—Si al menos supiera cuándo va a volver.

—No hay nada peor que el no saber —declara Markel con sabiduría.

Ella aparta el tablero y se inclina hacia delante, apoyando los brazos y la cabeza sobre las rodillas de su abuelo mientras él le acaricia el pelo. Paloma sabe cuánta razón hay en sus palabras y se pone en el lugar de Miren, tantos meses esperando sin saber nada. De nuevo siente que cualquier cosa que le pase es poco para lo que se merece.

En esa posición se queda absorta y logra relajarse y quedarse un poco traspuesta hasta que la puerta se abre y Ángela entra con la bandeja de comida.

Paloma llega a su casa una hora más tarde y cuando está cerrando la puerta del garaje y se dispone a entrar, escucha como la puerta de la cancela se abre y el corazón se le desboca. Se gira pensando que es Miren, pero se sorprende al ver a Alba, su cuñada.

—Hola, Paloma —dice Alba sin contener la emoción.

La ertzaina sonríe con la misma emoción que su cuñada y las dos se abrazan afectuosamente antes de entrar en la casa.

—Siento mucho no haber venido a verte antes —se disculpa Alba—, si te soy sincera, no sabía cómo actuar. Lo de Miren..., bueno, lo que os pasa, no sé, yo la animé a salir con esa chica y ahora mira cómo estáis.

—La culpa no es tuya, Alba —dice Paloma mientras sirve dos tazas de café—, ni de Miren, ni de Jessica. Yo me fui sin dar explicaciones, es normal que Miren siguiera adelante.

Alba cabecea resoplando.

—Maldito momento en el que decidiste aceptar ese trabajo, Paloma —lamenta y suelta un bufido que levanta una servilleta de papel hasta hacerla volar.

Las dos la ven caer al suelo, pero ninguna se mueve para recogerla.

—Todos los actos tienen consecuencias, ¿no? —concluye Paloma resignada.

—Supongo que sí —contesta Alba—. ¿Tú cómo estás?

Paloma sonríe con amargura y encoge los hombros, está cansada de pensar en eso, en ella, en Miren, en lo que tuvieron y ya no tienen.

—Vaya pregunta —se reprende su cuñada apretando los labios en una mueca de disgusto.

—Tranquila, sobreviviré.

—Claro que sí. Miren me dijo que estabas de vacaciones —dice tratando de cambiar un poco el tema, lo que no sabe es que ese también perturba un poco los pensamientos de Paloma—. ¿No crees que a lo mejor sería conveniente que volvieras a trabajar? Todo el día sin hacer nada te vas a volver loca pensando, Paloma, hazme caso, a veces lo mejor es distraerse.

—Lo sé, pero ya no estoy segura de querer seguir siendo policía.

—Madre mía, ¿qué dices? —se sorprende Alba—, pero si a ti te encanta, Paloma.

—Me encantaba, ahora ya no lo tengo tan claro. Si Miren no quiere estar conmigo, nada de lo que tengo aquí tiene sentido, Alba, ni siquiera mi trabajo.

—Entiendo lo que dices, Paloma —dice y le coge la mano—, acabas de volver y todo tu mundo ha cambiado de manera abrupta, es normal que te esté costando ubicarte, pero a ti tu trabajo siempre te ha apasionado, es una de las cosas que siempre he envidiado de ti. No trabajas porque te pagan, trabajas porque te gusta, y eso no tiene precio. No tomes decisiones precipitadas, si cuando se te acaben las vacaciones no te apetece volver, te coges una baja y que te paguen, que para eso has estado fuera jugándote el pellejo.

Paloma sonríe y dibuja un mohín con los labios.

—Busca algo que hacer, Paloma, no te quedes en casa dándole al coco —le aconseja clavándole un dedo en la frente.

—Voy todas las mañanas a ver a mi abuelo —confirma ella.

—Eso está muy bien, ¿por las tardes qué haces?

—Me quedo aquí.

Paloma dibuja por primera vez una de sus sonrisas torcidas y traviesas admitiendo que no lo hace bien.

—Pues vete a pasear, que este pueblo nuestro es muy bonito. Porque tengo que volver a la clínica, de lo contrario, te arrastraba.

—Vale, te prometo que después saldré a caminar un rato.

—Así me gusta —aplaude su cuñada.

—¿Sabes algo de ella? —pregunta Paloma, que lleva conteniendo la pregunta desde que la ha visto.

—¿De Miren? No, cariño, no he hablado con ella si es lo que preguntas.

—Pero con Leire sí, que nos conocemos, Alba, tú no te vas a quedar con la preocupación en el pecho.

Alba se ríe y Paloma también lo hace.

—Miren está bien, Paloma, triste y afectada, pero bien.

—Vale —suspira la policía.

Capítulo 16

Paloma ha optado por hacer caso de su cuñada y sobre las cinco de la tarde, decide salir a estirar las piernas y dar un paseo por el pueblo, algo que ha estado evitando para esquivar miradas indiscretas y responder preguntas de las personas más descaradas. Se decide por la zona de la playa, el sonido del mar es algo que forma parte de ella desde que era pequeña y que logra calmarla en momentos de mucha tensión.

Se abrocha el anorak hasta el cuello, hace un poco de aire y tiene frío. Hunde las manos en los bolsillos y dando un paso tras otro, llega a la playa de Aritxatxu. Se detiene desde lejos sin llegar a pisar la arena y se queda quieta recorriendo cada rincón con la vista. Paloma tenía la intención de pasar de largo, en esa zona abierta siente el frío con más intensidad y si se detiene, la sensación de gelidez es mayor en su cuerpo, pero sus ojos se clavan en una figura que flota sobre el agua. Paloma entorna los ojos para enfocar mejor y no parpadea, perpleja.

Más allá de donde rompen las olas, hay una chica sentada sobre una tabla de surf, dejando que el mar la balancee sin hacer absolutamente nada. Paloma la ha reconocido por su melena rojiza y su gesto cohibido, pero se acerca hasta la orilla para corroborar asombrada que se trata de Jessica enfundada en un traje de neopreno. La ertzaina mira su reloj y se pregunta cuánto rato lleva ahí, sin moverse, sabe lo peligroso que es quedarse quieta, lo rápido que el cuerpo se enfría por mucho neopreno que lleve puesto. Comprende enseguida que Jessica no está ahí a esas horas para hacer surf, que solo ha ido a pasar el rato, a despejar la mente como ella, pero de un modo demasiado temeroso. Se gira hacia un par de chavales que se están fumando un cigarro junto a las rocas y se acerca.

—¿Cuánto lleváis aquí? —pregunta dirigiéndose a ambos.

—No sé, bastante —contesta uno de ellos receloso.

—¿Y ella? ¿Estaba cuando habéis llegado?

—¿La rarita? Sí, lleva ahí pasmada por lo menos media hora, igual espera a que su maromo venga a rescatarla en barco —dice el otro y los dos se ríen.

Paloma los ignora y se vuelve hacia la orilla, donde vocifera el nombre de Jessica varias veces hasta que consigue que la escritora se gire y la mire descompuesta.

—¡Sal del agua, Jessica! —le grita Paloma cuando por fin logra su atención.

Jessica la mira aturdida, tiene los huesos entumecidos y le tiembla la mandíbula por el frío.

—No me hagas entrar a buscarte, por favor —insiste Paloma dispuesta a hacerlo.

Con la mente abotargada y sin alcanzar a entender qué hace Paloma allí, Jessica se tumba sobre la tabla y comienza a bracear hasta la orilla, es solo entonces cuando se da cuenta del frío extremo que siente.

—¿Qué se supone que haces? —le pregunta Paloma todavía alucinada cuando la tiene delante.

Jessica no puede contestarle, ni siquiera puede sostener la tabla, que suelta para abrazarse el cuerpo mientras los dientes le castañean descontrolados. Paloma observa

asustada la palidez de su rostro y el color azulado de sus labios.

—¿Y tu ropa? ¿Has traído una toalla?

Jessica niega y señala hacia los edificios del otro lado.

—Vivo allí —logra decir.

—Joder —chasquea la lengua la ertzaina cada vez más alucinada—. Vale, desabróchate el neopreno —le ordena mientras ella hace lo mismo con su anorak.

La escritora lo intenta, pero las manos le tiemblan tanto debido al frío, que le resulta imposible atinar a coger la cremallera. Es Paloma la que toma la iniciativa y la baja, después tira de la parte superior del neopreno hasta dejárselo en la cintura y se queda mirando la camiseta térmica que lleva debajo. La ertzaina ya ha deducido que no lleva nada más porque se le marcan los pezones, pero si se la deja puesta, su plan para hacerla entrar en calor antes de que sufra un paro cardíaco, no sirve de nada, así que hace girar a Jessica para protegerla con su cuerpo de las miradas de los dos chavales y se la quita.

—Con esto entrarás en calor —dice y le pone su anorak subiéndole la cremallera hasta el cuello.

El alivio de Jessica es inmediato, la prenda conserva el calor del cuerpo de Paloma y sus músculos comienzan a relajarse provocándole una sensación reconfortante que agradece.

—Venga, te llevo a tu casa para que te metas debajo de la ducha y entres en calor —dice Paloma cogiendo la tabla.

Jessica la guía caminando rápido hasta su apartamento, es consciente del frío que hace y de que Paloma va sin abrigo. Mientras camina, intenta entender la extraña situación y no lo consigue, si hay alguien en todo el pueblo a quien no esperaba encontrarse, era a Paloma, pero si había algo que esperaba menos todavía, era que se detuviera a ocuparse de ella.

Cuando entran en el apartamento de Jessica, está frío y demasiado recogido. Ella se apresura a encender la calefacción y a ofrecerle la manta que tiene en el sofá a Paloma para que se envuelva en ella.

—Enseguida se calentará, mientras cúbrete con esto —dice y se la tiende.

—Olvídate de mí, métete ya debajo del agua caliente y no salgas hasta que hayas entrado en calor.

Turbada, Jessica obedece y Paloma se queda allí, observándolo todo con curiosidad. No sabe si es su instinto de policía o el de querer saber cómo vive la mujer que le ha arrebatado a la suya, pero Paloma, sin tocar nada, se mueve por el diminuto apartamento de la escritora. En la única habitación, encuentra la cama hecha y en la esquina donde tiene un escritorio con una mesa auxiliar y una pantalla secundaria, falta el ordenador. En la cocina todo está recogido, no hay rastro de ningún plato sucio del día o un vaso de café por la tarde, y eso sumado a lo frío que estaba el apartamento cuando han llegado, la hace deducir lo que la escritora le confirma cuando sale del baño y la descubre con el culo pegado a un radiador y la mirada clavada en el salón perfectamente ordenado, que Jessica no está durmiendo allí.

—Llevo unos días en casa de mi madre —confiesa y Paloma se sobresalta al verla.

Jessica está de frente, con el pelo húmedo y una mirada asustadiza y profunda que sobrecoge a la policía.

—¿Desde que se fue Miren? —indaga Paloma.

—Mi madre no se fía de que me alimente bien por voluntad propia, y yo no tengo

ganas de escucharla —admite con una mueca.

—Está bien dejarse cuidar de vez en cuando, Jessica —opina Paloma sin moverse de su sitio.

—¿A ti quién te cuida?

La pregunta no coge a Paloma en su mejor momento y siente una punzada de angustia sacudirle el pecho hasta dejarla inmóvil. Mira a Jessica a los ojos y le sonríe con una mueca triste que no puede disimular.

—Yo me voy apañando. ¿Me explicas qué mierda hacías en el agua con este frío? —cambia de tema Paloma.

Jessica suspira antes de contestar.

—Me calma, es el único sitio donde siento paz, aquí me ahogo —dice y señala su casa —, y en casa de mi madre también. ¿Te quieres sentar? Puedo hacer café, y tengo unas galletas muy buenas, las compro porque a...

Jessica detiene su argumento en seco y Paloma lo termina por ella.

—Porque a Miren le gustan.

—Sí, perdona —dice empuñecida.

—No pasa nada, me apetece ese café.

La ertzaina lleva días pensando en ir a disculparse con Jessica, se siente mal por haberse metido en medio de su relación, por no haber sabido parar cuando Miren la besó, por no haber detenido algo que no llevaba a ninguna parte y solo iba a provocarle más angustia, a ella y a todas. Ha tenido a Miren para ella de nuevo, ha vuelto a recordar lo que se siente al ser amada de esa manera y lo ha perdido todo con la misma rapidez que ha llegado, y de paso ha lacerado un poco más el corazón de la chica que tiene delante.

—¿Quieres azúcar?

La voz de Jessica la saca de sus cavilaciones. Paloma asiente y las dos se sientan en el sofá giradas para verse de frente, dejando un espacio entre ambas.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Paloma antes de dar un sorbo a su café.

Jessica la mira hipnotizada, debería odiar con todas sus fuerzas a la mujer que tiene delante, y no es solo que sea incapaz de albergar ese sentimiento hostil hacia ella, es que Paloma le cae bien y hay algo en ella que la hace sentir cómoda. Le gusta tenerla ahí, en su casa, a su lado, y eso la perturba.

—Sí, gracias por dejarme tu chaqueta.

A Jessica las mejillas le arden de repente cuando recuerda ese momento, cuando su torso ha quedado expuesto frente a Paloma.

—Lo que has hecho ha sido muy estúpido, Jessica —la reprende Paloma mirándola fijamente—, si te hubieras quedado más tiempo podrías haber sufrido hipotermia y haber muerto. ¿Entiendes eso?

—No tengo pensamientos suicidas si es lo que preguntas, Paloma. Sé que parezco débil y quizá lo sea, pero no quiero morir.

—¿Entonces?

—Solo quería seguir sintiendo paz un poco más de tiempo y que no me doliese el pecho al respirar como me duele a todas horas.

De nuevo, y como comienza a ser habitual, Paloma es capaz de reproducir ese dolor dentro de sí misma a un nivel insoportable, tal vez porque es el mismo que siente ella a todas horas y que por algún motivo se dobla cuando está en presencia de la escritora.

—Sé de lo que hablas, y siento mucho la parte que me toca, Jessica. Hace días que quiero disculparme contigo.

—¿Por acostarte con tu mujer? —escupe Jessica con una sonrisa cansada.

Paloma carraspea incómoda.

—Miren solo es mi mujer porque lo dice un papel, Jessica, ahora está contigo y yo no tenía ningún derecho a hacer lo que hice, te pido perdón por eso, pero sobre todo por el daño que te ha causado mi vuelta. Yo no pretendía que pasara nada de esto, te lo juro.

—No me extraña que Miren no pueda desenamorarse de ti —espeta Jessica con los ojos encharcados.

A Paloma su argumento la desarma por completo y movida por una fuerza que le anula el juicio, se acerca para abrazar a Jessica y consolarla entre sus brazos. El abrazo se convierte en algo que las desconcierta a ambas, la intensidad con la que las dos mujeres se aprietan no es normal, y el modo en el que Jessica enreda una de sus manos en el pelo de Paloma y hunde la cabeza en el hueco de su cuello tampoco. Su calor y el aroma suave de su piel la embriagan y Jessica no puede reprimir el impulso de darle un suave beso por debajo de la oreja. Paloma nota como la corriente le recorre la columna y sus brazos se cierran con más fuerza sobre el cuerpo de la escritora hasta que baja la cabeza buscando el roce de su mejilla.

Sus labios se abren solos cuando coloca una mano en el cuello de Jessica y la separa de ella lo suficiente como para poder mirarla a los ojos. A Jessica le tiembla el labio inferior y tiene la mirada clavada en los labios húmedos de Paloma.

—No lo hagas, Jessica —le susurra Paloma tragando saliva, pero Jessica ya ha sucumbido al magnetismo de la ertzaina.

En cuanto Paloma la ha tocado y la ha apretado contra ella, en su cuerpo ha despertado una necesidad de contacto profundo que no había sentido nunca. No sabe qué le pasa con la mujer que tiene delante, pero es incapaz de pensar en otra cosa que no sea tenerla, quiere tocarla y que la toque, jadear entre sus manos y embriagarse con sus gemidos. Cuando Paloma le roza los labios con un dedo, dejándose llevar por un deseo desconocido y enfermizo que la escritora está despertando en ella, Jessica siente una sacudida en el vientre y su sexo se contrae de excitación.

—No puedo parar —confiesa en un susurro que estremece a Paloma.

La ertzaina, incapaz de contener el ansia repentina que siente, se inclina hacia delante y estrella sus labios sedientos contra los de Jessica, que abre la boca y la recibe dejando que su lengua explore cada rincón de su cavidad como si fuera suyo. Las brasas se han encendido como si hubiera saltado una chispa y solo tienen un modo de apagarlas. Paloma se incorpora un poco y clava una rodilla dominante que se abre hueco entre las piernas de la escritora.

Jessica siente que el cuerpo se le deshace de deseo, un deseo desconocido y visceral que la sacude desde lo más profundo. Se deja caer hacia atrás agarrada al cuello de Paloma para asegurarse de que se la lleva con ella y gime de satisfacción cuando la policía presiona su sexo con el muslo.

—Dime que pare, Jessica... —le suplica Paloma encima de ella, mientras su mano, hábil y decidida, se cuela entre sus cuerpos y empieza a desabrocharle el pantalón.

Jessica no ha sentido nunca nada parecido, la excitación le resulta insoportable y la ansiedad porque ese ardor que siente sea calmado, le ha nublado el juicio y no le permite

pensar en nada que no sean las manos o los labios de Paloma sobre ella.

—Jessica... —insiste Paloma cuando sus dedos encuentran la abundante humedad de la escritora.

—No quiero que pares, no quiero —gimotea Jessica ebria de placer.

La mente de Paloma se desconecta en ese momento y la poca cordura que le queda la deja de lado para entregarse plenamente a ese deseo agónico que ha explotado entre ambas sin que ninguna lo haya visto venir. Durante el resto de la tarde, a veces hacen el amor y otras simplemente follan y se dan placer como animales. Cuando Jessica está excitada, pierde toda esa timidez y vulnerabilidad que la caracterizan en su estado normal y se deja llevar por un lado salvaje que tiene a Paloma enferma. En algún momento, se han puesto de pie y Jessica ha rodeado la cintura de la ertzaina con las piernas mientras esta se hunde en ella con los dedos sin descanso. La espalda de la escritora impacta contra la pared una vez tras otra mientras sus gemidos se derraman por el cuello de Paloma, que mantiene un ritmo frenético hasta que Jessica no puede contenerse y un orgasmo explosivo y prolongado la deja desmadejada sobre el cuerpo de Paloma.

La ertzaina, agotada como no recuerda haberlo estado desde hace mucho tiempo, se la lleva en brazos hasta la cama y allí se tumban, se tapan y se quedan profundamente dormidas.

Capítulo 17

Paloma lleva media hora vestida, sentada en un *puff* de almacenaje que Jessica tiene junto a la cómoda a los pies de la cama. Ha amanecido hace rato y la luz del día se cuela a través de las rendijas del porticón de la ventana.

La policía tiene la mirada clavada en el bulto que dibuja el cuerpo de Jessica bajo el edredón mientras un nudo de ansiedad le va oprimiendo el pecho cada vez más fuerte. Ha pensado en irse, en salir corriendo y no mirar atrás, pero algo la frena, lo mismo que le duele la retiene, y no entender por qué le pasa eso está acabando con la poca cordura que le queda.

El ruido escandaloso del camión de la basura despierta a Jessica, que remolonea bajo la ropa de la cama unos segundos hasta que sus ojos se abren de forma abrupta cuando recuerda todo lo sucedido la tarde anterior. Estira el brazo nerviosa y enciende la luz de su mesilla para dar más claridad a la habitación. Lo primero que hace es girarse hacia el otro lado de la cama para comprobar si Paloma sigue ahí, al no verla no sabe si siente alivio o añoranza, y la culpa comienza a ceñirse sobre ella como una garra que la asfixia.

—Sigo aquí —anuncia Paloma con voz suave, tratando de no asustarla.

Jessica ladea la cabeza enfocando al fondo de la habitación y la mira boquiabierta, moviéndose por la cama hasta que se sienta apoyando la espalda en el cabezal y se cubre con el edredón aplastándolo bajo sus brazos. Las dos se miran compartiendo la misma sensación de angustia, Paloma no necesita preguntarle a Jessica cómo se siente porque lo percibe, y lo mismo le pasa a la escritora. La culpa las ahoga, las dos han traicionado a Miren como si las cosas no estuvieran ya complicadas de por sí.

—Madre mía —solloza Jessica llevándose una mano a la boca, horrorizada al comprender la magnitud de lo que ha pasado.

Paloma no se mueve de su sitio, se mantiene quieta, a la espera, alucinada y sorprendida de sí misma por la frialdad que es capaz de demostrar en situaciones tan delicadas como esta. Por eso no se ha marchado, porque Jessica no es como ella, la escritora va a romperse y Paloma quiere estar ahí para evitarlo.

—Miren me va a odiar —dice Jessica, ajena a los pensamientos de Paloma.

Durante los siguientes minutos Jessica se queda ida, con la mirada clavada en el bulto que forman sus piernas en la cama mientras Paloma intenta concentrarse en relajar la respiración para que deje de dolerle el pecho. Que sea capaz de mantener la cabeza fría en situaciones determinadas no significa que no le afecten, de hecho, Miren solía enfadarse con ella cuando hacía eso, porque decía que era peor contener las emociones que dejarlas salir.

Paloma apoya la espalda en la pared y el codo sobre la cómoda para poder así apoyar la barbilla sobre la mano mientras observa con gesto pensativo a la escritora.

Cuando Jessica logra serenarse un poco, alza la mirada y la clava en la mujer con la que ayer se fusionó de un modo inesperado, uno que la llevó a perder el control de manera irracional, a dejarse llevar por esa repentina atracción que erupcionó entre ambas.

Es solo cuando logra alejar toda la culpa por un momento, cuando es realmente

consciente de que para Paloma todo sería mucho más sencillo si se hubiera marchado cuando se ha despertado. Pero está ahí, frente a ella, afrontando una situación que a Jessica se le escurre entre los dedos.

—¿Por qué no te has ido? —pregunta la escritora y se aclara la voz al ver que casi no le sale.

—Me iré cuando me digas que me vaya —contesta la ertzaina con aplomo y se mantiene en la misma postura.

Jessica la mira reflexiva, intentando imaginar todas las variables. Necesita respuestas, algo que le dé un sentido lógico al desenfreno y la locura de la tarde anterior.

—¿Lo hiciste para vengarte de Miren? —pregunta Jessica angustiada.

Paloma la mira con incredulidad al principio, después con cierta decepción.

—Yo no, ¿querías vengarte tú?

Que le devolviese la pregunta no era algo con lo que Jessica contase y es entonces cuando se da cuenta de lo injusta que ha sido, los ojos se le encharcan cuando niega concienzuda. Ella tampoco buscaba venganza. Mira a Paloma y el agua le resbala por la cara, está tensa, de repente se acaba de dar cuenta de que la necesita, quiere que la policía la abrace, y tomar conciencia de eso termina de rematarla.

—¿Querías vengarte de mí?

Ahora es un sollozo lo que escapa de su boca, un sollozo triste que Paloma vuelve a absorber como suyo, y es ahí cuando comprende que las preguntas de Jessica no son para herirla, son porque la herida es ella, porque la necesita y no se atreve a decirlo.

—No, nena... —susurra Paloma y se levanta para sentarse a su lado en la cama—, lo hice porque me iba a volver loca si no te tocaba —declara aplastante y la atrae hacia ella en un gesto posesivo y algo brusco para abrazarla.

A Jessica el corazón deja de latirle unos instantes antes de que se aferre a su cuerpo como a un salvavidas y suspire sintiéndose a salvo, apoyando la cabeza sobre su pecho mientras se concentra ceñuda en los latidos desbocados del corazón de Paloma.

—¿Por qué lo hiciste tú, Jessica?

La escritora contiene la respiración y la mira.

—Porque me ardía la piel cuando me mirabas.

Ahora es Paloma la que no puede respirar y coloca una mano sobre el rostro de Jessica para mantenerla pegada a su pecho. Sabe que no deben, que si no se separa va a volver a pasar, así que le besa la cabeza y se levanta para sentarse a los pies de la cama, apoyando los codos sobre las rodillas con cansancio.

—No se lo cuentes —dice, y se ve repitiendo la misma conversación que tuvo con Miren días atrás.

—No puedo hacer eso —lamenta Jessica angustiada.

Esta vez la actitud de Paloma cambia, ahora no es un consejo como hizo con Miren, es una exigencia, porque Jessica era una desconocida, pero Miren es su mujer y no quiere hacerle daño.

—Debes hacerlo, Jessica. Yo ya la he perdido, no la pierdas tú también —dice con la certeza de que Miren no volverá con ella.

No sabe por qué piensa así, pero no se quita esa idea de la cabeza desde que Miren se marchó. Paloma le falló de la peor de las maneras y Jessica, además de ser una chica encantadora, representa toda la seguridad que Miren no puede tener al lado de Paloma.

—Miren puede estar todo lo confusa que quieras, pero está contigo —sigue relatando la policía—, cuando las dos estábamos aquí, ella eligió quedarse a tu lado y no al mío.

Jessica la mira sobrecogida por la rotundidad con la que habla.

—Si se lo cuentas le harás mucho daño y es posible que la alejes de ti. Ella te engañó a ti y tú a ella, estáis en paz, Jessica, deja las cosas así y seguid con vuestra vida donde la hubierais dejado cuando yo volví, hazme caso.

—¿Eres partidaria de mentir? —pregunta la escritora intrigada, intentando conocer un poco más a la mujer que tiene delante.

—Si es por una buena razón, sí. Tú quieres a Miren y ella a ti, has cometido un error, igual que ella.

—¿Y tú?

—Yo soy el error de ambas —dice, y al escuchar sus propias palabras la sobrecoge esa verdad demoledora.

—No digas eso —la reprende Jessica ceñuda.

Paloma niega y esta vez son sus ojos los que se encharcan de manera repentina.

—La verdad es que me siento como una mierda, y un poco puta también —admite y suelta una risa nasal antes de sorberse los mocos y apartar la mirada.

Jessica, impactada, repta por la cama y se abraza a ella desde atrás, cruzando sus brazos sobre el pecho de Paloma y apoyando la cabeza sobre su hombro derecho.

—No eres ni una cosa ni la otra —afirma Jessica con convicción absoluta.

—Primero me acuesto con ella y después contigo, parezco una jodida buscona, desesperada y capaz de cualquier cosa para que su mujer vuelva a su lado.

—Yo no pienso eso de ti. Si eso fuera cierto, no me estarías diciendo que se lo ocultase. Eres una mujer extraordinaria, Paloma, no sé qué tienes; pero magnetizas. Yo debería odiarte con todas mis fuerzas, para mí todo resultaría mucho más fácil si lo hiciera, pero no puedo, y supe que no podría en cuanto te vi en el centro de salud. Te vi por dentro, Paloma, no me preguntes cómo, y eres buena, por eso Miren casi enloqueció cuando desapareciste, y por eso yo no quiero tenerte lejos aunque tu presencia sea la causante de todos mis males.

Paloma sonríe y le da un beso en el dorso de la mano justo en el momento en el que el timbre de la casa suena y las dos se sobresaltan.

—Debe ser mi madre —dice Jessica abriendo los ojos de par en par, entre tanta fogosidad, olvidó por completo avisarla de que se quedaba a dormir en su apartamento.

La ertzaina eleva las cejas y mira a Jessica, cuyo cuerpo solo está cubierto por una camiseta de tirantes por la que se le sale un pecho.

—Yo estoy vestida. Le abriré y le diré que he venido a traerte algo, tú ve al baño a vestirme —decide Paloma con rapidez.

A Jessica le parece un buen plan y la única opción posible. Ella corre al baño y Paloma sale al salón dispuesta a abrirle, pensando con alivio que menos mal que cuando se ha levantado y ha salido para recuperar su ropa esta mañana, ha recogido la de Jessica y la ha dejado en la habitación. Paloma se atusa el pelo y carraspea un segundo antes de abrir la puerta y encontrarse al otro lado con Maite Raizabal.

De nuevo, sus cejas vuelven a arquearse y se queda muda, no se esperaba que ella fuera la madre de Jessica.

—Paloma... —dice la madre de Jessica extrañada.

La mujer entra y Paloma se hace a un lado antes de cerrar la puerta.

—¿Dónde está Jessica?

—En el baño, creo que tiene la barriga un poco descompuesta —dice turbada, desconcertada por la presencia de la mujer.

Maite la mira con desconfianza, sabe el papel que juega Paloma en el problema de su hija y teme que haya ido allí para pedirle que se aparte de su mujer o amenazarla de cualquier forma.

—¿Qué haces aquí, Paloma?

Son pocas las veces que la ertzaina se ha quedado sin respuestas, pero esta es una de ellas. Es incapaz de improvisar nada, recuerda a Maite de verla las veces que iba de visita al barco de su abuelo y de patrullar por el puerto, y no sabe por qué le impacta tanto que ella sea la madre de Jessica, quizá sea por la de veces que fantaseó con que ella y su abuelo fuesen algo más que compañeros de trabajo, Paloma no tenía madre, y Maite Raizabal le caía bien.

—La he llamado yo, mamá —dice Jessica al salir del baño—, quería aclarar algunas cosas con ella.

—Entiendo —dice su madre sin terminar de creerla—. Pudiste avisarme de que no vendrías, estaba preocupada.

Cualquier otra madre estaría montando un drama o habría enviado a los bomberos y la policía hace horas, pero Maite no, ella no es así, expresarse le cuesta y Paloma concluye que en cuanto a sentimientos, Jessica ha debido salir a su padre.

—Yo ya me voy, os dejo con vuestras cosas —dice Paloma.

Jessica asiente, pero cuando Paloma va a coger su bolso, se da cuenta de que el móvil lo tiene en la habitación.

—Me falta el teléfono —le susurra a Jessica en voz baja.

A la escritora se le detiene el corazón cuando la escucha, pero enseguida improvisa algo.

—Espera, te doy las llaves de Miren. Ven.

Jessica coge a Paloma por la muñeca y la arrastra hasta la habitación. En cuanto entran, a las dos se les escapa la risa y Paloma se queda hipnotizada con la frescura de Jessica, algo que no había visto hasta ahora.

—Piensa en lo que te he dicho —le susurra cuando recupera su teléfono y contiene las ganas de empujarla sobre la cama y arrancarle la ropa que acaba de ponerse.

A Jessica se le deshace la entrepierna cuando ve cómo la mira y contiene la respiración.

—Lo haré si me prometes que dejarás de pensar que eres un error, para mí no lo fuiste. Me arrepiento de lo que hice, pero no de que fuera contigo, es algo raro —explica Jessica con una mueca, intentando no pensar en lo que le está pidiendo el cuerpo.

—Ya, a mí me pasa algo parecido —corroborra Paloma y se dispone a salir de la habitación.

—Dilo —la detiene Jessica.

—¿Decir qué?

Su mano la tiene sujeta como una garra, y Paloma nota que la piel le quema incluso a través de la ropa.

—Que no eres un error —exige la escritora.

Después de echar un vistazo hacia el exterior y confirmar que Maite sigue en el salón, Paloma la arroja con su cuerpo y le da un beso en los labios que deja a Jessica tambaleante.

—No soy un error —le susurra en la boca, al borde del colapso—. No seas tú una estúpida, Jessica, hazme caso.

Paloma vuelve a besarla para despedirse y las dos se miran sabiendo que no han de verse más. Después se dirige hacia el pasillo con celeridad, como si tuviera prisa a pesar de que su única motivación es llegar a su casa y darse una ducha antes de marcharse a ver a su abuelo Markel.

Capítulo 18

—¿A qué juegas, Jessica? —pregunta Maite unos segundos después de que Paloma se haya marchado.

Jessica se gira hacia su madre notando que el corazón se le desboca y el calor le sube hasta hacerle arder las mejillas.

Se siente turbada, la presencia de Paloma le infunde una fuerza que la hace sentir a salvo, pero ahora está sola y su madre la ha descubierto.

—A nada —responde tratando de ganar tiempo.

Maite no está acostumbrada a lidiar con este tipo de situaciones, no las ha vivido y tampoco ha sido de meterse en la vida de su hija. Esta es la primera vez que están tan unidas, y también la primera que Jessica recurre a ella y que ella siente que lo está haciendo bien, por eso cuando se da cuenta de que su pequeña se está metiendo en la boca del lobo de un modo tan absurdo, le entran ganas de sacudirla y preguntarle si se ha vuelto tonta.

—¿Te estás acostando con Paloma? —pregunta sin marear la perdiz.

—No —miente Jessica, y su madre lo nota.

—No es lo que me ha parecido —dice y se deja caer en el sofá, incrédula, incapaz de entender qué es lo que ha llevado a su hija a cometer semejante estupidez.

—Me la encontré en la playa y vinimos aquí para hablar —le explica su hija sentándose a su lado.

Jessica tampoco se entiende a sí misma, sigue sin saber de dónde nace esa atracción tan fuerte que sintió ayer por Paloma, en qué momento se forjó ni hasta dónde llega. Ella quiere a Miren y está enamorada, sobre eso no tiene ninguna duda, pero cuando Paloma la ha besado hace unos minutos, ha vuelto a sentir ese chispazo dentro del pecho y ahora la echa de menos, si alguien no la ayuda a comprender por qué le pasa eso, se va a volver loca. Esa es su única certeza ahora mismo.

—Pasó sin más, no lo buscamos ninguna de las dos, te lo prometo —admite finalmente, haciendo botar una pierna de manera convulsiva.

—Madre mía, Jessica —dice su madre, horrorizada—. Es la mujer de Miren, ¿en qué pensabas? Es que te juro que no te entiendo.

—Ya, yo tampoco —dice cada vez más nerviosa, más hundida.

Es consciente de su equivocación, de que, aunque le gustaría seguir el consejo de Paloma, es posible que no sea capaz de hacerlo y termine por confesarle la verdad a Miren.

—Yo no puedo competir con Paloma —dice y rompe a llorar desolada.

Su madre se queda petrificada sin entender a qué viene eso, pero se acerca a ella y con delicadeza y mimo, le pasa un brazo sobre los hombros.

—Esto no es una competición entre Paloma y tú, las dos amáis a la misma persona, pero no depende de vosotras su decisión, es Miren la que debe elegir entre ambas, y me vas a perdonar, hija —apunta Maite—, pero acostarte con Paloma ha sido lo más estúpido que podías haber hecho. ¿Cuánto crees que tardará en contárselo a Miren?

—Paloma no hará eso —se tensa Jessica, que no sabe por qué le ofende tanto que su

madre desconfíe así de ella.

—¿Cómo estás tan segura de que no se ha aprovechado de ti? Tienes que ser más lista, Jessi. Se acostó con Miren y sembró la duda entre vosotras, la hizo replanteárselo todo, y ahora se acuesta contigo para terminar de rematar la faena. ¿Qué crees que va a hacer Miren cuando se entere de esto?

La escritora llora a moco tendido, pero no pierde detalle de nada de lo que dice su madre, la escucha con atención, absorbiendo cada palabra. Ella también lo ha pensado, lo pensó ayer cuando cayó agotada en su cama junto a Paloma y lo ha vuelto a pensar esta mañana en cuanto ha tomado conciencia de lo sucedido, pero la actitud de la ertzaina durante todo el rato que han estado juntas la hace dudar mucho, Jessica confía en Paloma aunque no sepa por qué, y si la traiciona no lo soportará.

—Paloma dice que no se lo cuente, que ella tampoco lo hará.

Maite suelta un bufido y lamenta que su hija sea tan inocente.

—Claro que no quiere que se lo cuentes, Jessica, así se te adelanta ella ante Miren y no solo quedas como una mujer infiel, sino que, también quedarás como una mentirosa. Es una jugada maestra.

A Jessica va a explotarle la cabeza cuando se abraza a su madre con fuerza para seguir llorando. Sabe que Maite tiene razón, que Paloma puede jugar esa carta y ella estará perdida. Se siente exhausta, sin fuerza para seguir pensando, así que se acurruca en su regazo y cierra los ojos intentando que la calma llegue a ella. Maite Raizabal se ocupa de eso, la aprieta con fuerza contra ella con una mano y con la otra le acaricia el pelo. Así pasan varios minutos, en absoluto silencio, hasta que Jessica abre los ojos buscando la mirada de su madre y la encuentra. Entonces las dos sonríen, la hija con tristeza, la madre comprensiva. Jessica ha tomado una decisión.

Capítulo 19

—¿Igual? —pregunta Alba suspirando.

Miren la mira y encoge los hombros. Acaba de llegar a casa de su hermana desde San Sebastián. Ha perdido la cuenta de los días que llevaba allí y su mente sigue con la misma confusión con la que se marchó. Sigue pensando en ambas y por más que pasan los días, eso no cambia, por lo que ha llegado a la conclusión de que no tiene sentido seguir en casa de su amiga Leire y ha decidido volver a Mundaka.

—A lo mejor necesito terapia, o romper definitivamente con Jessica y quedarme sola —resopla y los mofletes se le inflan.

—No sé qué decirte, Miren, es complicado. Quizá lo de ir a terapia no sea una mala idea, una visión global y desde fuera puede ser lo que necesitas —opina su hermana, sintiéndose impotente por no poder hacer nada.

Miren asiente y se aparta el pelo de la cara, no quiere seguir sintiéndose así ni que la situación tensa que las tres viven se prolongue más de la cuenta. Debe tomar una decisión y debe hacerlo pronto.

—Buscaré uno —concluye convencida.

—Preguntaré por ahí a ver si alguien sabe de alguno bueno —dice Alba y mira su reloj. Tiene que volver al trabajo.

—Me voy a casa, hablamos mañana —dice Miren levantándose.

—¿Has avisado de que has vuelto?

—No, a ninguna. A Jessi le enviaré un mensaje ahora y me pasaré por su apartamento esta noche para cenar si ella quiere. A Paloma la veré ahora en casa, supongo —dice antes de irse.

A Paloma los días se le están haciendo eternos, ya hace cuatro que salió del apartamento de Jessica y no ha vuelto a verla, aunque sí que ha pensado en ella casi tanto como en Miren. Vuelve a comprobar el móvil como suele hacer a diario cada pocas horas con la esperanza de que su mujer haya dado señales de vida, aunque sea por mensaje, pero su teléfono no tiene ninguna notificación nueva cuando lo desbloquea. Paloma se queda absorta observando la foto que tiene de fondo de pantalla, donde salen Miren y ella tiradas en el sofá de su casa sonriendo.

Expulsa un suspiro de añoranza y el corazón se le acelera cuando escucha el tintineo de las llaves al otro lado de la puerta. Paloma se pone en pie como expulsada por un muelle del sofá y se queda tesa en el sitio cuando Miren cruza la puerta arrastrando la maleta con la que se marchó.

Las dos se miran sintiendo esa increíble conexión que siempre ha existido entre ambas.

—Hola, Paloma —sonríe Miren feliz de verla.

Cierra la puerta a sus espaldas y deja la maleta a un lado.

—Hola.

El saludo de Paloma sale ronco de su garganta y es casi inaudible, para ella la vuelta de Miren significa ese momento de inflexión en el que su matrimonio se va a romper del todo, en el que han de tener esa conversación definitiva para decidir qué hacen con las cosas que comparten. Tiene la mirada borrosa y le duele el pecho, por eso, cuando Miren se acerca y la abraza, ella no se mueve, tiene los músculos en tensión y el cuerpo rígido como un palo porque se quiere mantener serena. El calor de su mujer la reconforta y por unos segundos cierra los ojos, entonces aparece ante ella la culpa por lo sucedido con Jessica y le pasa por encima como una apisonadora.

—¿Qué te pasa? —se preocupa Miren.

Paloma menea la cabeza de lado a lado y expulsa el aire en un intento de sonreír.

—Nada, me alegro de verte —dice y le frota el brazo con afecto.

—Pues no lo parece —sonríe Miren y hace una mueca antes de acariciarle la mejilla.

Paloma se sienta en el reposabrazos del sofá y la mira encogiendo los hombros, para ella es obvio, si Miren quisiera que ambas se dieran otra oportunidad, la habría besado en los labios, pero ni siquiera ha sido capaz de darle un beso en la mejilla, y comprender esa verdad acaba de hundirla del todo.

—Bueno, si has vuelto es porque has tomado una decisión definitiva, y no sabía que el momento de la verdad me iba a afectar tanto —dice y le muestra el temblor de sus manos.

Paloma no se encuentra bien, siente flojera en el cuerpo y tiene la sensación de que si se levanta se podría desplomar. Miren, compungida porque no sabe qué hacer para aliviar a su mujer, arrastra una silla y se sienta cerca de ella, mirándola de frente.

—Si te digo que vuelvo igual que me fui, ¿me crees?

La policía la mira un poco sorprendida, para ella las cosas ya están claras, pero no tiene tiempo de decirle lo que piensa a Miren porque el timbre de su casa suena y las sobresalta.

—¿Has quedado con alguien? —le pregunta Miren a Paloma.

—No —niega rotunda.

Miren se levanta y Paloma la sigue con la mirada hasta que llega a la puerta y la abre. Las dos se quedan paralizadas al ver a Jessica al otro lado. Miren reacciona y sonríe feliz de verla, tiene ganas de abrazarla y de besarla, pero se contiene por respeto a Paloma.

La ertzaina nota las pulsaciones desbocadas y por un momento piensa en levantarse y encerrarse en la habitación para dejarlas a solas, pero está paralizada mirando a Jessica, percibiendo el nerviosismo y la angustia de la escritora como si fuera algo suyo. Otra vez.

—¿Qué haces aquí, Jessi? —pregunta Miren haciéndola pasar.

La escritora entra cohibida y temblorosa, desde que ha recibido el mensaje de Miren avisándola de su regreso y la intención de verse esta noche, no ha dejado de cuestionarse si la decisión que tomó la otra mañana junto a su madre es la correcta, pero sabe que debe hacerlo por su bien y ahí está, decidida a ello, con lo que no contaba es con que Paloma estuviera justo detrás, mirándola pasmada.

—Quería hablar contigo —dice con toda la firmeza que es capaz de reunir.

A ella también le tiembla todo, incluso la voz, pero no tiene intención de echarse atrás y, aunque le resulte desconcertante dadas las circunstancias y lo que viene a decir, la presencia de Paloma le infunde valentía.

—Os dejo solas —anuncia la policía.

Paloma se levanta, turbada, tiene ganas de vomitar y siente frío, como si su cuerpo

fuese el encargado de expresar a través de un estado febril toda esa angustia que ella trata de esconder. Se encuentra cada vez peor.

—No, quédate —dice Jessica de repente, con una seguridad bastante sorprendente en ella.

Paloma deja de respirar y se deja caer de nuevo sobre el reposabrazos del sofá con gesto derrotado, llegando a la conclusión de que Jessica está allí para confesar ese escarceo que hubo entre ambas.

Las dos cruzan la mirada un segundo y Paloma hace un mohín con los labios, respeta que quiera ser sincera con Miren, aunque en su opinión se esté equivocando. Se toca la frente de manera inconsciente, siente escalofríos y no sabe si tiene fiebre.

—¿Qué pasa, Jessica? —indaga Miren, que se está poniendo nerviosa.

La escritora la mira y deja salir todo el aire de sus pulmones hasta quedarse completamente vacía.

—Se acabó, Miren, me retiro —espeta en tono neutro.

A Miren se le congela la respiración y Paloma abre la boca para protestar, pero se queda muda.

—Te dejo el camino libre. Haz tu vida con Paloma, os merecéis otra oportunidad —remata Jessica.

Tras eso, se da la vuelta y agarra el pomo para abrir, pero Miren la retiene cogiéndola del brazo mientras Paloma observa la escena incapaz de procesarla.

—No hablas en serio —dice Miren turbada, con los ojos anegados y el labio temblando, tratando de contener un llanto casi inminente.

—Muy en serio —se zafa Jessica sin esfuerzo, Miren está tan descolocada que ha perdido la fuerza en todo el cuerpo—. Sé feliz, Miren.

A punto de ahogarse en su propia agonía, Jessica logra abrir la puerta y se marcha con la intención de no volver a pisar nunca más esa casa.

Miren se queda con el brazo suspendido en el aire y los ojos clavados en la puerta cerrada. No entiende qué es lo que acaba de pasar, lo que sí que entiende es que se siente rota por dentro. Ha pensado muchas veces estos días en dejar a Jessica y dar otra oportunidad a su relación con Paloma, y si no ha sido capaz de decidirse ha sido precisamente por lo que le está pasando ahora, porque la idea de imaginarse sin Jessica le provocaba vértigo, el mismo vértigo que la ausencia de Paloma.

Amargada, cae de rodillas al suelo lamentando su desgracia. El acto de Jessica debería servir para hacerla sentir mejor, le ha ahorrado tener que decidir, pero Miren está desolada y un llanto histérico comienza a brotar de su garganta mientras Paloma, todavía sentada, siente que las paredes de la casa se derrumban sobre ella. La pena de Miren no es más que otra confirmación de su amor por Jessica, el mazazo definitivo para que su corazón quede hecho añicos por completo. De un plumazo, las dos mujeres han desaparecido de su vida, todavía no tiene claro lo que significa Jessica para ella, pero su ausencia también le duele.

Tras varios segundos asimilando ese hecho, Paloma traga saliva y la frialdad se adueña de ella cuando se levanta y se acerca a Miren para intentar consolarla.

—¡No me toques! —se zafa Miren levantándose y girándose hacia ella—, esto es culpa tuya —la acusa llorando con desesperación—. Todo esto lo has provocado tú, Paloma. ¡Todo! —vuelve a gritar.

Paloma da un paso atrás y se queda paralizada unos segundos, sintiendo como los ojos

dolidos de Miren se le clavan como dos alfileres oxidados en el centro del pecho.

—Tienes razón —dice tras unos segundos de silencio, con una mirada glacial desconocida para Miren.

Paloma coge su anorak y se marcha antes de que la que todavía es su mujer, pueda contestar nada.

Capítulo 20

Paloma no se ha marchado de su casa para que le dé el aire ni porque esté ofendida o dolida por la acusación que Miren acaba de verter sobre ella —que lo está— se ha ido porque tiene un objetivo claro, una idea que le ha atravesado la mente cuando Miren le gritaba y que piensa llevar a cabo.

Traga saliva y no permite que sus ojos suelten algo más que un poco de humedad. Se pasa los dedos y aprieta con fuerza secándose mientras abre la puerta del garaje y se sube en el coche. Enciende el motor y no espera ni un segundo a que el coche se caliente un poco, se pone en marcha y sale de la casa porque tiene miedo de que Miren salga y la detenga. No lo ha hecho, lo sabe porque se ha parado en la calle, esperando a que el temblor de sus manos se calme y los latidos desbocados de su corazón se normalicen un poco.

Cuando se siente un poco más tranquila y a pesar de lo mal que se encuentra, conduce hasta la calle donde vive Jessica con la esperanza de que esté en su apartamento y no se haya marchado a casa de su madre. Paloma no encuentra aparcamiento cerca y en el fondo lo agradece, los cinco minutos que pasa caminando hasta que llega a su portal, le han servido para que el aire frío la despeje y la cabeza no le duela tanto como lo estaba haciendo.

Aprovecha que un vecino entra para colarse en el edificio y subir hasta el rellano en el que vive la escritora. Cuando está frente a su puerta, el corazón se le acelera de un modo incontrolado, ya sabe que está en casa, no porque se escuche ruido al otro lado, es porque Paloma se ha quedado tanto tiempo meditando si llamar o dar media vuelta, que la luz de la escalera se ha apagado y ha visto que por debajo de la puerta se aprecia un leve hilo de luz.

La ertzaina suelta un bufido y sin darle más vueltas, llama al timbre. Jessica está sentada en una silla aferrada a un vaso de agua que intenta beber a pequeños sorbos para disolver el nudo que la ahoga. No hace mucho que ha llegado, apenas unos pocos minutos, y no ha tenido tiempo de recomponerse del disgusto. Su intención es calmarse y darse una ducha caliente, ponerse el pijama y cobijarse bajo una manta mientras busca algo en la televisión que logre distraerla. Desde que pasó lo de Paloma, vuelve a dormir en su casa, aunque va a comer con su madre para que se quede tranquila.

El timbre vuelve a sonar y ella mira la puerta, en su opinión, solo pueden ser dos personas, Miren o su madre, y no quiere hablar con ninguna, pero ante la insistencia de un nuevo timbrado, finalmente, se levanta y abre lo justo para ver a Paloma al otro lado. Jessica siente que el corazón se le revuelve encabritado dentro del pecho e intenta cerrar la puerta de un portazo, pero la policía es más rápida y mete un pie para impedirlo. Por mucha fuerza que Jessica ejerce para que lo quite, Paloma no lo hace y empuja la puerta hasta que la abre, entra y vuelve a cerrar a sus espaldas.

—¡Vete! —le grita Jessica y la empuja con rabia.

Paloma nota la presión de sus manos sobre el pecho y pierde un poco el paso yéndose hacia atrás. Jessica va tras ella y sigue empujando hasta que la puerta les acaba bloqueando el paso a ambas.

—Lárgate —solloza Jessica con los ojos encharcados.

Intenta apartar el cuerpo de Paloma para abrir la puerta y echarla, pero la policía le coge la mano y las dos forcejean absurdamente en una batalla que la escritora tiene perdida desde el principio, hasta que Paloma se cansa y con un movimiento seguro, la atrae contra su pecho y la abraza con fiereza. Jessica se remueve unos segundos, pero necesita tanto ese abrazo, que enseguida se rinde y se aferra con fuerza al cuerpo de la ertzaina. La escritora llora compungida, no es un llanto escandaloso ni desesperado, es algo sereno, algo silencioso que Paloma —como siempre hace con ella— absorbe en su interior sintiéndolo como suyo. La policía traga saliva mientras la consuela, está rota por dentro, pero sigue empeñada en que su dolor es solo suyo y en que no tiene derecho a compartirlo con nadie.

Las dos prolongan ese abrazo mientras Jessica lo necesita, ella llora con una sensación de alivio extraña, la que siempre le produce la presencia de Paloma, en cambio, la policía tiene los ojos abiertos y encharcados enfocando hacia la pared de enfrente, mirando hacia a la nada, intentando dejar la mente en blanco mientras sus dedos se enroscan en el pelo lacio de Jessica.

—¿Qué haces aquí? —susurra ella cuando logra serenarse.

No han roto el abrazo, sigue con la cara apoyada sobre el hombro de Paloma, notando como su pelo algo alborotado le hace cosquillas en la frente.

Paloma se separa lentamente de ella, lo hace con ternura y la guía hasta el sofá donde las dos se sientan como la otra tarde, frente a frente, dejando un leve y necesario espacio entre ambas.

—¿A qué ha venido eso, Jessica? ¿Por qué has tirado la toalla? —pregunta y su expresión se vuelve fría como un témpano de hielo.

Jessica la mira y cabecea sin comprender nada. Le cuesta mucho entender el comportamiento de Paloma, tan cálida y distante al mismo tiempo. Sus ojos la estudian mientras su cerebro hierva intentando adivinar por qué está ahí preguntándole algo así y no en su casa, celebrando que ella ha salido de su vida mientras hace el amor con su mujer.

—Responde —exige Paloma implacable.

—Porque no puedo más con esta situación, Paloma. No duermo, apenas puedo comer y me duele el pecho cuando respiro, es constante y también agotador —explica alternando la mirada entre sus manos y sus ojos—, necesito que esto pare de una vez y Miren no va a hacerlo, por mucho que quiera estar conmigo, tu sombra siempre va a estar planeando sobre nosotras, y yo no puedo competir con una relación de seis años en tan solo tres meses. Así que se acabó —zanja sorprendida de sus propias palabras y la serenidad con la que las ha pronunciado.

Paloma, que no ha dejado de estudiarla mientras la escuchaba con atención, sonrío con amargura y le clava una mirada que a Jessica le calienta el corazón.

—Algo has tenido que hacer muy bien en estos tres meses, Jessica —declara Paloma —, porque Miren está desolada.

La escritora abre la boca sorprendida, pero es incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Ve a verla, Jessica —dice Paloma dejándola más paralizada de lo que ya se siente —, hablad todo lo que tengáis que hablar y arreglad lo vuestro. Todo esto lo he provocado yo y soy yo la que se aparta.

Paloma, abrumada por todo lo que siente y que ya le cuesta controlar, se mira y se frota las manos cuando nota que los ojos se le humedecen de nuevo. Rápidamente se pasa

los dedos por ellos y barre toda la humedad que encuentra a su paso mientras se sorbe los mocos y traga saliva.

Jessica ha salvado ese espacio que había entre ellas y ahora está pegada a Paloma, le acaba de coger una mano notando sus dedos helados, como siempre que está nerviosa, y la ha cogido del mentón para que sus ojos se encuentren. Paloma la rehúye todo lo que puede, hasta que deja de oponer resistencia y clava su mirada intensa en la de la escritora.

—Ni hablar, no puedes hacer eso —dice Jessica con turbación, notando que la respiración se le vuelve cada vez más pesada.

—Ya está decidido, Jessica —declara soltando una risa nasal y cansada—, no sabes cómo me ha mirado Miren cuando te has ido, no lo soporto —reconoce angustiada y esta vez las lágrimas resbalan por su rostro sin que se moleste en recogerlas.

Paloma está agotada, ya no tiene fuerzas para seguir luchando contra todo y ha decidido rendirse.

—No quiero hacerle más daño, y a ti tampoco —añade y cuando Jessica abre la boca para protestar, Paloma la silencia colocándole un dedo sobre los labios con cariño y una sonrisa amarga—. Me voy a ir a casa de mi abuelo...

—No, Paloma... —solloza Jessica apartando la mano de su cara.

—Shhh —sisea la policía cerrando los dedos alrededor de su muñeca para detenerla.

Jessica se pega a ella sin que Paloma se lo espere y apoya la frente sobre la suya. La ertzaina apenas puede respirar.

—Ya lo he decidido, nena —le susurra aferrándose con las dos manos a su cuello.

A Jessica le tiembla todo el cuerpo y cierra los ojos un segundo antes de volver a abrirlos y mirarla.

—Quiero que te sientas libre de estar en mi casa con ella como si fuera tuya...

—No... —niega Jessica con otro sollozo, desconcertada porque no concibe la idea de que Paloma se marche.

—Sí, yo iré a recoger mis cosas y no volveré más, ya arreglaré mis asuntos con Miren cuando toque, mientras tanto, quiero que entres allí sin el temor de encontrarme y que no te sientas mal por ello, ¿me oyes? Yo te estoy dando permiso, Jessica —dice y le clava la mirada.

Jessica asiente y sus manos se cierran sobre los brazos de Paloma con una fuerza desmedida. Es ella misma la que los utiliza como bloqueo para no poder avanzar hacia ella, porque el impulso de besarla la está enloqueciendo.

Paloma se da cuenta y le sonrío con tristeza haciendo que la mire.

—No me extraña que Miren se haya enamorado de ti, Jessica, es muy difícil no quererte.

Jessica la mira temblando, con la boca medio abierta y la expresión descompuesta, tratando de convencerse a sí misma de que no es posible que se esté enamorando también de Paloma. La ertzaina, ajena a los pensamientos de la escritora, se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Espera, Paloma —la detiene Jessica abrumada—. ¿Qué le digo a Miren?

—Lo que tú sientas —dice y le acaricia la mejilla con ternura—. Dame solo media hora para que recoja algunas cosas y le diga que me marchó, después ve a verla y haz que sea feliz, solo te pido eso.

—¿Y tú?

—Olvídate de mí y preocúpate por vosotras, yo soy mayorcita y sé cuidarme.

—¿Y si no quiero olvidarme? —la reta Jessica, tan abrumada por todo que ya no sabe ni lo que hace.

—Tendrás que hacerlo —susurra Paloma, y se acerca tanto a ella que cuando Jessica quiere darse cuenta, su cuerpo se encuentra acorralado contra la pared.

Paloma se acerca lentamente con la mirada clavada en sus labios, dándole tiempo a separarla si así lo decide, pero Jessica no lo hace, ni siquiera se lo plantea porque lleva deseando ese beso desde que Paloma ha llegado. Ella misma recorta la distancia y sus labios chocan abriendo paso a dos lenguas ansiosas por explorar, y lo que tenía que ser un beso de despedida, comienza a tomar un matiz mucho más hambriento que solo la determinación y la sangre fría de Paloma logran detener a tiempo.

La coge por las mejillas y vuelve a pegar su frente a la de Jessica.

—No es discutible, ve a verla y no vuelvas a pensar en mí nunca más.

Tras esas palabras demoledoras, le da otro beso en los labios y Paloma abre la puerta y se marcha. Jessica se queda de pie, mirando pasmada la madera que tiene delante mientras su mente abotargada empieza a procesar todo lo sucedido en esa media hora que Paloma ha estado con ella. La escritora apoya la espalda en la puerta y se escurre por ella hasta sentarse en el suelo con la mirada clavada en el reloj. Irá a ver a Miren como le ha pedido Paloma, pero lo que no va a hacer es dejar de pensar en ella, no porque no quiera, es porque no puede. Paloma se le ha clavado dentro de un modo inexplicable.

Capítulo 21

Paloma sale de casa de Jessica sintiendo que se marea y que todo la desborda. Se queda parada unos segundos en el inicio de la escalera intentando serenarse cuando oye el sonido de la lluvia romper con fuerza sobre el tejado. La tensión en su pecho se le empieza a antojar insoportable, demasiadas emociones contenidas, su cuerpo ha dicho basta y el ataque de ansiedad que la golpea la hace bajar los escalones corriendo porque el espacio se le antoja demasiado pequeño.

Cuando abre la puerta de la calle, el agua cae como si la tirasen a cubos sobre el asfalto de las calles de Mundaka. La luz de las farolas se difumina entre la lluvia y ella mira calle arriba calculando la distancia hasta su coche. Sabe que correr no le va a servir de nada, en cuanto haya dado dos pasos estará empapada, así que sale tranquilamente y empieza a caminar dejando que la lluvia le caiga con toda su fuerza. Paloma se queda parada un segundo y mira hacia arriba, sus ojos se detienen en el apartamento que ella calcula que pertenece a Jessica y observa la luz amarillenta que se cuela por los porticones.

La angustia la estrangula y se dobla sobre sí misma pensando que le va a dar un infarto allí mismo. Se aprieta el esternón con el puño cerrado y contiene la respiración hasta que la punzada intensa que la ha atravesado disminuye. Después reanuda el paso dejando a Jessica atrás, ahora debe dejar a Miren y más tarde encontrar la manera de rehacer su vida.

Cuando llega a su casa no se molesta en entrar el coche en el garaje, lo deja en la puerta frente al vado y accede al interior.

Miren sale de la cocina cuando escucha la puerta y se queda petrificada cuando Paloma, calada hasta los huesos, pasa por delante de ella sin decir nada y va directa hacia la habitación.

Su mujer la sigue, y el pecho se le encoge cuando la ve coger otra maleta y empezar a llenarla como si ella no estuviera allí.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta nerviosa—, deja eso, Paloma, y haz el favor de cambiarte de ropa antes de que cojas un resfriado.

Paloma se detiene y la mira a los ojos, la situación la tiene tan agobiada que ni siquiera siente frío ni le molesta estar mojada.

—Me voy a casa de mi abuelo, Miren —dice recuperando esa frialdad que tanto sabe utilizar en momentos como ese, apartando la ansiedad a un lado para no mostrarse débil—. No voy a seguir con esta mierda, jodiéndote la vida a ti y a ella. Se ha acabado —añade con una determinación que deja clavada en el sitio a Miren.

—Paloma...

—Vengo de hablar con Jessica —la corta con la displicencia de un robot—. Vendrá dentro de un rato. Arreglad lo vuestro, Miren, lo digo en serio. Seguid con lo que teníais, lo entiendo —aclara suavizando la voz cuando Miren comienza a llorar.

Las palabras de Paloma y la insistencia con la que las está pronunciando la están asfixiando.

—Entiendo que te hayas enamorado de Jessica —sigue y hace un mohín con los

labios—, es..., es buena, Miren, y sé que te hará feliz, así que vive tu historia con ella sin sentirte mal por mí, yo no te guardo rencor alguno.

Tras esa declaración demoledora, Paloma se gira y sigue metiendo ropa en la maleta ante la mirada asustada de Miren. Seis años a su lado y le sigue sorprendiendo su capacidad para ocultar los sentimientos y el pragmatismo que utiliza en situaciones como esa. Haciendo un gran esfuerzo porque el aire le llegue a los pulmones, Miren se acerca a Paloma e intenta detenerla para que deje de meter cosas en la maldita maleta y se gire para hablar con ella, pero su mujer es como un robot, sigue moviéndose como si fuera una máquina y Miren se da cuenta de que Paloma —en ese preciso momento— no puede ni mirarla y tampoco quiere que la toque, la angustia le está comiendo las entrañas y no quiere romperse delante de Miren.

—Aparta —dice con la voz rota cuando cierra la maleta.

Se dirige hacia el baño y coge sus artículos de aseo, los mete en otra bolsa y sale al salón seguida de Miren, que llora en silencio con la impotencia de no saber cómo detenerla. No quiere que se marche, no quiere que la deje.

—Siento lo que he dicho antes, Paloma, no hablaba en serio —solloza a sus espaldas y la coge por un brazo.

Paloma está frente a un cuadro de madera que tienen junto a la puerta donde cuelgan las llaves, acaba de coger las de casa de su abuelo y se las ha metido en el bolsillo antes de girarse.

—Sí que hablabas en serio, y tenías razón, toda la puta culpa es mía, yo metí la pata y lo asumo, y no pasa nada, Miren, en serio —dice y le sonrío, dejando asomar esa ternura de la que suele hacer gala en un estado normal, la que enamoró a Miren.

—Quédate, por favor, encontraremos la manera —suplica su mujer.

—No la hay, cariño —dice y le da un beso en la frente—. Yo respeté tu decisión cuando te marchaste, respeta tú la mía. Lo único que te pido es que mañana por la mañana no estés aquí cuando venga a por el resto de mis cosas, por lo demás, puedes hacer tu vida aquí con Jessica como quieras, dejaré mis llaves en la mesa cuando me vaya.

Ahora es Miren la que la besa a ella, sus labios encajan sobre los de Paloma y su espalda impacta contra la puerta con violencia. Miren nota como el agua de la ropa de su mujer empapa la suya y no le importa, el ardor en su cuerpo es muy superior al frío del líquido, pero Paloma, con la misma fuerza de voluntad que ha utilizado con Jessica, rompe también ese beso y se marcha. No quiere estar allí cuando llegue la escritora. No quiere verla, ni a ella ni a Miren, y si hace falta, pedirá un traslado y se marchará del pueblo con su abuelo.

Capítulo 22

Han pasado algo más de dos horas desde que Paloma se ha marchado hasta que el timbre de su casa suena. Miren, que se ha duchado y puesto ropa cómoda para esperar a Jessica, le abre la puerta con los ojos hinchados por el llanto y el torbellino de sentimientos encontrados que tiene ahora mismo. La alegría de volver a ver a Jessica y la tristeza profunda por la marcha de Paloma.

Jessica la mira muy quieta bajo su paraguas y no se mueve, no se atreve. Se imagina ese momento en el que Paloma le ha anunciado a Miren que se iba y los pelos se le ponen de punta en un incómodo escalofrío. Todavía no se lo cree, no puede, pero está ahí, frente a Miren otra vez.

—Pasa, Jessi, no te quedes ahí que te vas a helar —dice Miren instándola con la mano.

La escritora cruza el umbral de la puerta y cierra el paraguas dejándolo fuera antes de que Miren le recoja el abrigo y la invite a sentarse en el sofá. Las dos se quedan en silencio, Miren observando el gesto compungido de Jessica, y ella escrudiñando el salón con la mirada como si esperase que de algún rincón apareciese Paloma.

—¿Se ha ido? —pregunta Jessica en voz baja, como si no tuviera derecho a abrir la boca.

—Sí.

Miren se aprieta el puente de la nariz y cierra los ojos un instante después de responderle.

—¿Quieres que me vaya? No sé si es buena idea que esté aquí.

—No, Jessi, no quiero que te vayas, pero tampoco quería que se marchase Paloma —reconoce con voz cansada, mirándola a los ojos.

Jessica asiente con un movimiento de cabeza dejándole claro que lo entiende, ella tampoco quería eso.

—Me acosté con ella —suelta Jessica de forma abrupta, sin que la voz le tiemble.

Lo ha meditado por el camino, después de todo lo que ha pasado, si va a comenzar algo con Miren en serio, no quiere que sea con mentiras. El esfuerzo que ha hecho Paloma para dejarles vía libre se merece algo más que su silencio cobarde, prefiere no tener a Miren que tenerla enterrando una mentira.

—¿Qué has dicho? —pregunta Miren, que siente que va a explotarle la cabeza.

Jessica ya ha perdido la seguridad y le tiembla la barbilla cuando la mira de nuevo.

—Me acosté con Paloma, Miren —corrobora compungida.

La noticia cae sobre la diseñadora como una lápida pesada que le comprime cada músculo del cuerpo. Miren deja de respirar unos segundos y no parpadea mientras digiere la noticia. Su mente es incapaz de concebirlo, no sabe en qué momento ha pasado ni por qué, pero le duele y al mismo tiempo le provoca una cosquilleante sensación por todo el cuerpo cuando piensa en ello, lo que la descoloca más de lo que ya está. Clava una mirada penetrante sobre Jessica, que se pone tensa y trata de mantener el tipo como puede.

—¿Cuándo? —brama Miren con voz atronadora.

—Hace unos días. Nos encontramos en la playa...

Jessica hace una pausa porque no sabe si debe seguir, pero el silencio de Miren y su mirada lacerante le indican que necesita más detalles, todos los que sean necesarios para comprender cómo ha podido suceder algo así.

La escritora le cuenta el episodio de la playa, a ella no le oculta nada como hizo con su madre, se lo explica con todo lujo de detalles porque necesita que entienda el estado taciturno en el que se encontraba, el que provocó que Paloma la acompañara para asegurarse de que estaba bien.

—Típico de Paloma —dice Miren.

Jessica no sabe si es un reproche o un halago hacia su mujer, en ese momento Miren es tan fría que en cierto modo le recuerda a la actitud de la policía en determinadas situaciones.

—La invité a un café y hablamos un poco —explica y Miren empieza a experimentar una sensación de celos que crecen dentro de ella.

—¿De qué? —pregunta cada vez más enfadada.

—De nosotras, Miren, me pidió perdón por el daño que nos estaba haciendo, y me pareció sincera. Lo que pasó después no lo vi venir, te lo juro, cuando me quise dar cuenta ya estábamos...

Jessica detiene su relato porque no hace falta seguir con los detalles y Miren chasquea la lengua disgustada.

—Parece que Paloma tiene una manera de pedirte perdón que es muy efectiva, y también muy placentera —escupe rabiosa.

—No digas eso —protesta Jessica—, y no la culpes solo a ella. No me obligó, Miren —solloza, avergonzada y angustiada por la culpa—. Fue cosa de las dos, no sé cómo explicarlo, pero pasó y ninguna de nosotras pudo frenarlo. Lo siento mucho, en serio.

La diseñadora se ha quedado en silencio encajando la situación como puede, intenta mantener la mente fría, solo necesita unos minutos para pensar y asumir todo lo que les pasa, pero Jessica no se los da, acaba de levantarse.

—Me voy, lamento mucho todo lo que ha pasado, pero no podía venir aquí a intentar comenzar nada contigo y ocultarte algo como esto. No solo por mí, Miren, por Paloma, ella se ha apartado —dice y el manantial brama de sus ojos como dos cascadas—, está loca por ti y se ha marchado para que puedas hacer tu vida como quieras. Se merece algo mejor de mí.

Jessica camina hacia la puerta mientras Miren la observa enmudecida. Tiene las palabras en la punta de la lengua y está tan sobrecogida que no consigue que salgan hasta que la escritora está a punto de coger su abrigo.

—Espera, Jessi... —le pide con un hilo de voz y la escritora se gira hacia ella—. Vuelve aquí y siéntate, haz el favor.

Miren palmea el sofá a su lado, y Jessica obedece y camina despacio hasta sentarse junto a ella.

—Mírame —le pide Miren más serena, sentándose sobre su pierna para girarse hacia ella.

Jessica hace lo mismo.

—Te voy a hacer una pregunta y quiero que seas muy sincera, ¿vale, cariño?

El apelativo afectuoso y el tono melódico de Miren provocan un escalofrío en Jessica, que se sorbe los mocos y sonríe con suavidad cuando la diseñadora le da un beso en los labios. La escritora asiente más tranquila, sabiendo que, a pesar de lo que ha confesado, Miren no la quiere fuera de su vida.

—¿Sientes algo por Paloma? —pregunta mirándola a los ojos.

Jessica, que no se esperaba nada ni remotamente parecido, contiene la respiración y se queda inmóvil, tensa, parpadeando con rapidez mientras mira a Miren sin saber qué decir.

—¡Madre mía! —exclama Miren y se lleva las manos a la cabeza.

Se pone en pie, y la mira desde arriba con los ojos muy abiertos, sintiendo como el corazón se le acelera a un ritmo vertiginoso. Por un momento, Miren ha llegado a pensar que se trataba de una venganza por parte de Jessica, ya que ella también la engañó acostándose con Paloma antes de irse, pero lo ha descartado enseguida porque sabe que Jessica es demasiado noble como para actuar así, sin embargo, lo último que hubiera imaginado era que hubiese sentimientos de por medio.

—No sé qué decir, Miren, yo te quiero —solloza Jessica, que siente que en cualquier momento puede desmayarse.

Ella no está hecha para vivir todas esas emociones, a ella le gusta inventarlas para sus personajes y que sean ellos los que las sufren, pero al vivirlo en sus propias carnes, siente que está llegando al límite y todo la sobrepasa. Su cara refleja muy bien lo mal que se siente, porque a Miren le basta con mirarla una vez para darse cuenta de que está al borde del colapso, empezando a hiperventilar.

—Mírame, Jessi —dice agachándose frente a ella.

La escritora la enfoca con cara de susto, agobiada porque le cuesta respirar.

—No pasa nada —dice Miren cogiéndole las manos.

Al ver que Jessica no termina de centrarse, se las aprieta con fuerza hasta que le hace daño y los ojos de la escritora por fin la enfocan a ella.

—Lo entiendo, cariño —sigue Miren con voz cálida.

Jessica quiere morirse de amor en ese momento.

—¿Lo entiendes? —pregunta centrada en esos ojos que la observan con sinceridad.

—Sí —sonríe Miren llorosa—. Paloma puede ser muy fría algunas veces, pero cuando te abre sus puertas, es muy difícil no enamorarte de lo que hay dentro. Así que sí, Jessi, entiendo que sientas cosas por ella.

—Lo que pasó con Paloma no cambia lo que siento por ti, Miren —dice sintiendo que las fuerzas le fallan—, y te prometo que no se repetirá, pero no puedo más con esta situación, así que por favor, dime si quieres seguir conmigo o que rompamos definitivamente, necesito saberlo.

Miren, sobrepasada por tanto en tan poco tiempo, se sienta a su lado y como toda respuesta la abraza con fuerza llenándole la cabeza de besos. Jessica se deja querer y las dos caen hacia un lado y se acurrucan juntas.

—Claro que quiero seguir contigo, Jessi. Ahora intenta descansar un poco, tienes que relajarte —dice y cierra los ojos hundiéndole la cara en su pelo.

Miren también quiere relajarse, pero no puede, no deja de pensar en lo que le ha confesado la mujer que tiene entre los brazos. Piensa en ella y piensa en Paloma, también en las dos juntas, y en lugar de tranquilizarse, su corazón se desboca.

Jessica cede ante el peso de sus párpados y poco a poco su respiración se va

normalizando. Miren y ella siguen juntas, y eso la calma hasta conseguir entrar en un estado de trance y de sopor reconfortante en el que por mucho que lo intenta, no deja de preguntarse cómo estará Paloma mientras aspira el aroma del cojín, que huele a ella.

Capítulo 23

Paloma está sentada frente a las brasas del fuego que hizo anoche mientras mira el reloj. Miren no suele tener una hora fija para marcharse al despacho, pero sabe que no suele hacerlo más tarde de las nueve. Son casi las diez y ella sigue dejando correr los minutos por si acaso, no quiere encontrársela, su cupo para soportar situaciones tensas ha llegado al límite y ya no puede más.

Mientras espera, lo va mirando todo y piensa las cosas que quiere cambiar, las que quiere conservar como están y las que va a tirar. Anoche, como llegó tan exaltada y sabía que iba a resultarle imposible dormirse en ese estado, después de encender la chimenea para caldear la casa y darse una ducha caliente que la ayudó a quitarse el frío que se le había metido en los huesos, se dedicó a apuntar todas las cosas que necesitaba comprar. Muchas podría traerlas de su casa, Miren y ella siempre han pecado de previsoras y tienen juegos de cama sin estrenar, también de toallas, incluso una cafetera italiana de sobra de las que se ponen en el fuego como le gusta a ella, pero no quiere llevarse nada que pueda recordarle a su mujer. Necesita comenzar de cero. Cuando se cansó de anotar cosas, se sentó frente a las llamas con una infusión y un libro de sudokus que estos días se ha comprado para ella en exclusiva. No recuerda los que hizo antes de quedarse dormida en el sofá, donde se ha despertado esta mañana.

Tras llenar sus pulmones y expulsar el aire lentamente para infundirse la serenidad que necesita, Paloma coge el coche y conduce hasta el que ayer era su hogar, dispuesta a coger toda su ropa, sus libros, su portátil y las pocas pertenencias que se llevó de su apartamento de soltera cuando se casaron. Realmente tiene poca cosa y en un viaje espera cargarlo todo para no tener que volver. Su cabeza es un hervidero de ideas confusas que le cuesta gestionar, está tan agobiada que a veces siente que no sabe lo que quiere. Hace días pensaba en dejar el trabajo, al que culpa de todo lo que le pasa, y ahora piensa en hablar con el oficial Ruiz y pedirle que la deje reincorporarse antes de que acaben sus vacaciones. Recuerda la conversación que tuvo con Alba, la hermana de Miren, y sabe que tiene razón, necesita mantenerse ocupada con algo, y en su caso lo que más la distrae es el trabajo, es lo que mejor se le da, por mucho que se empeñe en enfadarse, no sabe ni quiere hacer otra cosa que no sea ser policía.

Reflexionando sobre eso, llega a su casa y aparca en la puerta como hizo anoche. Si hubiera metido el coche en el garaje, se habría dado cuenta de que el de Miren todavía está dentro, pero no lo ha hecho y, cuando abre la puerta y entra, no solo se la encuentra a ella, también está Jessica, las dos están sentadas en el sofá en lo que le parece que era una conversación importante.

Paloma se queda impactada por la imagen, se pone tensa y nota que comienza a faltarle el aire. Se siente muy dolida con Miren por esa falta de respeto, la avisó, le dijo que iría por la mañana y le pidió expresamente que hiciera el favor de no estar en casa cuando ella llegara, y no solo está ella, sino que, además está acompañada por Jessica. El corazón de Paloma se encoge hasta el punto de que le duele mucho el pecho, una cosa es que estén

juntas, y otra que se lo restrieguen de esa forma tan descarada. Tiene ganas de llorar, muchas, y también de salir corriendo, pero su orgullo se lo impide. Ahora ya está ahí, ya se ha llevado el golpe y no les va a dar el gusto de salir cabizbaja, hará lo que tiene que hacer y se marchará, después ya no tendrá que volver a verlas más.

—Hola —dice seca y sin mirarlas.

Paloma cierra la puerta a sus espaldas, deja el anorak sobre una silla y se dispone a ir directa a la habitación con el macuto vacío que ha traído de casa de su abuelo.

—Espera, Paloma —le pide Miren, que lleva preparándose para este momento toda la mañana, y ahora que ha llegado, ha perdido toda la confianza en sí misma que tenía.

Jessica no abre la boca, está tan nerviosa y al mismo tiempo contenta de ver una vez más a Paloma, que se ha quedado bloqueada.

—¿Qué? —dice Paloma sin detenerse, sigue sin mirarla.

—¿Te puedes sentar un momento? Quiero hablar contigo.

—No, no puedo. Si quieres decir algo, dilo. Tengo prisa.

Paloma ya ha desaparecido de su vista con gesto adusto, está claro que no está cómoda y Miren lo entiende.

—Ven —le dice a Jessica y las dos van hasta la habitación sorprendiendo a Paloma, que se gira cada vez más agobiada.

—Solo te pedí que me dejases sola mientras recogía mis cosas —le recrimina a Miren mientras Jessica la mira con gesto compungido desde el quicio de la puerta—. Me he ido de casa, os he dejado vía libre para que hagáis vuestra vida como queráis. ¿Tan difícil era respetarme un poco? —pregunta elevando la voz—. ¿O es que disfrutáis restregándomelo?

—Nadie quiere restregarte nada, cariño —susurra Miren y se acerca a ella.

Le recoge varios mechones que caen dispersos por su cara y los arrastra con suavidad hasta colocarlos detrás de su oreja. El gesto es suave y cariñoso, Miren aprovecha el recorrido para rozar su piel con los dedos mientras la mira a los ojos. Paloma se queda inmóvil, con el corazón latiéndole en la garganta y la boca abierta, impactada.

Miren utiliza la otra mano para colocarla en su cuello y los ojos de Paloma, que no es capaz de procesar lo que sucede, se clavan en los de Jessica, que la mira con las pupilas dilatadas sin moverse de su sitio mientras su pecho sube y baja cada vez más rápido.

—Sé que te acostaste con Jessi —suelta Miren y Paloma enmudece.

Desconcertada, vuelve a mirar a la escritora.

—Lo siento —susurra ella cabizbaja desde la puerta, sin conseguir que el aire llegue completamente a sus pulmones.

Paloma mira a Miren sobrepasada, dejando que la culpa vuelva a caerle encima como un alud.

—Yo también lo siento, Miren, pensé que era mejor que no te enterases, que no valía la pena —dice tras expulsar todo el aire de sus pulmones—, en cualquier caso, no entiendo qué pretendes con esta encerrona. Yo ya me he quitado del medio y no me voy a entrometer más en vuestra vida, así que te agradecería que...

—Cállate, Paloma —le pide Miren y se gira hacia la escritora—. Jessi, acércate.

Jessica obedece y se queda justo al lado de las dos mujeres. Paloma no entiende nada, la mano de Miren sigue sobre su cuello, quemándole la piel como si tuviera llamas en los dedos.

—Esto no es ninguna encerrona, Paloma —susurra Miren mirándole los labios—, ni

algo pensado para restregarte lo nuestro, jamás sería tan mezquina contigo porque te quiero demasiado y tú lo sabes.

Paloma no puede pensar y el corazón deja de latirle cuando Miren la atrae hacia ella y la besa en los labios. Siente un cosquilleo sofocante recorrerle cada milímetro del cuerpo y no es capaz de mover un solo músculo, ni siquiera cuando la lengua de su mujer se abre paso con cautela entre sus labios.

Jessica nota una sacudida de excitación tan fuerte que sus músculos se contraen y siente un escalofrío recorrerla como una ráfaga, permanece muy quieta, observando con detalle ese beso al que Paloma responde de manera muy lenta, como si le faltasen pilas.

—¿Qué se supone que haces, Miren? —pregunta Paloma colapsada cuando su mujer se separa de ella.

Miren está al borde del infarto, todavía le hormigean los labios y las manos le tiemblan cuando, sin contestar, coge la de Jessica y tira de ella hasta colocarla en medio de las dos. Situada a la espalda de la escritora, que se aguanta de pie porque está entre los dos cuerpos de las mujeres a las que desea, clava la mirada en Paloma y le pone una mano en la mejilla sujetándola con firmeza.

—Dime que no sientes nada por Jessi, Paloma —susurra con sensualidad.

El corazón de la policía late tan rápido que solo escucha sus zumbidos, haciendo que la voz de Miren le llegue tan distorsionada que tarda en hilar las palabras y entenderlas. Cuando lo hace, la mira y abre la boca, pero en lugar de contestar, se humedece los labios cuando Miren tira de ella y la guía hacia la escritora. Jessica se agarra al cuerpo de Paloma con mano férrea y su beso es el resultado de un impacto bruto y necesitado, su lengua entra en la boca de Paloma con fiereza, se agarra a su pelo y la domina mientras Miren, ciega de excitación, se pega a su espalda y le besa el cuello al mismo tiempo que sus manos le recorren la cintura y se expanden sobre su vientre.

Paloma es la única de las tres que no consigue desinhibirse, emocionalmente está demasiado colapsada como para poder reaccionar. Su sexo palpita con una necesidad desconocida, está tan excitada que ve borroso, pero es incapaz de entender lo que pasa hasta que su espalda impacta contra la pared y Jessica deja de besarla.

—Desnúdate —le pide Miren a Jessica con tono autoritario.

La escritora no duda, su timidez y ese estado de cohibición que la caracterizan desaparecen y lentamente comienza a quitarse la ropa para deleite de las dos mujeres. Paloma alterna miradas entre ella y Miren mientras intenta controlar el ritmo de su respiración, pero no puede, y mientras Jessica se baja los pantalones, Miren se quita la parte de arriba y se acerca a Paloma para quitarle la sudadera que lleva puesta.

—Relájate —le susurra tirando la prenda a un lado.

Jessica se acaba de quitar el sujetador y solo le quedan las braguitas.

—¿Se las quieres quitar tú? —le pregunta Miren, y ella se tensa y niega, no puede moverse.

—Quítaselas —logra decirle a su mujer.

Miren sonríe satisfecha y se gira hacia Jessica ebria de excitación. Cuando se enteró de que se habían acostado no podía dejar de imaginárselas juntas, pero lo que está pasando es infinitamente mejor. Agarra la goma de las braguitas de Jessica y comienza a deslizar la prenda hacia abajo al mismo tiempo que ella también se agacha. La escritora, sin dejar de mirar a Paloma, levanta primero un pie y después el otro hasta que queda completamente

desnuda. Miren le besa el pubis agarrada a sus muslos y Jessica separa las piernas con determinación para dejar que la chupe y la succione mientras se acerca lentamente y se va directa a por sus pezones. Jessica siente que puede desmayarse de placer en cualquier momento, sobre todo cuando Paloma se aparta de ella y comienza a quitarse la ropa con premura, su mente ya se ha desconectado y ahora solo piensa con esa parte salvaje que hay dentro de ella que le pide ser saciada cuanto antes.

La escritora se tensa cuando la lengua de Miren bailotea furiosa alrededor de su clítoris, tan sensible y excitado que recibe el primer orgasmo y se deja caer de espaldas en la cama con una sonrisa ladeada mientras las mira a ambas. Miren se ha incorporado y está besando a Paloma, dejando que sienta en sus labios el sabor dulzón de Jessica mientras se quita la ropa. Cuando a ninguna de las tres les queda una sola prenda en el cuerpo, las dos se suben a la cama, Paloma con cierta reticencia y temor a hacer algo que no debe, Miren desatada, deseando que las dos mujeres por las que se vuelve loca griten a la vez.

—¿Te apetece beber de Paloma? —le pregunta a Jessica, que está tumbada bocarriba temblando de ganas.

La escritora asiente deseosa y Paloma nota tres contracciones seguidas en su sexo que la hacen parpadear y contener la respiración. Miren le da otro beso a Paloma, uno dominante y posesivo que le infunde la confianza que le falta para pasar su pierna por encima de Jessica y colocarse sobre ella hasta dejar su sexo justo encima de su cara. La escritora se agarra a sus piernas y se impulsa como si estuviera sumergida y la intimidad de la ertzaina fuese el único lugar donde respirar. Paloma pierde la visión un instante cuando nota el calor de sus labios y la humedad de su lengua. Miren se sitúa justo detrás de Paloma, con los pechos pegados a su espalda mientras le muerde el cuello como sabe que le gusta. A su vez, se hace con una de las manos de Jessica y la lleva hasta su sexo, la escritora sonríe al notarlo y succiona a Paloma al mismo tiempo que hunde sus dedos en Miren. La diseñadora suelta un gruñido de placer, lleva la mano hacia atrás y busca el sexo de Jessica, que comienza a masturbar mientras ella devora el de Paloma, que se sacude contra su cara jadeando al mismo tiempo que ella se clava en los dedos de la escritora.

Miren se acompasa al ritmo de ambas y se centra más en escucharlas que en su propio placer. Paloma jadea sin descanso y Jessica ha cerrado las piernas atrapando su mano mientras gime sin dejar de lamer y chupar el sexo de Paloma.

—¿Te gusta, cariño? —le susurra Miren jadeante.

Paloma ni siquiera es capaz de contestar cuando la coge por el cuello con su mano libre y la aprieta contra su cuerpo. La presión sobre su garganta le dificulta la respiración y la falta de aire aumenta su excitación provocando que el orgasmo llegue inesperado y el cuerpo de Paloma se sacuda violento entre gemidos y espasmos que provocan el de Jessica, que no resiste más y se deja llevar por el placer hasta que sus músculos se relajan. Paloma se deja caer hacia un lado y las dos observan extasiadas a Miren, que cabalga sobre los dedos de Jessica con furia sin dejar de mirarlas, entregando la visión de su cuerpo y su placer a las dos mujeres.

La ertzaina se incorpora y gateando se acerca hasta la escritora.

—Curva los dedos —le ordena a Jessica para justo después meterse un pezón de Miren en la boca.

Cuando la escritora obedece, el cuerpo de su mujer se tensa y ella le muerde el pezón lo justo para hacerla estallar en un violento orgasmo que las tres disfrutan, una en sus

propias carnes, y las otras dos mirando maravilladas como se retuerce de gusto.

—No he terminado —dice Miren cuando recupera el aliento.

Jessica y Paloma sonríen excitadas, ellas tampoco, va a hacer falta mucho más que un asalto para calmar el ardor que todas sienten.

Capítulo 24

Paloma es la primera en abrir los ojos, es incapaz de saber el tiempo que han pasado en la cama dándose placer sin descanso, sin censuras, solo dedicadas a lo que en ese momento necesitaban. Están en su cama, en la que durante seis años ha compartido con Miren. Ella está en su sitio habitual, Miren en el suyo y Jessica en el medio, todas encogidas en una cama demasiado pequeña para tres personas.

Se mueve con cuidado para no despertar a ninguna porque necesita estar sola, su mente no estaba preparada para lo que ha pasado y procesarlo le va a costar más de lo que debería. Paloma nota el cuerpo entumecido y dolorido, hacía mucho tiempo que no tenía una sesión de sexo tan intensa y se siente agotada y hambrienta. Logra sentarse y poner los pies en el suelo sin que ninguna de las dos mujeres que comparten la cama con ella se inmute, y de repente siente una incomodidad consigo misma que no soporta. Las mira y no comprende cómo ha podido permitir que eso pase, si antes le iba a resultar difícil deshacerse de lo que sentía, ahora todo va a ser mucho peor.

La ertzaina busca su ropa entre toda la que hay esparcida por la habitación, coge ropa interior limpia y sale sigilosa hasta meterse en el baño. Allí se ducha y se viste, y cuando sale, se sienta en el sofá del salón con gesto derrotado. En el reloj de pared comprueba con asombro que son más de las tres de la tarde y, aunque su estómago ruge de hambre, está tan angustiada que sabe que no podrá tragar nada. Descalza, recoge las piernas y se las abraza haciéndose un ovillo en el sofá, allí se balancea intentando encontrar la calma en alguna parte de su mente. Está colapsada, ahora quiere que se despierten para poder entrar, coger sus cosas y marcharse de una vez por todas.

Los ojos se le encharcan de manera repentina y, aunque rápidamente barre el agua con los dedos, Paloma es incapaz de contener el llanto y se derrumba. Sus defensas, esos muros altos que lleva días levantando, acaban de caerse como si estuvieran contruidos tan solo con arena. El sexo siempre la deja altamente sensible, y ahora es incapaz de contener ese montón de emociones que la desbordan. El pecho le duele y no controla los hipidos en medio de un ataque de ansiedad que comienza a dominarla al mismo tiempo que la asusta. Paloma pone los pies en el suelo buscando que el frío provoque algún efecto en su mente, pero no sucede nada y su llanto sigue brotando con fuerza mientras ella se abraza el cuerpo y se balancea de delante hacia detrás una y otra vez.

Miren salta de la cama cuando logra por fin identificar la procedencia de ese sonido que lleva un rato escuchando. Se ha dormido tan profundamente, que cuando los hipidos de Paloma la han despertado, era incapaz de saber qué era eso que escuchaba. Se pone la sudadera de Jessica y sale corriendo de la habitación. Al ver a Paloma derrotada y hundida sentada en el borde del sofá, no se lo piensa y se sube por detrás, sentándose a su espalda para abrazarla con fuerza y apretarla contra ella. No sabe qué decirle porque no sabe por qué llora, por eso se limita a besarle la mejilla y a decirle que la quiere y que se calme. Nunca la ha visto así de rota, nota el temblor de su cuerpo entre sus brazos y la aterroriza no ser capaz de sacar a Paloma de ese estado, pero parece que su cariño surte efecto y tras varios minutos

abrazándola y meciéndose con ella, Paloma deja de llorar y se queda en silencio, un silencio que da miedo.

—Dime qué necesitas —le susurra Miren sin romper ese vaivén en el que ambas se mecen en calma, sosegadas.

—Mis cosas —responde Paloma sorbiéndose los mocos, agarrada con fuerza a los brazos de Miren, que están cruzados sobre su pecho.

—¿Para qué? —sigue susurrando Miren, y le da un beso suave en la mejilla.

Paloma siente un desconcierto absoluto, su mente de policía está entrenada para muchas cosas, pero esta se le escapa.

—Para irme, Miren —contesta, y en ese momento aparece Jessica, que las mira en silencio y se sienta frente a ellas en la mecedora sin saber muy bien qué hacer.

La ertzaina vuelve a sentir la ansiedad invadiendo su cuerpo, pero Miren no le permite entrar en ese estado.

—Tranquilízate, Paloma —le pide y vuelve a darle un beso en la mejilla.

Su mujer no la suelta, sabe que Paloma necesita ese abrazo y ella quiere seguir transmitiéndole esa serenidad que la policía ha perdido. Jessica la mira compungida, ella también tiene esa conexión extraña con Paloma y es capaz de sentir ese dolor como suyo.

—No quiero que te vayas, quiero que hablemos, Paloma —le dice su mujer aflojando la firmeza con la que la sujeta.

—¿De qué? —pregunta ella intentando respirar sin que le duela el pecho.

Miren la suelta y se sienta a su lado al mismo tiempo que Paloma se encoge en una esquina del sofá, observándola ceñuda en posición distante, a la defensiva, temiendo lo que su mujer pueda decirle.

—De nosotras, de las tres —dice y mueve el dedo índice señalando a todas las presentes.

Paloma frunce el ceño y mira a Jessica, que permanece inmóvil apretando la mandíbula con tensión.

—¿De las tres? —repite Paloma cada vez más desconcertada.

Miren suspira, se ha pasado toda la noche pensando en ello, apenas ha dormido dándole vueltas al asunto, meditando si debía atreverse a proponérselo a Jessica y Paloma o callarse para no parecer una trastornada. Después de muchas vueltas y una bola en la boca del estómago que amenazaba con estallar dentro de ella, se lo ha comentado a Jessica por la mañana, ha compartido lo que pensaba con ella, pero todo se ha quedado en el aire con la llegada de Paloma.

—Te quiero a ti y quiero a Jessi, Paloma —dice Miren muy serena—, y por mucho que me empeñe en decidirme por una, no puedo. A ti me unen unos lazos que me resultan imposibles de romper y a ella otros. Me voy a volver loca, amor, ver cómo te ibas ayer me destrozó por dentro, y pensar en dejarla a ella...

Miren mira a Jessica y niega con la cabeza, no puede.

—No sé si te estoy entendiendo —dice Paloma apretándose el puente de la nariz con fuerza.

—No puedo ni quiero decidir, Paloma —contesta su mujer de un modo claro y conciso, sin dejar lugar a dudas—. Os quiero a las dos.

Paloma la mira intentando procesar la información. Su mente cavila muchas posibilidades, pero solo una daría sentido a las palabras de su mujer, y no está segura de que

le esté pidiendo eso. Busca con la mirada a Jessica de nuevo, intentando ver en ella la confirmación de sus sospechas, pero la escritora está observándola pasmada, expectante, como si la vida de las tres dependiera de Paloma.

—Miren...

—Poliamor, Paloma —la corta dejándola sin aire.

Sus cejas se elevan por la impresión y la boca se le abre con perplejidad, pero no es capaz de decir nada.

—Es lo único que se me ocurre. Llevo toda la noche pensando en ello y creo que sería la solución a nuestro problema, porque esto es un problema de las tres, no sé exactamente qué es lo que hay entre tú y Jessica, pero sé que hay algo, lo percibo, se os nota en la forma de miraros y en las ganas con las que os habéis cogido cuando estábamos en la habitación.

—¿Tú estás de acuerdo con esto? —la interrumpe Paloma dirigiéndose a Jessica.

Está tan impactada que necesita asegurarse de que no se trata de una broma.

—Yo... —Jessica tartamudea nerviosa—, no he tenido tiempo de pensar en ello —reconoce con las mejillas ardiendo.

—No te he preguntado eso —insiste Paloma, tan turbada que su frialdad está volviendo.

—Déjala, Paloma —le pide Miren—, lo que dice es cierto. Lo estaba compartiendo con ella cuando tú has llegado, así que no hemos podido hablar más sobre ello.

Miren se pone en pie y las dos la miran clavadas en sus respectivos asientos.

—Ya os he dicho lo que pienso a las dos, ahora sabéis lo que opino. Entiendo que es muy chocante lo que os propongo y obviamente tenéis todo el derecho del mundo a negaros. Lo único que os pido es que si contempláis la opción de intentarlo, lo habléis entre vosotras primero, que aclaréis lo que sentís una por la otra y valoréis si queréis esto.

—¿Y si no queremos? —pregunta Paloma, percibiendo de nuevo el terror de Jessica.

—Creo que lo más sensato es que cada una siga su propio camino, no puedo estar con una sabiendo el daño que le hago a la otra, no me veo capaz, lo siento, Jessi —dice y se dirige en exclusiva hacia ella cuando termina la frase.

La escritora asiente mordiéndose los labios y baja la mirada. Miren se acerca y se inclina sobre ella cogiéndole la barbilla.

—No hagas nada que no quieras solo para estar conmigo —le susurra y la besa en los labios.

—No lo haré —sentencia Jessica y Miren asiente poniéndose en pie de nuevo.

Se acerca a Paloma, a ella no le dice nada porque ya conoce la posición de su mujer al respecto, la ha dejado, se ha apartado y le ha cedido el paso a Jessica, así que solo le da un beso en los labios y se aparta.

—Voy a hacer la comida, habladlo, por favor. Aceptaré cualquier cosa que decidáis, incluso si decidís dejarme al margen.

Las dos la miran sorprendidas, pero Miren no lo ha dicho por decir, lo de la conexión entre ambas mujeres no lo ha argumentado para convencerlas, la ha percibido de verdad, hay algo que las atrae como le pasa a ella, por eso, en el fondo, está tan convencida de que una relación de tres puede ser la solución para que ninguna acabe sufriendo.

Capítulo 25

Miren se encierra en la cocina, sabe que las dos deben tener una conversación en la que ella no puede intervenir, igual que las ha tenido ella con Paloma o con Jessica cuando lo ha necesitado.

Cuando Paloma escucha la puerta de la cocina cerrarse, mira a Jessica y las dos se quedan en silencio, pensativas. Cada una medita la propuesta de Miren a su manera, pero Paloma tiene la cabeza tan abotargada que no está para gilipolleces y necesita ir directa al grano.

—¿Te lo estás planteando? —le pregunta a la escritora.

Jessica la mira temerosa y se lleva un par de dedos a los labios intentando morderse la piel en alguno de ellos.

—Jessica —insiste Paloma—. Solo tienes que responder sí o no, si es que no, podemos zanjar esta conversación muy rápido.

—Sí, claro que me lo planteo —contesta finalmente.

—¿Para estar con Miren?

—¿Piensas que soy imbécil? —se enfada sorprendiendo a Paloma—. ¿Crees que estaría dispuesta a compartir mi vida y a mi chica con alguien por quien no siento nada solo para estar con ella? ¿Tan desesperada me ves como para arrastrarme de ese modo?

Jessica se levanta y se sitúa al lado de la mecedora con las manos en la cabeza mientras Paloma la mira desde el sofá, se siente tan cansada que no quiere moverse.

—No he dicho eso, Jessica, solo quiero estar segura de que haces lo que quieres —trata de explicarle la policía.

—A veces una solo puede hacer lo que le dejan hacer y no todo lo que quiere, pero no es el caso, yo quiero a Miren, pero a ti...

Jessica se queda callada y Paloma sonríe por primera vez desde que ha puesto un pie en esa casa por la mañana.

—Ven aquí —le pide sentándose bien en el sofá, con las piernas juntas.

La escritora la mira y duda, pero Paloma le tiende la mano y le hace un gesto insistiendo para que se acerque.

—Venga, nena, ven... —le susurra y Jessica se derrite ante sus palabras.

Se acerca y acepta su mano, Paloma tira de ella y la guía hasta su cuerpo invitándola a sentarse sobre sus piernas, a horcajadas. Jessica lo hace sin dudarlo mucho, quiere estar ahí, sobre ella, tenerla tan cerca que el aroma de su pelo se le cuele por los orificios nasales, notando su calor recorriendo su piel.

—Perdona —dice Paloma cogiéndole una mano y apretando suavemente—. Yo no pienso que estés desesperada, Jessica, es solo que me siento muy protectora contigo —confiesa y la escritora le sonríe.

—Debe ser deformación profesional —bromea Jessica.

—Seguro que sí —sonríe Paloma y le acaricia la mejilla antes de soltar un suspiro—. Ahora vamos a hablar en serio.

—Vale —acepta Jessica carraspeando un par de veces, dejando que Paloma dirija la conversación.

—Antes has dicho que estás enamorada de Miren.

—Sí.

—¿Y hacia mí, sientes algo?

Paloma arquea una ceja y hace un mohín que haría muy difícil que alguien diese una respuesta negativa en opinión de la escritora.

—Estoy enamorada de Miren, Paloma, y también me estoy enamorando de ti —contesta Jessica con tanta convicción, que a la policía no le cabe duda de que dice la verdad.

Paloma no sabía que escuchar una confesión como esa de los labios de Jessica la iba a reconfortar tanto, de algún modo, siente como una parte de su corazón maltrecho comienza a sanar y le sonríe mirándola enternecida. Tiene ganas de besarla, pero en su lugar le desliza los dedos por la cara lentamente en una caricia cargada de ternura, donde empieza en su frente y recorre toda su cara sin dejar de mirarla, hasta que dos de sus dedos pasan por sus labios provocándole un temblor a Jessica.

—¿Y tú? —se decide a preguntar ella por fin.

—Yo siempre he pensado que era muy difícil no enamorarse de ti, Jessica —contesta Paloma y Jessica se sonroja.

—¿Tú crees que se puede estar enamorada de dos personas a la vez?

Paloma arquea las cejas y aprieta los labios en otra mueca, esta vez con expresión divertida.

—Lo que yo opino es que nunca puedes decir de esta agua no beberé, porque hasta no hace mucho, yo estaba convencida de que no, de que algo así era imposible, y míranos ahora.

Jessica sonríe, tierna, y dirige la mirada hacia la puerta de la cocina donde se encuentra Miren, la tercera en discordia.

—¿Tú te lo plantearías? —le pregunta a Paloma suspirando.

—Tú y yo no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo si no lo estuviéramos haciendo, ¿no?

La escritora vuelve a sonreír, esta vez más tranquila, aliviada al saber que Paloma también está dispuesta a intentar lo que a ella se le antoja una locura.

—¿Y cómo se supone que se hace esto, Paloma? —pregunta clavándole una mirada inocente.

—No lo sé, Jessica, pero llegadas a este punto, esto es una conversación que debemos tener entre las tres.

Paloma deja caer la cabeza hacia atrás y suspira agarrada a una de las manos de Jessica, cierra los ojos un momento y los abre para seguir contemplándola. Está muy cansada. La escritora iba a levantarse, a abandonar la calidez de su cuerpo para ir a buscar a Miren y decirle que están de acuerdo con ella, pero ahora está preocupada por Paloma, así que no se mueve.

—¿Qué te pasa? —pregunta y le pasa los pulgares bajo los ojos, todavía enrojecidos y algo hinchados por el llanto.

—Nada.

Jessica arquea una ceja y mira hacia la cocina.

—A ella se lo dirías —protesta la escritora y Paloma la mira sorprendida.

—Tienes razón, perdona —admite y le pone una mano en el centro del pecho—. Lo que me pasa es que estoy agotada, tan cansada que no puedo ni moverme —reconoce Paloma—, me parece que tantos días de tensión acumulada tenían que salir por algún sitio y ahora mismo estoy hecha una mierda, aunque feliz de estar con vosotras.

Jessica se inclina hacia delante y la besa en los labios, un beso suave y prolongado, el que lleva conteniendo desde que ha salido de la habitación.

—¿Y qué puedo hacer para que estés mejor? —pregunta preocupada.

—¿Traerme una manta?

Esta vez Jessica suelta una risotada jovial y le da un beso en la mejilla, uno que resuena con fuerza por todo el salón y que repara un poco más el corazón de Paloma.

—Tienes que comer antes. Después puedes dormir todo lo que necesites —concluye Jessica.

Le da un beso en la cabeza y se levanta para dirigirse a la cocina, donde Miren la observa expectante cuando abre la puerta.

—Huele bien —dice Jessica dándose cuenta del hambre que tiene.

—No me jodas, Jessi —protesta Miren poniendo los brazos en jarras—. ¿Qué habéis decidido?

La escritora está a punto de fingir una respuesta negativa o dar un poco de tensión dramática a su respuesta, pero Jessica Raizabal es demasiado buena persona incluso para gastar una broma como esa.

—Que lo hablemos las tres —contesta la escritora con una sonrisa traviesa mientras se acerca a ella.

Miren no oculta su alegría y la abraza levantándola del suelo, provocando su risa antes de besarla.

—Paloma no se encuentra muy bien —dice preocupada, bajando la voz para que la policía no la escuche—, está muy cansada, por el estrés, dice.

—Ella y su manía de guardárselo todo dentro, después explota y se pone mala —lamenta Miren con una mueca y sale al salón para acercarse a su mujer.

La encuentra en el mismo rincón del sofá donde la ha dejado antes, encogida sobre sí misma con los ojos cerrados. Miren se sienta a su lado y la abraza.

—No te duermas, la comida ya está —le dice al oído con suavidad.

Jessica y Miren son las que ponen la mesa, lo hacen en el salón porque la de la cocina es pequeña, solo para dos personas, y ahora son tres.

Cuando terminan, Miren lleva tres mantas individuales al sofá y las tres mujeres se acomodan en él. Miren se sienta en la parte del *chaise longue* con las piernas estiradas.

—Tumbate, Paloma —le dice y coloca un par de cojines a su lado para que apoye la cabeza.

—¿No deberíamos hablar? —pregunta ella sentándose al lado de Jessica.

—Cuando descanses, tenemos tiempo. Nosotras veremos alguna serie, tú cierra los ojos —ordena su mujer preocupada por ella.

Paloma se tumba como suele hacer siempre, con la diferencia de que esta vez, detrás de ella se tumba también Jessica y la abraza hasta que se queda dormida.

Capítulo 26

A Paloma la despierta un balanceo suave y al principio se siente confundida. Está muy a gusto y no tiene ganas de abrir los ojos, así que no se mueve y vuelve a dormitar hasta que el mismo balanceo la despierta de nuevo unos minutos más tarde, aunque no está segura, tal vez hayan sido horas. Esta vez sí que tiene claro lo que pasa, el movimiento de su cuerpo lo produce el de Jessica, que sigue tras ella protegiéndola con sus brazos. Es su risa suave la que mueve a Paloma, la escritora trata de contenerse pero no puede, y a su risotada va unida la de Miren.

Paloma piensa que no le importaría despertarse así cada día, al lado de esas dos mujeres, con sus risas como melodía de alarma. Tiene el brazo sobre el que está apoyada medio dormido, así que se gira sobre sí misma y se coloca bocarriba con gesto torpe y lento, sin terminar de despertarse. Al abrir los párpados se encuentra con la mirada de Jessica y de Miren y una sonrisa de bienvenida de ambas que la hacen acurrucarse y cerrar los ojos hundiéndose la cara contra el pecho de la escritora.

—Eh, Paloma —le susurra Miren y le pone una mano cálida en el cuello.

El cuerpo de Paloma reacciona con un suspiro profundo y un hormigueo repentino entre las piernas.

—No te duermas más, cariño —le pide su mujer—, que después estarás en la cama como un búho, que nos conocemos.

Jessica se ríe y Paloma vuelve a abrir los ojos, la mano de Miren sigue haciendo caricias suaves en su cuello y la de Jessica se acaba de posar sobre su abdomen, justo por debajo de sus pechos. Paloma se está excitando mucho y ya no tiene sueño. Se frota los ojos y aparta la manta que la cubre porque de repente le estorba la ropa, ahora la mano de Jessica está directamente sobre su piel, porque la sudadera se le ha subido mientras dormía y la escritora ha comenzado a trazar círculos alrededor de su ombligo. Paloma siente una ligera contracción entre las piernas que la hace carraspear.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Miren.

—Mojada —responde Paloma y Jessica la mira sin parpadear.

—¿Hablas en serio? —pregunta Miren conteniendo una sonrisa perversa que marea a Jessica.

—Compruébalo —la reta Paloma y flexiona una pierna, y se abre apoyándola contra las piernas de la escritora.

Jessica nota como se le seca la garganta cuando se incorpora sobre su propio brazo y sus ojos se clavan sobre el sexo de Paloma a pesar de que lleva puesto un pantalón de chándal.

—¿Te encargas tú, cariño? —le pregunta Miren—, yo no llego.

—Yo sí —concluye Jessica y sin cortarse, estira la mano y la mete por debajo de la goma del pantalón de Paloma.

Allí hurga y se cuela también por debajo de la tela de sus bragas hasta que encuentra su sexo y sus dedos se deslizan por la humedad cálida y abundante.

—Oh, joder —exhala agitada y clava la mirada en Miren—, está empapada.

—Quiero verlo —dice Miren.

Jessica hace un movimiento dispuesta a sacar la mano y mostrarle a Miren el brillo de sus dedos, pero se ve atrapada cuando la de Paloma cae sobre la suya cerrándose como una trampa y la mira exigente.

—No se te ocurra sacar la mano ahora, tócame —le pide Paloma y Jessica no duda.

Se recoloca y en cuanto tiene una posición más cómoda, la penetra hasta el fondo y comienza a follarla con la fiereza que exige la mirada de Paloma. Desbordada de gusto y ante la mirada atónita de Jessica, que casi no puede respirar, Paloma se deja hacer cuando Miren se levanta y se coloca junto a ellas. La diseñadora le pide a Jessica que se gire y se ponga a cuatro patas mientras sigue con su cometido, en cuanto lo hace, le baja el pantalón y la penetra desde atrás. Con la mano libre, Miren se masturba a sí misma, acoplada al ritmo de las embestidas de su mano dentro de Jessica y esta a su vez, dentro de Paloma. La primera en sucumbir al placer es la policía, que desde su posición privilegiada lo ha presenciado todo y la visión de su mujer concentrada en dar placer a Jessica, mezclada con los gemidos y las miradas de ella, la han llevado al orgasmo mucho antes de lo que tocaba.

Jessica cae sobre Paloma cuando sus músculos se relajan tras el orgasmo, pero la mente de Paloma no deja de imaginar cosas que la están poniendo enferma de placer y necesita que al menos una se cumpla.

—Trae el arnés —le ordena a su mujer y ella obedece corriendo por el salón con las piernas temblando.

Jessica sigue desmadejada sobre el cuerpo de Paloma, y todavía no ha recuperado el aliento cuando Miren vuelve.

—Póntelo —vuelve a ordenar Paloma, y Miren, que se vuelve loca cuando lo utiliza, se lo pone con una agilidad asombrosa.

La ertzaina tira de Jessica hacia arriba hasta que tiene su boca a su alcance, y tras darle un beso largo con lengua que vuelve a activar a la escritora, le pide que vuelva a penetrarla. Jessica no lo duda, cuela la mano entre los cuerpos de ambas y se vuelve a clavar dentro de Paloma, hasta lo más profundo, arrancándole un gemido gutural que le deja los pulmones vacíos.

—Túmbate sobre Jessica, Miren, y le metes eso por donde ella quiera.

Esta vez es Miren la que se hunde dentro de Jessica hasta el fondo, y también la que marca el ritmo de las embestidas de todas. Para cuando terminan, Paloma está roja por el esfuerzo de soportar el peso de dos cuerpos, pero el orgasmo ha sido tan intenso que sin duda piensa repetir esa postura más veces. Las tres se dan su primera ducha juntas y la policía estira los músculos sintiendo que se rompe.

—Me hago mayor —dice con expresión de dolor apartándose de debajo del chorro para salir.

—Todo es de lo mismo, Paloma, y lo sabes, cuando acumulas tanta tensión, después te pasas varios días hecha mierda. A ver si te abres más ahora que somos tres —dice Miren saliendo con ella.

Jessica las mira desde la entrada de la ducha y sonríe.

—¿Crees que si no se desahoga contigo lo hará conmigo? —pregunta sarcástica y Miren pone los ojos en blanco cuando Paloma se ríe.

—Pues no veo por qué no, quizá haya cosas que le resulte más fácil hablar contigo

que conmigo y viceversa —opina Miren—, es una de las ventajas de ser una más.

—Tal vez —responde Jessica mientras se viste.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? —protesta Paloma.

—Cuando te comportes como una adulta —le palmea el culo Miren y sale del baño.

Minutos después están las tres de nuevo en el sofá, sentadas muy juntas y colocadas de manera que todas pueden verse cómodamente. Paloma ha sacado unos refrescos para beber que han acompañado con bolsas de patatas y todas las porquerías que han encontrado en los armarios. Ha llegado el momento de hablar en serio de la nueva situación a la que se exponen.

Capítulo 27

—¿Las dos lo tenéis claro? —pregunta Miren—. ¿Habéis hablado todo lo que tenéis que hablar?

—Sí, ahora falta que hablemos las tres —confirma Paloma—, porque supongo que ninguna tiene experiencia previa en esto de antes, ¿verdad? —bromea y las tres se ríen.

Jessica menea la cabeza en una negación rotunda.

—¿Cómo lo hemos de hacer? —pregunta sin ocultar su inquietud.

Miren y Paloma se miran sin que ninguna tenga una respuesta clara que darle a la escritora.

—Supongo que lo más importante es ver si funciona —opina Paloma—, y para eso, al menos en este caso, creo que la convivencia resulta primordial.

—Estoy de acuerdo —secunda Miren—, es imposible que sepamos si las tres funcionamos como un...

Se queda callada y arquea las cejas confundida.

—Joder, no sé qué somos —dice y se le escapa una risa tonta que contagia también a Paloma.

Jessica las mira boquiabierta, ella necesita respuestas inmediatas para poder respirar.

—Dejémoslo en equipo, ¿vale? —propone Paloma—. Ahora ya no somos una pareja ni un matrimonio, y un trío queda un poco cutre.

—Equipo me gusta —acepta Jessica—. ¿Entonces hemos de convivir?

—No hemos de hacer nada que no quieras hacer, Jessi —responde Miren apartándole el pelo de la cara—. Paloma y yo solo decimos lo que pensamos, pero ahora somos tres y tiene que haber consenso para todo, ¿no? —pregunta y las mira a las dos buscando su aprobación.

Ambas asienten y Paloma suelta un bufido.

—¿Qué pasa? —pregunta Jessica angustiada.

—Nada —la calma Paloma—, es solo que son muchas dudas y es difícil, no vamos a aclararlo todo en una tarde, ni en dos, ni en tres semanas, tendremos que resolver las cosas según vengán, así que no nos estremos.

—Yo también estoy de acuerdo en que hemos de convivir, si no lo probamos es absurdo pensar en un futuro juntas cuando a lo mejor en una semana nos estamos matando —dice Jessica.

—Vale, las tres estamos de acuerdo en lo más importante —dice Miren con alivio—. ¿Te parece bien venirte aquí? Creo que es lo más fácil para todas —le pregunta a Jessica, pero las mira a ambas.

—Sí, claro.

—Puedes montar tu despacho a tu gusto donde está el mío, yo apenas lo utilizo algunas horas sueltas, con que dejes mi mesa donde no te estorbe, con lo demás puedes hacer lo que quieras —dice la diseñadora.

Jessica la mira y asiente sin perder el ligero balanceo en el que se mece su cuerpo

desde hace unos segundos.

—Vamos a ver, Jessica —dice Paloma, que como siempre, percibe de un modo especial las emociones de la escritora—. Hazte a la idea de que esta es ahora tu casa también, es como si te vinieras a vivir con Miren, solo que ahora también estoy yo.

—Toda vuestra vida está aquí —murmura Jessica y Paloma hace una mueca, no se ha equivocado cuando ha presentado su inquietud.

—Y ahora queremos construir una nueva contigo. Esto no funcionará si piensas que eres menos o que como la casa es nuestra tienes que pedir permiso para todo.

—Eso es verdad, Jessi —interviene Miren—, desde ahora esta es también tu casa y debes comportarte con total libertad por ella, ¿de acuerdo?

—Está bien —dice más tranquila.

—¿Alguna duda más? ¿Algo importante que se os ocurra? —pregunta Miren.

—¿Cómo dormiremos? —suelta Jessica mordiéndose el labio.

Las tres se miran sonrientes y echan un vistazo hacia la habitación.

—Pues ahí, ¿no? —duda Miren desconcertada.

—Compraremos la cama más grande que encontremos para que estemos cómodas. Y tres mesillas de noche nuevas, iguales —aclara Paloma mirando a Jessica y ella le sonríe conteniendo las ganas de saltarle encima—. ¿Qué más? —pregunta, la policía se ha venido arriba y está dispuesta a resolver cualquier inconveniente que surja.

—No sé, ahora mismo no se me ocurre nada —dice Miren confundida.

Hasta hace un rato tenía mil dudas rondando en la cabeza y de repente todo se ha desvanecido. La seguridad que muestra Paloma es justo lo que ella necesita para saber que pueden conseguirlo, solo deben ser un poco más pacientes con Jessica, pero ahora está segura de que lo lograrán.

—¿A ti no te preocupa nada? —le pregunta la escritora a Paloma, sorprendida por la tranquilidad que muestra.

—Yo ahora mismo solo le veo ventajas, Jessi —sonríe Paloma divertida—. Tres sueldos, tres personas para repartir las odiosas tareas de casa, más posibilidades en la cama... —enumera la ertzaina moviendo los dedos con las cejas arqueadas.

—No te dejes embaucar por esta bruja, Jessi —le advierte Miren abrazándola y pegándola a su cuerpo sin que Jessica pueda dejar de reírse—. Te ofrecerá cualquier chantaje a cambio de que hagas sus tareas.

—¿Qué tipo de chantaje? —valora Jessica ante la mirada turbia y fogosa de Paloma, que la está poniendo enferma.

—Puedo ser tu esclava sexual un par de días.

—¿No lo eres ya? —bromea Jessica y Paloma se lanza sobre ellas.

El primer beso cae en los labios de Jessica, el segundo en los de Miren antes de que esta frene el ataque para evitar que se les vaya de las manos.

—Alto ahí, bonita —le pide a su mujer—. Si nos pasamos el día follando no vamos a terminar de hablar nunca, aguántate con el calentón un rato —la advierte y le señala su sitio.

Paloma suelta un bufido de resignación y se sienta en posición de loto con un cojín sobre las piernas, Jessica hace lo mismo a su lado, con las mejillas todavía encendidas por el ardor repentino que ha sentido en todo el cuerpo.

—Muy bien, ¿qué más? —pregunta Paloma más serena.

—La gente —suelta Jessica en voz baja, como si temiera que la escuchasen.

Las dos la miran y se ponen serias.

—La gente —repite Miren y frunce el ceño.

—Eso no es una ventaja —concluye Paloma.

—Nos van a criticar —dice Jessica—, nadie va a entenderlo, y tenéis que reconocer que incluso a nosotras se nos haría raro verlo en otras relaciones que no fuesen la nuestra.

—Es posible —corroborra Miren.

—A ver —dice Paloma después de apretarse el puente de la nariz con gesto pensativo—. Sé que es muy fácil decirlo y que nos enfrentaremos a situaciones muy incómodas, pero a nosotras lo que nos tiene que importar es lo que pasa de puertas adentro de esta casa. Nuestra vida real está aquí, entre estas cuatro paredes es donde realmente nos amaremos. Ahí fuera pasaremos juntas, iremos a la compra, a cenar, a la playa y a donde nos plazca. Habrá mucha gente que simplemente pensará que somos tres amigas pasándolo bien, pero la complicidad entre nosotras crecerá y no podremos evitar intercambiar muestras de cariño como las puede tener cualquier otra pareja, y entonces nos señalarán y hablarán. Hemos de estar por encima de eso y no dejar que nos afecte, es nuestra vida y la vivimos como queremos.

Miren se acerca y le da un sonoro beso en la mejilla, orgullosa, mientras que Jessica sigue mirándola con expresión pensativa.

—¿Y cómo lo contaremos? Mi madre no lo va a entender —expone agobiada.

—¿Por qué no lo va a entender si se lo explicas? —pregunta Miren.

—Porque a mi madre no se le dan bien las personas.

—Puedes decirle que venga aquí y se lo explicamos entre las tres, si habla conmigo y con Miren y respondemos cualquier duda que ella tenga, a lo mejor se queda más tranquila, y a mí ya me conoce.

—¿Ya te conoce? —pregunta Miren sorprendida.

—Sí, ya te lo contaremos en otro momento —le resta importancia Paloma.

—Vale. Pues estoy de acuerdo, podemos decirle a tu madre que venga y a mi hermana también. Que se enteren las dos a la vez, así se pueden apoyar mutuamente y no se sentirán tan desconcertadas.

Jessica asiente, no le parece mala idea.

—Pero ha de ser pronto. Si me mudo aquí se lo tengo que decir a mi madre, desde que te fuiste —dice mirando a Miren—, se pasa por mi apartamento a diario para ver cómo estoy.

—Pues se lo decimos —se encoge de hombros Miren.

Todas saben que es muy pronto para anunciar su relación, aun así, están convencidas de algún modo que no pueden explicar, pero que sienten muy adentro, de que va a funcionar.

Han tenido su primera conversación en equipo, sus primeras dudas y han tomado sus primeras decisiones. Lo han hecho juntas, apoyándose unas a otras y todo ha fluido con mucha más naturalidad de la que esperaban. Se quedan en silencio y se miran, después sonrín y deciden que es la hora de cenar e irse a la cama juntas, aunque estén incómodas porque es pequeña para tres personas.

Capítulo 28

El despertador suena y Paloma mueve el brazo para pararlo. No puede, al hacerlo se ha encontrado con el cuerpo de Jessica y la musiquita sigue sonando. Todas se despiertan y la escritora, todavía desubicada, estira el brazo y lo apaga justo antes de que el cuerpo de Paloma caiga sobre el suyo cuando pretendía hacerlo.

Antes de ser tres, Paloma solía ocupar el lado izquierdo de la cama y Miren el derecho, ahora, Miren sigue ocupando siempre el suyo y por norma Paloma también se despierta en el izquierdo, pero hay días como hoy, en el que sin saber muy bien cómo pasa, ella y Jessica intercambian posiciones. A ninguna le importa, el único inconveniente es que cuando eso sucede, todas se despiertan porque a Paloma no le da tiempo de apagar la alarma rápido.

Ha pasado algo más de una semana y se están amoldando mucho mejor de lo que esperaban. Jessica, que temía sentirse incómoda o desplazada por la complicidad ya existente entre el matrimonio o por el hecho de que en esa casa todo estaba ya ocupado por ellas y sus cosas, se siente más cómoda de lo que se ha sentido nunca en ninguna parte.

El despacho que antes era de Miren, ahora es suyo, lo ha decorado completamente a su gusto y ha colocado su amplia mesa de escritura justo debajo de la ventana, algo que en su apartamento no podía hacer. La mesa de Miren ha quedado relegada a un rincón y solo algunas veces han compartido estancia cuando la diseñadora ha necesitado completar alguna tarea desde casa. El resto del tiempo, la casa es de ella. Paloma se ha reincorporado al trabajo y Jessica disfruta de un silencio absoluto que le permite concentrarse y avanzar en la escritura, recuperando todo el tiempo perdido durante esas semanas agónicas en las que no era capaz de teclear dos frases seguidas.

A su madre le cambió la cara cuando la invitó a ir a casa de Miren para verla y dentro se encontró con las tres. Jessica se puso tan nerviosa cuando le explicaba la situación, que tartamudeó hasta que terminó llorando de los nervios. Maite Raizabal la miró perpleja durante varios segundos antes de abrazarla, y una vez tenía a su hija entre sus brazos con gesto protector, las miraba a ellas ceñuda, sin haber entendido una palabra de lo que Jessica le había dicho. Fueron Miren y Paloma las que con paciencia y delicadeza, corroboraron su versión y le explicaron que ambas querían a su hija y que lo único que Jessica necesitaba para ser feliz, era su apoyo. Maite asintió aturdida tras un par de minutos de desconcierto, y se quedó más tranquila cuando Paloma y Miren le aseguraron que allí tenía las puertas abiertas y podía ir siempre que quisiera para ver a su hija.

Con Alba, la hermana de Miren, la situación fue completamente distinta, a ella le entró un ataque de risa escandalosa, de esa que te hace llorar y terminar con dolor de barriga. Después las aplaudió y les dijo que no hicieran caso de lo que dijera la gente, y zanjó la conversación con un montón de preguntas que ellas todavía no sabían responder.

La ertzaina se gira hacia Miren y se abraza a ella antes de besarla para despedirse. La diseñadora se acurruca entre sus brazos todavía invadida por el sueño, y le da un beso en la mejilla antes de que Paloma se vuelva hacia Jessica. Ahora la besa a ella y las dos salen de

la cama juntas. A la escritora le gusta madrugar y sentarse frente al ordenador desde muy temprano, así que suele levantarse al mismo tiempo que Paloma, y de paso, comparte unos pocos minutos con ella antes de que desaparezca durante todo el día.

—Voy a preparar café —dice poniéndose una chaqueta de lana de Miren.

Esa es la rutina que poco a poco están afianzando esta semana. Mientras Paloma se viste, ella le prepara el café con leche que se toma antes de irse y desayuna con ella. Más tarde se tomará otro con Miren cuando se levante.

Cuando la policía entra en la cocina vestida con el uniforme de la Ertzaintza, a Jessica se le van los ojos. No puede evitar sentir una dosis de atracción extra cuando la ve vestida así, con la porra, las esposas y el pelo recogido en una cola perfecta.

—¿En qué piensas? —pregunta Paloma al ver que Jessica la mira fijamente.

—En que estoy deseando que vuelvas del trabajo para quitarte el uniforme —se sincera Jessica sin ocultar el deseo casi enfermizo que siente en ese momento.

Paloma nota como se le seca la garganta y sonríe antes de acercarse a ella.

—Compórtate, Jessi —le susurra y le besa el cuello—, no me calientes de buena mañana que después me tiembla el pulso, y te recuerdo que voy armada.

Jessica nota la humedad entre las piernas y se le turba la mente cuando la policía se aparta de ella dedicándole media sonrisa de satisfacción.

—Creo que hay algo que deberíamos aclarar las tres, un pequeño detalle que se quedó en el tintero el otro día —dice Paloma, apoyada en la encimera mientras muerde una galleta con gesto provocativo.

Jessica la mira obnubilada, intentando centrarse en lo que dice.

—¿Qué hay que aclarar? —pregunta Miren apareciendo en la cocina, no ha conseguido conciliar el sueño después de despertarse y ha decidido levantarse y aprovechar el día en el despacho, así volverá a casa más temprano.

—Imagina que me voy a trabajar y a ti y a Jessi os entra un calentón de los gordos —expone Paloma y sigue comiéndose la galleta como si nada.

—¿Cómo el que tenéis las dos ahora? —pregunta Miren entornando los ojos.

—Por ejemplo —contesta Jessica.

—¿Qué se supone que se hace en un caso así? Somos tres, si una no está, ¿las otras dos pueden follar en caso de emergencia o deben esperar? Me parece que eso es algo que habría que dejar claro cuanto antes —opina Paloma.

—Una cuestión interesante —murmura Miren, que ya ha pensado más de una vez en ello.

—A mí no me importa, casi siempre estoy en casa y pillaré casi seguro —suelta Jessica riendo.

Paloma y Miren la miran sorprendidas antes de contagiarse de su risa gamberra.

—Y yo preocupada por su timidez —protesta Miren dirigiéndose a Paloma.

—Esta es tímida cuando le interesa —dice la policía sin perder la sonrisa, guiñando un ojo a Jessica.

—Propongo que pidamos permiso a la que no esté en casa en ese momento —dice Miren.

—¿Permiso? —repite Jessica.

—Sí. Está muy bien que haya ganas a todas horas, y más al principio, pero si una de las tres no está en casa y las otras dos se han puesto perras como ha sido el caso, no puede

pasar nada si no se le pide permiso a la tercera.

—¿Una llamada de teléfono? —pregunta Jessica.

—Eso mismo —aclara Miren—. ¿Qué decís?

—A mí me parece bien —contesta Paloma.

—Y a mí, pero solo por aclarar las cosas. Si la tercera dice que no, nos aguantamos el calentón, ¿no? —pregunta la escritora, resignada.

—Correcto —zanja Miren y le da un beso.

—Bueno, yo me voy ya —anuncia Paloma agarrando a cada una con un brazo para atraerlas hacia ella.

—Ten cuidado —la besa Miren—, y procura no llegar tarde que hoy tenemos que ir a darle la cena a tu abuelo.

Paloma asiente y suspira, después mira a Jessica y se besan antes de fusionarse en un abrazo de tres. La ertzaina ha decidido que no quiere demorar más la noticia para su abuelo, y después de darle muchas vueltas sin saber cómo explicarle a un hombre de casi noventa años su nueva situación sentimental, ha llegado a la conclusión de que lo más fácil es ir a verlo con sus dos mujeres.

—Irá bien —le dice Jessica, convencida de que si su madre lo ha entendido, lo puede entender hasta una piedra.

Capítulo 29

Paloma aparece en casa media hora antes de lo previsto para llegar a la residencia a tiempo, no le gusta ir a ver a su abuelo con prisas, quiere darle la cena con tranquilidad y echar una partida al ajedrez cuando termine, como a él le gusta. Miren ha hecho lo mismo, ha salido un par de horas antes del despacho y después de saludar a Jessica y comprobar que estaba concentrada en la escritura, se ha dado una ducha y le ha escrito a su mujer para preguntarle si llegaría a tiempo. Paloma ha contestado que sí, y ahora entra por la puerta.

—Hola, cariño —saluda Miren efusiva cuando Paloma se acerca y la besa.

—¿Y Jessica?

—Escribiendo, está tan concentrada que no he querido molestarla.

Como van bien de tiempo, Paloma decide permitirse unos segundos con Miren, dejándose caer al lado de su mujer y apoyando la cabeza en su hombro como había hecho tantas otras veces. Miren le coge una mano entre las suyas y le acaricia el dorso con suavidad, siguiendo la línea de sus dedos uno a uno mientras pierde la mirada sobre ellos.

—¿Tú estás bien, Paloma? —pregunta de repente, rompiendo ese trance en el que la ertzaina se había acomodado.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —dice incorporándose para mirarla a los ojos.

—Porque quiero asegurarme. Yo te veo bien, pero a veces no sé si me ciegan las ganas de que esto funcione y todo lo que percibo son espejismos que yo misma me creo.

Paloma esboza una sonrisa leve.

—Jamás me habría imaginado que tú y yo llegaríamos a esto, Miren, no me lo hubiera creído si alguien me lo hubiese contado, pero ha pasado, y yo te sigo queriendo igual o más que el primer día. En ese sentido, nada ha cambiado.

—La única diferencia es que también la queremos a ella, nada más —añade Miren.

—Exacto. Deberíamos considerarnos unas privilegiadas porque alguien como Jessica quiera compartir su vida con nosotras.

—Es que yo me siento así, Paloma. Sé lo que es vivir con la agonía de haberte perdido y no podía concebirlo cuando volviste, pero tampoco era capaz de alejarme de ella y no he tenido que renunciar a ninguna. ¿Tú sabes lo feliz que me siento?

A Miren los ojos se le encharcan y Paloma le sonrío. Aunque no hayan pasado muchos días, ella ha conseguido deshacerse del nudo doloroso que le provocaban esos episodios de tensión que sentía un día tras otro y no quiere recordarlos para que no le duela. La policía solo quiere centrarse en el presente, y su presente son Miren y Jessica.

—Yo también lo soy, y Jessica también, así que tranquila —le susurra y la besa—. Voy a cambiarme —anuncia mirando el reloj.

—Avisa a Jessica para que vaya apagándolo todo.

Paloma va directa hasta el despacho. Jessica siempre deja la puerta abierta de par en par, el ruido que ellas puedan hacer en casa cuando llegan no suele molestarle salvo que pongan música, eso está prohibido si ella está escribiendo.

—¿Qué escribes? —le pregunta apoyándose suavemente en la silla.

Jessica está tan sumergida en la historia que no ha escuchado entrar en casa a Paloma y hablar con Miren, ni tampoco cuando ha entrado a saludarla. La escritora termina la frase que escribía y se gira hacia Paloma con una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada que te importe —contesta con chulería tapando la pantalla cuando ve que Paloma curiosease.

—Sabes que ahora me has intrigado más, ¿verdad?

—Y tú sabes que no me gusta que leáis mientras escribo, te esperas a que lo acabe igual que Miren.

—Está bien —acepta y le da un beso—. Yo voy a cambiarme, tú deberías ir acabando, hemos de salir ya para llegar antes de que sirvan las cenas.

Jessica desvía la mirada hacia el reloj de la pantalla y se sorprende de lo rápido que se le ha pasado la tarde.

—¿Estás bien? —pregunta Paloma.

La escritora le coge la mano y la coloca sobre el centro de su pecho para que compruebe ella misma el ritmo acelerado de sus latidos. La situación la tensa por mucho que intenta estar serena.

—No pasará nada, Jessi, te lo prometo.

—¿Y si le caigo mal a tu abuelo?

—Eso es imposible.

Paloma se ríe.

—¿Y si no entiende que estemos las tres juntas y me odia?

—¿No eras tú la que me daba ánimos esta mañana? —entorna los ojos Paloma.

—Ya, perdona —Jessica hace una mueca de circunstancias.

—Tranquila. Si vemos que le cambia la cara, le diré que era broma, que solo fingimos para que te documentes para un libro —bromea y Jessica la mira perpleja antes de que le entre un ataque de risa.

Paloma también se contagia y se siente feliz al ver que la escritora descarga un poco de tensión.

—Ahora en serio, a mi abuelo lo único que le ha preocupado siempre ha sido que yo fuera feliz. Eso fue lo que me dijo cuando le confesé que me gustaban las chicas, y seguro que es lo que me dice ahora.

—Me cae bien tu abuelo —declara Jessica asintiendo.

—Y tú a él seguro que también. Ve con Miren, yo me cambio y salgo enseguida.

—¿No me dejas que mire mientras te cambias? —bromea Jessica pellizcándose el labio.

—Ni hablar —zanja Paloma y se va directa a la habitación.

Aunque como siempre, intenta no mostrarlo, cuando llegan a la residencia donde se encuentra su abuelo Markel, Paloma está nerviosa. Se siente como cuando tenía quince años y miraba a su abuelo día tras día valorando cuál sería el mejor momento para decirle que ella nunca iba a llevar a un hombre a casa como él siempre había pensado. A su mente todavía adolescente le daba mucha rabia tener que justificar lo que sentía, exponer lo que le latía dentro solo porque no era lo común, porque ella no seguía los patrones establecidos por una sociedad hetero normativa. Ahora, a su mente adulta le pasa lo mismo, pronto cumplirá los treinta y ocho y vuelve a encontrarse en una situación similar, teniendo que justificar lo

que siente solo porque se sale de lo establecido.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunta Miren mientras suben las escaleras siguiendo a Ángela, la cuidadora de Markel.

—Sí, es solo que me toca un poco la moral tener que hacer esto. Ninguna de nosotras debería tener que justificar lo que siente.

—Hasta que la sociedad deje de tener una mente cuadriculada habrá que hacerlo, y si algún día pasa, me temo que nosotras ya no estaremos aquí para verlo —dice Miren haciendo un mohín y las tres se detienen cuando llegan al rellano.

—Venga, solo nos queda tu abuelo, Paloma —la anima Jessica—. Con él, se lo habremos contado a todas las personas realmente importantes para nosotras, a los demás que les den, que miren y que hablen todo lo que quieran. Tú lo dijiste el otro día, a nosotras nos tiene que importar lo que pase de puertas adentro de nuestra casa, ¿no?

Paloma y Miren se miran sorprendidas y sonrén, felices por la determinación repentina de Jessica.

Cuando llegan a la sala donde está Markel, todavía falta casi una hora para que se sirvan las cenas, así que Paloma entra sola a buscarlo, para llevarlo a su habitación y poder hablar allí con tranquilidad. Se inclina sobre él y le da un potente beso en la mejilla. Markel sonrío y se agarra al brazo de su nieta y lo palmea con afecto.

Miren y Jessica se han quedado esperando en la puerta de la sala y cuando Paloma se acerca con su abuelo, ellas se alejan para que él no las vea y después se limitan a seguirlos por el pasillo.

—No he venido sola —anuncia Paloma cuando entran en la habitación.

Markel la mira confundido y Paloma se gira hacia la puerta, donde esperan sus dos mujeres, y les hace un gesto con la mano para que entren.

—Hola, Markel —se inclina sobre él Miren y le da un abrazo y un beso que él recibe feliz.

Para Markel, Miren siempre ha sido como una nieta más, y esté o no con Paloma, eso ya no va a cambiar. La diseñadora se sienta a su lado en una silla y le pone bien la manta sobre las piernas cuando descubre que le cuelga por un lado, Markel ni se inmuta, porque está mirando a Jessica.

—¿Y ella quién es? —pregunta serio y Paloma nota como el corazón se le detiene unos instantes.

—Es Jessica.

La escritora deja de respirar mientras él la mira serio, con la misma cara de concentración que pone Paloma cuando está pensando.

—¿Tu novia? —se gira de repente hacia Miren cuando ata cabos.

—Sí, Markel —contesta ella mirando a Paloma, que sigue bloqueada.

—No soy tan guapo como ellas, pero puedes darme un beso —dice Markel dirigiéndose a Jessica mientras se señala una mejilla con su dedo huesudo.

Jessica sonrío, se acerca y se presenta. Él, dedicando miradas de soslayo a su nieta mientras trata de adivinar el motivo de esa extraña visita, le señala una silla a Jessica y le pide que la acerque y se sienta a su otro lado. Paloma sigue quieta, de pie frente a su abuelo con la espalda pegada a la pared como si fuera una ventosa.

Durante unos instantes, se hace un silencio denso y muy incómodo para todas y por un momento, Miren se plantea dar el paso para acabar con la situación cuanto antes y sacar a su

mujer de ese agónico estado en el que ella sola se está metiendo, pero justo cuando está a punto de abrir la boca, Paloma se mueve y se agacha frente a su abuelo.

—Jessica está con Miren —dice mirándolo a los ojos.

—Ya me lo habéis dicho —contesta él ceñudo, con esa mirada inquebrantable que a veces utiliza también su nieta.

—Y también está conmigo —añade su nieta mientras se frota las manos nerviosa.

—Las tres juntas, Markel —puntualiza Miren.

Markel Alonso clava su mirada cristalina en su nieta y así se quedan los dos varios segundos, mirándose fijamente. Él corroborando que ya no hay ningún atisbo de tristeza en su mirada, ella con un nudo en la garganta como si esperase el veredicto mientras se sigue frotando las manos.

Su abuelo se las coge de manera repentina y las esconde entre las suyas, sabe que siempre que está nerviosa se le enfrían, y su nieta las tiene heladas.

—Las tres juntas —repite con su voz rasposa sin dejar de mirarla.

Ella afirma y se deja caer de rodillas frente a él porque las piernas ya no la sostienen cuando su abuelo se gira hacia Jessica y ella se pone rígida.

—¿Sabes jugar al ajedrez? —le pregunta dejándola atónita.

Jessica afirma con un movimiento de cabeza y Paloma suelta una sonrisa de alivio antes de abrazarse a su abuelo.

—Pues venga, acerca la mesa que tenemos tiempo de empezar una partida antes de la cena —dice mientras abraza con todas sus fuerzas a Paloma—. A ver si por fin encuentro a una rival digna, que estás dos no me duran más de diez minutos —se jacta y Jessica se ríe mientras se levanta de un salto.

Epílogo

Las tres llegan a la playa muy temprano, el sol ni siquiera ha salido y el viento es demasiado frío como para que apetezca estar allí, pero Jessica tiene ganas de hacer surf y a sus dos mujeres les gusta acompañarla siempre que pueden. Así que allí están, con una toalla para sentarse y una manta para cubrirse mientras la observan desde la arena.

—Aquí os vais a congelar —protesta Jessica mientras se cierra el velcro de la cuerda que une la tabla alrededor de su tobillo.

—Tú vete a lo tuyo y déjanos a nosotras con nuestro café —le dice Miren sacando un termo de la mochila que han llevado.

—¡Venga, Jessi! Que empiece lo bueno —grita Gorka, uno de los surfistas habituales de la zona con los que suele quedar la escritora.

—Ve —la insta Paloma con un gesto.

Jessica se deja caer de rodillas en medio de las dos y besa a Miren en los labios.

—Vuelvo en un rato —dice haciendo lo mismo con Paloma.

—Tú, disfruta, nosotras te esperamos aquí —le dice la ertzaina apartándose el pelo de la cara con la mano.

Jessica agarra su tabla y sale corriendo, adentrándose en el agua junto al grupo hasta que todos se tumban sobre sus tablas y bracean hacia el lugar donde siempre suelen colocarse para esperar.

Miren saca dos vasos metálicos y los llena de café caliente. Paloma coge el suyo entre las manos y siente alivio cuando nota el calor en los dedos.

—¿Te arrepientes de algo? —le pregunta Miren pegándose a ella para que el aire no se cuele entre ambas.

Paloma la mira y le sonríe negando. Ya llevan más de seis meses en esa nueva relación y no solo sortean cada bache que encuentran, sino que eso las va uniendo cada vez más. Sabe que Miren se refiere al último episodio incómodo que vivieron en un restaurante del pueblo, donde estaban disfrutando de una cena tranquila hasta que se dieron cuenta de que el matrimonio que había sentado en la mesa de al lado, no dejaba de cuchichear sobre ellas y dedicarles miradas despectivas hasta que se marcharon.

—¿Te arrepientes tú? —le pregunta Paloma, dejando su taza de café vacía y utilizando el brazo para rodear a Miren y abrazarla.

—Para nada, pero a veces me da miedo que ese tipo de cosas consigan abrir alguna fisura entre nosotras, que alguna se canse de aguantar esos momentos tensos y decida dejarlo.

—¿Lo dices por Jessi?

—Es muy insegura, y estas cosas le afectan mucho, Paloma.

—¿La has visto insegura hace un rato? Cuando nos ha besado delante de todos.

Miren se queda pensando y niega sorprendida.

—Jessica no es insegura, cariño, su problema es que es muy sensible y algunas cosas le afectan de un modo más profundo que a nosotras, es solo eso —dice y le besa la frente.

—Tú la entiendes mucho mejor que yo, a veces me dais un poco de envidia, tenéis una conexión especial —reconoce Miren y Paloma la mira sorprendida.

—También tengo esa conexión contigo, Miren, a ti me une algo que no podría romperse ni en diez vidas —dice muy seria—. Cada una de nosotras está conectada a las otras a su manera, es verdad que yo a veces no necesito hablar con ella para saber cómo se siente, pero vosotras os podéis pasar horas hablando de series y libros con un entusiasmo que parecéis las protagonistas, o meteros en la cocina y reíros como dos locas mientras hacéis la comida, y yo muchas veces os miro y pienso que ojalá me gustase todo eso para poder compartir esos momentos de complicidad que hay entre vosotras.

Miren, emocionada por las palabras de su mujer, aparta la manta y se sienta sobre ella a horcajadas para poder darle un beso en condiciones.

—¿Sabes lo que me he preguntado alguna vez?

—No —niega Paloma intrigada.

—Si tú y yo seríamos capaces de continuar como pareja si Jessica se marchase, me refiero a seguir juntas después de haber probado lo que es compartir una vida de tres, con todas sus cosas buenas y las malas.

—¿Y cuál es la conclusión?

—Que sí, que podría volver perfectamente a nuestra vida de antes porque te quiero tanto que respirar sin ti me duele, pero no me gustaría tener que hacerlo, porque a esa escritora loca y sensible que cabalga por encima de las olas también la quiero con locura.

—Yo también podría —sonríe Paloma—, pero tampoco quiero.

Se besan de nuevo y después pasan los siguientes minutos disfrutando del espectáculo que les ofrecen Jessica y sus amigos.

Cuando la escritora sale del agua, eufórica y risueña, se baja el neopreno y Paloma la envuelve con una toalla y la aprieta con fuerza contra su cuerpo. Cada vez que la ve con la tabla, le viene el recuerdo de aquella tarde que la encontró meciéndose en el agua con el cuerpo helado y los labios azulados. Paloma siempre se pregunta si Jessica hubiera salido a tiempo de evitar un mal mayor o si estaba tan absorta y hundida que para cuando se hubiese dado cuenta de que su cuerpo no aguantaba la temperatura, ya habría sido demasiado tarde.

—Te quiero, Jessi —le susurra y estira el brazo para unir también a Miren junto a ellas.

Las tres se fusionan en un abrazo silencioso y muy intenso que solo rompen cuando notan que el agua del neopreno de Jessica está traspasando los pantalones de Miren y Paloma.

Dos horas más tarde, Jessica está en el despacho, de pie, frente a una de las pizarras blancas que tiene. Miren está sentada en la silla de su escritorio y Paloma en la de Jessica mientras la escritora les habla de la nueva trama que está preparando y comparte con ellas sus dudas al mismo tiempo que les pide opinión sobre algunas cosas. Las tres debaten y aportan ideas que hacen que la cabeza de Jessica fluya a una velocidad pasmosa y la escritora apunte datos por toda la pizarra hasta que termina llena de frases de colores que solo ella entiende. Después buscará la manera de hacer que encajen hasta formar la historia que quiere contar.

—Tendrás que dejar eso para luego, amor —dice Miren cuando suena el timbre.

Jessica la mira confundida. Que ella sepa, no esperan a nadie, pero Paloma también se

ha levantado sonriente y parece que la única que no se entera de nada es ella.

Sale al salón tras ellas y es durante el camino cuando recuerda que ayer viernes fue su cumpleaños. Miren y Paloma le prepararon una cena muy especial, que completaron regalándole una pantalla auxiliar nueva para el portátil y un conjunto de lencería que se puso y que ellas le quitaron segundos después. Aunque el regalo de verdad ha llegado ahora, porque cuando Miren abre la puerta, por ella entra su madre y la envuelve en un abrazo mientras la felicita, sin embargo, la cosa no acaba ahí, detrás de ella entra Alba empujando la silla de ruedas de Markel, al que ha ido a buscar a la residencia junto a Maite para que Paloma pudiera estar en su casa y no levantase sospechas.

Al cabo de media hora, llega la comida que tenían encargada y toda la familia se sienta alrededor de la mesa para celebrar los treinta y dos años de la escritora, que los observa a todos con los ojos encharcados cuando Alba le planta un pastel delante coronado por una máquina de escribir de chocolate.